

S. EUSEBIO JERÓNIMO, PRESBITERO DE ESTRIDÓN, COMENTARIOS A LA
EPÍSTOLA A LOS EFESIOS, LIBROS TRES. (C)

Prólogo.

537-538 Si hay algo, Paula y Eustoquio, que en esta vida pueda mantener a un hombre sabio y persuadirlo a permanecer con ánimo sereno entre las presiones y tormentas del mundo, creo que es, en primer lugar, la meditación y el conocimiento de las Escrituras. Pues, ya que nos diferenciamos de los demás seres vivos principalmente en que somos animales racionales y podemos hablar, y toda razón y discurso se contienen en los libros divinos, a través de los cuales aprendemos sobre Dios y no ignoramos por qué fuimos creados, me sorprende que haya quienes, entregándose a la inercia y al sueño, no quieran aprender lo que es excelente, o que piensen que deben criticar a otros que tienen ese interés. Aunque podría responderles con severidad y despedirlos brevemente, ya sea ofendidos o complacidos, diciendo que es mucho mejor leer las Escrituras que ansiar aumentar y acumular riquezas, diré que incluso ante el juez más injusto, me complace mi ocio y considero la soledad más agradable que cualquier celebración. Y así como yo no critico ni condeno lo que hacen, ellos deberían permitirme mis tonterías. No soy elocuente, ¿qué te importa? Lee a alguien más elocuente. No traduzco dignamente del griego al latín: o lee a los griegos (si tienes conocimiento de esa lengua); o si solo eres latino, no juzgues un regalo gratuito, y como dice el proverbio popular: No mires los dientes del caballo regalado. ¿Acaso te arrastro a la fuerza para que escribas [o leas] lo nuestro? Cualquiera menos experto que yo me leerá: tal vez si escribes tus palabras, Cicerón las admirará. ¿Acaso Tertuliano disuadió al beato mártir Cipriano, o Cipriano a Lactancio, o Lactancio a Hilario de escribir? No menciono a otros pequeños que charlan conmigo en sus libros. Si no hubiera cosas pequeñas, las grandes no podrían destacar. No se dice primero, a menos que siga un segundo y un tercero. No ascendemos a lo más alto, a menos que pasemos por lo más bajo. Por lo tanto, les ruego tanto a ustedes que están presentes, como a la santa Marcela, único ejemplo de viudez, que no entreguen fácilmente mis obras a los maldicientes y envidiosos: ni den lo santo a los perros, ni arrojen perlas ante los cerdos (Mat. VII). Quienes no pueden imitar lo bueno, lo único que pueden hacer es envidiar: y se consideran doctos y eruditos si critican a otros. Les ruego que les respondan, para que ellos mismos tomen la pluma, unan tres palabras, suden un poco, se pongan a prueba y aprendan de su propio esfuerzo a perdonar a los que trabajan. Ustedes mismas saben que me han obligado a esta obra de explicaciones, a pesar de mi resistencia y reticencia. No porque desde joven haya dejado de leer o de preguntar a hombres doctos sobre lo que no sabía, y me haya tenido a mí mismo como único maestro, como muchos hacen. De hecho, recientemente fui a Alejandría principalmente por esta razón, para ver a Dídimo y preguntarle sobre todas las dudas que tenía en las Escrituras. Pero, aunque es diferente componer libros propios, por ejemplo, sobre la avaricia, la fe, la virginidad, las viudas, y unir elocuencia secular a testimonios de las Escrituras buscados aquí y allá sobre cada materia, y casi jactarse de un discurso pomposo en lugares comunes, es otra cosa entrar en el sentido del profeta y del apóstol, entender por qué escribieron, con qué razón afirmaron su sentencia, qué tienen de propio en la Ley antigua los idumeos, moabitas, amonitas, tirios, filisteos, egipcios y asirios; y qué, a su vez, en el Nuevo Testamento los romanos, corintios, gálatas, filipenses, tesalonicenses, hebreos, colosenses, y la epístola que ahora tenemos en manos a los efesios. Es necesario que, según las diversidades de lugares, tiempos y personas a quienes fueron escritas, tengan diversas causas, argumentos y orígenes. Y así como el beato Juan en su Apocalipsis, escribiendo a las siete iglesias, en cada una de ellas reprende vicios específicos o aprueba virtudes, así también el santo apóstol Pablo cura las heridas infligidas a cada iglesia, y no quiere curar los ojos de todos con un solo colirio, como un médico inexperto. Y como ya expresamos lo que nos

parecía sobre los gálatas, a petición de ustedes, hace pocos días, ahora debemos pasar a los efesios, la epístola media del Apóstol, tanto en orden como en sentido. La llamo media, no porque sea mayor que las primeras o las últimas, sino como el corazón del animal está en el medio: para que entiendan cuántas dificultades y profundas cuestiones encierra. Escribía a los efesios que adoraban a Diana, no a la cazadora que lleva arco y está ceñida, sino a la de múltiples pechos que los griegos llaman *πολύμαστον*, para que, incluso a partir de esa imagen, mintieran que era la nodriza de todos los animales y seres vivos. Escribía a la metrópoli de Asia, donde la idolatría y, lo que siempre sigue a la idolatría, las artes mágicas habían prosperado tanto que Demetrio decía: y el templo de la gran diosa Diana será despreciado, y su grandeza, que toda Asia y el mundo entero adoran, será destruida (Hech. XIX, 27). De hecho, el Apóstol permaneció allí tres años, predicando día y noche el Evangelio de Dios, para que, destruida la fortaleza de la idolatría, los templos de las ciudades menores fueran fácilmente capturados. La Escritura misma relata cómo Pablo habla a los efesios, diciendo: Por tanto, velad, recordando que durante tres años, noche y día, no cesé de amonestar con lágrimas a cada uno de vosotros: y ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que es poderosa para edificar y daros herencia entre todos los santificados (Hech. XX, 31, 32). Necesitaban la recomendación del Apóstol a Dios, aquellos que durante tanto tiempo habían estado bajo el error de los demonios, y sabían que había ciertos poderes espirituales, y en las entrañas y augurios y adivinaciones habían reconocido cierta similitud con la divinidad. Por eso, nuevamente les habla: Por lo cual os testifico en este día, que estoy limpio de la sangre de todos. Porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios. Y en otro lugar: Cómo no he rehuído anunciaros todo lo que os era provechoso, enseñándoos públicamente y de casa en casa (Hech. XX, 20). Había leído en Ezequiel (Hech. XXVI, 27) que al centinela que no advirtiera al pueblo de la llegada del enemigo, se le exigiría la sangre de los ciudadanos de sus manos, y por eso recordó que había anunciado toda la voluntad de Dios y todo lo que les era útil, para estar libre de su sangre. Para que sepáis que los que creyeron en Éfeso estaban atados a las artes mágicas y a las artimañas demoníacas, se repite en los mismos Hechos de los Apóstoles, y se dice: Muchos de los que habían practicado la magia trajeron sus libros y los quemaron delante de todos, y calcularon su precio, y hallaron que era de cincuenta mil piezas de plata: así crecía poderosamente la palabra del Señor y prevalecía (Hech. XIX, 19). Todo esto lo hemos repetido para mostrar por qué el Apóstol en esta epístola en particular reunió sentidos oscuros y misterios desconocidos para los siglos, y enseñó sobre el poder de las virtudes santas y contrarias: quiénes son los demonios, qué pueden, qué fueron antes, y cómo después de la venida de Cristo fueron derribados y destruidos. De los cuales dice: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades: contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo: contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales (Efes. VI, 12). Y en otro lugar: Pero me quedaré en Éfeso hasta Pentecostés. Porque se me ha abierto una puerta grande y eficaz; pero hay muchos adversarios (I Cor. XVI, 8, 9). Permaneció en Éfeso hasta Pentecostés, tiempo de alegría y victoria, en el que no doblamos las rodillas, ni nos inclinamos a la tierra: sino que, resucitando con el Señor, somos elevados a las alturas celestiales. Y permaneció porque se le había abierto una puerta, y no una puerta pequeña, sino grande, para que, habiendo atado y vencido al fuerte, invadiera su casa, la despojara, la destruyera, y llevara cautiva la cautividad (Mat. XII): quien, reuniendo a sus tropas de satélites, luchó con todo su ejército contra el Apóstol, y fue vencido. Que los efesios sean así se comprueba especialmente por el hecho de que, al igual que Juan, al relatar el misterio del nacimiento antiguo del Señor, se recostó en su pecho y bebió del manantial purísimo el río de doctrinas (Juan XIII y XXI): así también ellos, al caer sobre el cuello de Pablo al partir (Hech. XX), con besos y abrazos mostraron que compartían con él el tesoro del conocimiento, y con lágrimas testificaron su deseo del maestro. También advierto en el prefacio que sepan que

Orígenes escribió tres volúmenes sobre esta epístola, a quien hemos seguido en parte. Apolinar y Dídimo también publicaron algunos comentarios, de los cuales, aunque hemos tomado poco, hemos añadido y restado algunas cosas que nos parecieron, para que el lector estudioso reconozca desde el principio si esta obra es ajena o nuestra.

LIBRO PRIMERO.

(Cap. I.---Vers. 1.) Pablo, apóstol de Jesucristo, por la voluntad de Dios. Si la preposición "por" indica el ministerio de aquel por quien se realiza la acción, me parece que este sentido concuerda con la sentencia: Nadie viene a mí, si el Padre que me envió no lo atrae (Juan VI, 44). Y así será, para que lo que se lee en el Evangelio de Juan: Todas las cosas por él fueron hechas (Juan I, 3), sin duda por el Hijo, no prejuzgue a nuestro Señor Jesucristo, como si fuera menor por obedecer la voluntad del Padre: así como ahora no prejuzga al Padre, que Pablo sea apóstol de Jesucristo por su voluntad. Otros entienden este lugar de manera que piensan que se muestra a Pablo como apóstol de Jesucristo, por la voluntad de Dios, que es Cristo: para que, así como se le llama sabiduría, Verbo, poder de Dios, verdad, resurrección y camino, también se le llame voluntad. Algunos piensan que no importa si dice por la voluntad de Dios o de la voluntad de Dios: porque el Apóstol usa estas preposiciones indistintamente: y significa lo mismo por la voluntad de Dios que si hubiera dicho, de la voluntad de Dios.

A todos los santos que están en Éfeso. 545 Algunos, con más curiosidad de la necesaria, piensan que, dado que a Moisés se le dijo: Esto dirás a los hijos de Israel: El que es, me ha enviado (Éxodo III, 14), también aquellos que están en Éfeso, santos y fieles, son llamados con el nombre de esencia. Así como de santo, santos; de justo, justos; de sabio, sabios: así del que es, se llamen los que son, y según el mismo Apóstol, Dios eligió lo que no era, para destruir lo que era. Incluso explican la Escritura que se ha citado como testimonio, de manera que entendamos la destrucción de lo que era, por las consecuencias; Para que no, dice, se gloríe toda carne en la presencia de Dios (I Cor. I, 29). Pues si, dicen, alguien, al progresar de lo que no era a lo que es [era] por la gracia de Dios, no agradece al dador; sino que considera que subsiste por su propio mérito y virtud, inmediatamente se destruye lo que es, y comienza a no ser lo que era. Otros, sin embargo, piensan simplemente que no se refiere a los que son [soy], sino a los que son santos y fieles en Éfeso.

Y fieles en Cristo Jesús. Ya que la mujer infiel ha sido santificada en el hermano fiel, y el hombre infiel ha sido santificado en la mujer fiel (I Cor. VII, 14). Y hay también vasos santos, y animales mudos que se sacrifican a Dios en el templo (Núm. IV y XXXI): por eso a aquellos que llamó santos, los llamó también fieles: porque la fe desciende del libre albedrío de la mente propia: la santificación, en cambio, a veces la recibimos de la generosidad del santificador, sin nuestra voluntad. Lo que dice, fieles en Cristo Jesús, también se coloca con la observación más diligente. Hay muchos fieles; pero no en Cristo Jesús. Si alguien devuelve un depósito; si alguien no niega lo encomendado, se muestra como un amigo fiel: dispuesto a traicionar su vida más que su fe, lo que leemos de algunos filósofos (y para que no se jacten demasiado, una meretriz ateniense lo logró), este es fiel: pero no es fiel en Cristo Jesús.

(Vers. 2.) Gracia a vosotros y paz de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. Ya sea que ambos se refieran a ambos, es decir, tanto la gracia como la paz, tanto a Dios Padre como a nuestro Señor Jesucristo: o que se refieran a cada uno por separado, de modo que la gracia se refiera a Dios Padre, y la paz se refiera a Cristo. Ya que inmediatamente sigue: Para alabanza de la gloria de su gracia: en la cual nos glorificó en el amado; para que la gracia del Padre esté en que se dignó enviar al Hijo por nuestra salvación: La paz del Hijo está en que por él

fuiamos reconciliados con el Padre, y habiendo destruido la pared intermedia, anulando las enemistades en su carne, hizo de ambos uno.

(Vers. 3.) Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales, en Cristo. Así como según la sustancia y naturaleza Dios es bueno, nos hizo buenos por la comunión con él, y habla a Israel: Sed santos, porque yo soy santo (Lev. XX, 7): así él, bendito, nos hace ser benditos. Pues el legislador da bendiciones, y la bendición del Señor está sobre la cabeza del justo (Prov. X): cuyo cognomento de bendición tiene Baruc, que en nuestra lengua significa bendito. Nos bendijo, no con una bendición, sino con todas. No porque todos obtengamos todo, sino que mientras cada uno tiene una o varias de todas, todos poseemos a través de cada una. Y no en bendiciones terrenales, sino en espirituales. Hay bendiciones terrenales, tener hijos, abundar en riquezas, gozar de honor y salud: bendición terrenal que desciende hasta los animales irracionales. Se dice de ellos: El Señor los bendijo, y dijo: Creced y multiplicaos (Gén. I, 22). Las bendiciones espirituales, en cambio, están en los lugares celestiales; porque la tierra no puede recibir bendición espiritual. Pues incluso las bendiciones que se prometen en el Levítico a los que guardan los preceptos de Dios (Lev. XXVI): por ejemplo, prestar a las naciones extranjeras, tener graneros llenos de trigo, ser bendecidos en las ciudades (Deut. XXVIII), bendecidos en los campos, y otras cosas similares, no las vemos cumplidas en los profetas, hombres que erraron en pieles de ovejas y de cabras (Heb. XI), en pobreza, en angustia, en montañas desiertas, en cuevas y cavernas de la tierra, evitando los ataques de los perseguidores. Por lo tanto, todo debe entenderse espiritualmente, y las bendiciones espirituales no deben esperarse en lugares terrenales, sino en los celestiales. Lo que dice: Nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales, como si ya se hubiera hecho en el pasado, y no prometido en el futuro, es decir, nos bendijo, y no nos bendecirá, se pregunta cómo, estando aún en la tierra, nos ha bendecido con bendición celestial. Ya sea porque nuestra conversación está en los cielos, y no somos de este mundo; sino que, habiendo dejado la imagen del hombre terrenal, llevamos la imagen del celestial: y no vivimos en la carne, sino en el espíritu: y atesoramos para nosotros en los cielos donde también tenemos nuestro corazón, se dice que ahora somos bendecidos con bendición celestial: o ciertamente, porque toda bendición espiritual en Cristo, aunque esté en la tierra, sin embargo, se cuenta entre las celestiales. Nos bendijo, dice, con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo: en la palabra de Dios, y sabiduría, y verdad, y otras virtudes. Se debe leer de dos maneras: Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo; para que sea bendito el Dios, que es el creador de todos, y hasta aquí la distinción; luego se introduce: que es también el Padre de nuestro Señor Jesucristo, o así: para que Dios y Padre se refiera en común a nuestro Señor. Bendito sea el Dios de aquel que fue asumido como hombre, y el Padre de aquel que en el principio era el Verbo con Dios. No porque sea otro el hombre asumido, y otro el Verbo que asumió; sino que uno y el mismo, por la variedad de causas, ahora se proclama sublime, ahora humilde.

(Vers. 4.) Así como nos eligió en él antes de la constitución del mundo: para que fuésemos santos e inmaculados ante él. Por constitución del mundo, en griego está escrito *πρὸ καταβολῆς κόσμου*; sin embargo, *καταβολή* no significa exactamente lo mismo que constitución. Por lo tanto, debido a la pobreza del lenguaje y la novedad de las cosas, y como alguien dijo, que el lenguaje griego es más amplio y más afortunado, intentaremos no tanto traducir palabra por palabra, lo cual es imposible, sino explicar el sentido de la palabra con cierta circunlocución. *Καταβολή* se dice propiamente cuando alguien es arrojado hacia abajo y enviado a un lugar inferior desde lo alto, o cuando algo toma su comienzo. Por eso, aquellos que colocan los primeros cimientos de edificios futuros se dice que han

καταβεβληκέναι, es decir, han colocado los inicios de los cimientos hacia abajo. Así, Pablo quiso mostrar que Dios creó todo de la nada, no refiriéndose a condición, creación o hechura, sino a καταβολή, es decir, el inicio del fundamento: para que, no como los maniqueos y otras herejías (que postulan un hacedor y una materia), algo [Al. otro] de lo que las criaturas fueron hechas, precediera a las criaturas: sino que todo subsistiera de la nada. Pero el hecho de que nos haya elegido para que fuésemos santos e inmaculados ante él, es decir, ante Dios, antes de la creación del mundo, se refiere a la presciencia de Dios; para quien todo lo futuro ya está hecho, y antes de que suceda, todo es conocido. Así como el mismo Pablo es predestinado en el vientre de su madre, y Jeremías es santificado en el útero (Jerem. I), es elegido, fortalecido, y enviado como profeta a las naciones en el tipo de Cristo. Otro, sin embargo, que intenta mostrar a Dios como justo, que no elige a cada uno por el prejuicio de su ciencia, sino por el mérito de los elegidos, dice que antes de las criaturas visibles, el cielo, la tierra, los mares y todo lo que hay en ellos, existieron otras criaturas invisibles, en las cuales también las almas, que por ciertas causas, solo conocidas por Dios, fueron arrojadas hacia abajo a este valle de lágrimas, al lugar de nuestra aflicción y peregrinación, donde el santo constituido oraba para regresar a su sede original, diciendo: ¡Ay de mí, porque mi estancia se ha prolongado! He habitado con los habitantes [Al. habitaciones] de Cedar, mi alma ha peregrinado mucho (Ps. CXIX, 5). Y en otro lugar: ¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? Y: Es mejor regresar y estar con Cristo. Y en otro lugar: Antes de ser humillado, yo pequé (Ps. CXVIII, 67), y otras cosas similares. Así que, antes de que las almas fueran precipitadas en el mundo, y el mundo se hiciera de las almas [Al. animales] con sus habitantes, Dios eligió a Pablo y a los que eran como él ante sí, que eran santos e inmaculados. Sin embargo, nadie es elegido sino de entre muchos: y donde hay algunos más viles, allí se lleva a cabo la elección. Así como en la cautividad de Babilonia, cuando el pueblo fue llevado por Nabucodonosor a Caldea, fueron enviados los profetas Ezequiel, Daniel, los tres jóvenes, Ageo, Zacarías, no porque ellos también merecieran la cautividad, sino para ser un consuelo para los cautivos: así también en aquella caída del mundo, aquellos que antes de que el mundo fuera hecho, fueron elegidos por Dios, fueron enviados para la instrucción y enseñanza de las almas pecadoras, para que a la predicación de ellos regresaran al lugar de donde habían caído: y esto es lo que se dice por Moisés en el salmo ochenta y nueve: Señor, has sido nuestro refugio de generación en generación: antes de que se formaran los montes, y se hiciera la tierra y el orbe de la tierra (Psal. LXXXIX, 1). Lo que significa que antes de que el mundo fuera hecho, y toda generación tomara su comienzo, Dios fue refugio para sus santos. Pero lo que dice, para que fuésemos santos e inmaculados ante él, entre santo e inmaculado hay esta diferencia, que el santo también puede ser entendido como inmaculado, pero el inmaculado no es inmediatamente santo. Los pequeños son inmaculados, porque con su cuerpo íntegro no han cometido pecado alguno: y sin embargo no son santos, porque la santidad se adquiere con voluntad y esfuerzo. Y que puede decirse inmaculado aquel que no ha cometido pecados, pero santo es aquel que está lleno de virtudes, según lo que está escrito en un salmo: El que camina sin mancha y hace justicia (Psal. XIV, 2) Y en el Cantar de los Cantares: Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay mancha en ti (Cant. IV, 7). Se pregunta cómo alguien puede ser santo e inmaculado ante Dios, cuando el profeta testifica, diciendo: No se justificará en tu presencia ningún viviente. O bien los efesios son santos e inmaculados ante Dios, y es falso lo que se dice: No se justificará en tu presencia ningún viviente. O si nadie se justifica en la presencia de Dios, es falso lo que precede, que son santos e inmaculados en la presencia de Dios, a lo cual se debe responder de dos maneras. Porque Pablo no dice: Nos eligió antes de la constitución del mundo, cuando éramos santos e inmaculados; sino, nos eligió para que fuésemos santos e inmaculados, es decir, que no éramos santos e inmaculados antes, para que lo fuésemos después. Lo cual también puede decirse de los pecadores convertidos a mejores cosas, y se mantendrá aquella sentencia: No se justificará en tu

presencia ningún viviente, es decir, en toda su vida, en todo el tiempo que ha vivido en este mundo. Ciertamente así entendido, también se opone a aquel que dice que las almas fueron elegidas antes de que el mundo fuera hecho por su santidad y ninguna falta de pecados. Porque, como ya dijimos antes, Pablo y los que son como él no son elegidos porque eran santos e inmaculados; sino que son elegidos y predestinados para que en la vida consecuente, por obras y virtudes, se hagan santos e inmaculados. Luego también debe entenderse así, porque no dijo: No se justificará en tu presencia nadie viviente; sino, todo viviente, es decir, no se justificarán todos: pero algunos sí se justificarán.

(Vers. 5.) En caridad predestinándonos para adopción de hijos por Jesucristo en él mismo. Debe leerse de dos maneras, para que la caridad se una con lo anterior o con lo posterior. Con lo anterior así: para que fuésemos santos e inmaculados ante él en caridad, y después siga: predestinándonos para adopción de hijos por Jesucristo en él mismo [Al. él mismo]. Con lo posterior así: en caridad predestinándonos para adopción de hijos por Jesucristo en él mismo. La diferencia del discurso griego προορίσας y ὀρισθέντος el discurso latino no la explica. El discurso superior se refiere a aquellos que antes no existían, y antes de que existieran, se pensó en ellos, y después subsistieron. El inferior se refiere a aquel a quien ningún pensamiento, ninguna voluntad precedió, sino que siempre fue, y nunca tuvo un comienzo para ser. Por lo tanto, correctamente ahora se dice προορισθέντες de aquellos que, aunque antes no existían, después subsistieron. Pero del Hijo, es decir, de nuestro Señor Jesucristo, en otro lugar está escrito ὀρισθέντος, porque siempre estuvo con el Padre, y nunca la voluntad paterna lo precedió para que existiera. De lo cual se deduce que siempre el Padre, siempre ha sido el Hijo, y en quienes la eternidad es coigual, la naturaleza es la misma. También debe inferirse que, aunque Dios nos predestina, o nos define [Al. define] para adopción de hijos por Jesucristo; sin embargo, no podemos [Al. podemos] ser hijos antes, a menos que recibamos la fe y el entendimiento de su Hijo Jesucristo. Y él es Hijo por naturaleza; nosotros, en cambio, por adopción. Él nunca dejó de ser Hijo: nosotros, antes de que existiéramos, fuimos predestinados, y entonces recibimos el espíritu de adopción, cuando creímos en el Hijo de Dios.

Según el beneplácito de su voluntad. La palabra εὐδοκίαν, que el discurso latino ha interpretado como beneplácito, entre los griegos está compuesta de dos palabras completas, ἀπὸ τοῦ εὖ, καὶ τοῦ Δοκεῖν, de bien, y de placito, que podemos decir beneplácito, porque no todo lo que agrada puede agradar bien, sino que solo allí se dice εὐδοκία, es decir, beneplácito, donde lo que agrada se comprueba que agrada correctamente. Este discurso lo tradujeron los Setenta intérpretes del hebreo RESON (), creando nuevas palabras para cosas nuevas. Así, en este lugar, toman ocasión aquellos que piensan que antes de la creación del mundo, las almas estaban con los ángeles y otros nombres de virtudes en la Jerusalén celestial, que ni el beneplácito de Dios, ni para alabanza de su gloria y gracia puede entenderse, que unos nazcan desnudos, bárbaros, esclavos, débiles; otros ricos, romanos, libres, sanos: ignobles o nobles en diferentes partes del mundo, a menos que hayan precedido causas por las cuales cada alma haya obtenido esto por sus méritos. Y aquello que está escrito a los Romanos, algunos piensan que lo saben, pero no lo saben: ¿No tiene potestad el alfarero sobre la misma masa para hacer un vaso para honra, y otro para deshonor? (Rom. IX, 21) lo refieren al mismo sentido: que así como una vida buena o mala, laboriosa o fácil, se lleva a cabo en este mundo en vano, a menos que creamos que habrá un juicio de Dios; así también la diversidad en este mundo de los nacidos demuestra la justicia de Dios, a menos que hayan precedido méritos de las almas. Porque si, dicen, no lo entendemos así, ni será el beneplácito de la voluntad de Dios, ni para alabanza de su gloria y gracia, haber elegido a unos antes de la

constitución del mundo, para que fuesen santos e inmaculados, y tuviesen adopción por Jesucristo; y haber destinado a otros a la última condición y a penas perpetuas.

(Vers. 6.) Para alabanza de la gloria de su gracia, en la cual nos hizo gratos en el amado. ¿Qué alabanza, dicen, de la gloria de la gracia de Dios es, hacer gratos a unos en Cristo, y preparar a otros para suplicios eternos: amar a Jacob antes de que nazca del vientre; odiar a Esaú antes de que cometa algo digno de odio, a menos que hayan precedido causas que prueben la justicia de Dios? Por lo tanto, toda gracia que conseguimos para gloria y alabanza de aquel que nos justificó [Al. nos hizo gratos] en el amado, es decir, en nuestro Señor y Salvador, se completa: porque sin sabiduría, verdad, justicia, paz, redención, y otras virtudes, no puede entenderse ningún bien. No se debe pensar que en los códices latinos está escrito en el amado hijo suyo, sino simplemente, en el amado; y si se hubiera añadido, amado de Dios, o amado del Padre, sería una simple inteligencia, y de opinión común, que nuestro Señor Jesucristo es amado por el Padre; pero no concederíamos algo grande a la propiedad del Hijo, ya que el Hijo sería amado como los demás. Se dice a Dios [Al. él]: Amas todo, y no rechazas nada de lo que has hecho: Porque no creaste nada por odio (Sap. XI, 23). O si se hubiera opuesto, en la cual nos hizo gratos en el amado sobre todos, todo el escrúpulo habría sido eliminado, porque sabemos que los patriarcas y profetas, y todos los hombres santos fueron amados por Dios. Ahora bien, en lo que ha hablado absolutamente, diciendo: en el amado, me parece que debe entenderse, como si se subentendiera, por todos. Porque si Cristo, como ya hemos dicho muchas veces, es sabiduría, justicia, paz, gozo, continencia, y otras, estos nombres de virtudes también los aman aquellos que no pueden seguirlos, y nadie es de tan confesado crimen, que no diga que ama la sabiduría y la justicia. Así como de la sustancia de Dios todos los hombres consienten en la opinión de que es divina, y no se comprende fácilmente por el sentido de nadie, pero cada uno yerra al pensar que es tal o cual: así también a Cristo, según lo que significa diversas virtudes, todos lo aman, aunque muchos no puedan probar con hechos que lo aman. Este es el amado que estimo que también se significa en Isaías: Cantaré a mi amado el cántico de mi amado de mi viña (Isai. V, 1); y: La viña fue hecha para mi amado; y en el salmo veintinueve: El Señor quebrantará los cedros del Líbano, y los reducirá a pedazos, como el becerro del Líbano, y el amado como el hijo de los unicornios (Psal. XXVIII, 6).

(Vers. 7.) En quien tenemos redención por su sangre, remisión de pecados. Se redime a aquel que está cautivo, y al caer en poder de los enemigos dejó de ser libre: así también algunos dicen que estamos cautivos en este mundo, y bajo los príncipes y potestades mantenidos bajo el yugo de la servidumbre, y no podemos antes liberar nuestras manos encadenadas y levantar los ojos hacia arriba, a menos que venga el redentor. Pero, ¿quién es este, dicen, tan grande y tal, que pueda redimir con su precio a todo el mundo? Jesucristo, el Hijo de Dios, dio su propia sangre, y liberándonos de la servidumbre nos otorgó la libertad. Y en verdad, si creemos en las historias de los gentiles, que Codro, y Curcio, y los Decios Mures detuvieron las pestilencias de las ciudades, y el hambre, y las guerras con sus muertes, ¿cuánto más debe juzgarse posible esto en el Hijo de Dios, que con su sangre no purgó una sola ciudad, sino todo el mundo? De dos maneras se entiende la sangre de Cristo, y su carne, o aquella espiritual y divina, de la cual él mismo dijo: Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida (Joan. VI, 56); y: Si no coméis mi carne, y bebéis mi sangre, no tendréis vida eterna (Ibid., 54); o la carne y sangre que fue crucificada, y que fue derramada por la lanza del soldado. Según esta división, también en sus santos se toma la diversidad de sangre y carne, de modo que una es la carne que verá la salvación de Dios: otra carne y sangre que no pueden poseer el reino de Dios. Consecuentemente, después de la redención de la sangre de Cristo, se nos escribe que hemos recibido la remisión de los pecados: porque a menos que

seamos redimidos, en vano se nos perdonan los pecados. Ni podemos recibir antes el perdón de las ofensas, y dejar de ser siervos, a menos que el precio por nosotros lo haya recibido el victorioso que una vez fue sangriento.

(Vers. 8.) Según las riquezas de su gracia que abundó en nosotros. Quien entiende esto que se ha dicho: Por gracia sois salvos, y no por obras (Ephes. II), y el deudor de cincuenta y quinientos denarios en el Evangelio (Luc. VII): que a quien más se le perdona, más ama: este puede saber que según sus riquezas la gracia de Dios ha abundado en nosotros: especialmente en la Iglesia congregada de entre los gentiles, que fue ajena al testamento y promesas de Israel, cuya falta nos ha traído la salvación. ¿No es grande la magnitud de las gracias en Pablo, y en los demás santos, de quienes se dice: ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? (I Cor. V, 3)? y en otro lugar: En quien desean los ángeles mirar (I Petr. I, 12): y de nuevo: Padre, da que como yo y tú somos uno, así también ellos en nosotros sean uno (Joan. XVII, 21). Estas riquezas de gracias no las hace vacías en sí mismo aquel que, en cuanto vale la fragilidad humana, se esfuerza, trabaja y se esfuerza, y habla con el Apóstol: Su gracia en mí no fue vacía (I Cor. 15). Pero quien no recuerda la magnitud del beneficio, y cae en cosas peores, en este la gracia rica de Dios, y la opulenta largueza se debilita en pobreza.

(Vers. 9.) En toda sabiduría y prudencia haciéndonos conocer el misterio de su voluntad. Los estoicos también opinan que la sabiduría y la prudencia son diferentes, diciendo: «La sabiduría es el conocimiento de las cosas divinas y humanas; la prudencia solo de las mortales.» Según esta división, podemos entender la sabiduría de las cosas invisibles y visibles; y la prudencia solo de las visibles. Se pregunta, por lo tanto, cómo Dios nos ha hecho conocer en toda sabiduría y prudencia el misterio de su voluntad. Y, en primer lugar, debe entenderse simplemente que el misterio de su voluntad es nuestra redención, por la sangre de su Hijo, y la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia que abundó en nosotros. Lo que significa que nosotros, creyendo en la pasión del Señor (que es locura para los que no creen) poseemos sabiduría y prudencia. Luego, que por sus Escrituras nos ha hecho conocer todos los misterios: cómo primero creó el cielo y la tierra, y todo lo que hay en ellos, lo hizo, ordenó y distinguió: cómo el hombre fue formado, y el mundo se llenó hasta la pasión de Cristo, cómo de las cosas visibles se conocen las invisibles. Finalmente, que incluso las cosas que están en la tierra necesitan sabiduría y prudencia. ¿Quién de nosotros sabe qué es lo que sostiene a las aves en el aire, a los peces en las aguas, y también promueve los pasos de los hombres, y excita la rabia de las bestias? Pero quien es un lector diligente, inmediatamente nos opondrá: Si Pablo conoce en parte, y profetiza en parte, y ahora ve por espejo en enigma (I Cor. XIII), ¿cómo se ha revelado a él o a los efesios el misterio de Dios en toda sabiduría y prudencia? Por esta necesidad nos vemos obligados a cambiar el orden de la lectura, y hacer: Según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, en la cual nos hizo gratos en el amado; en quien tenemos redención por su sangre, remisión de pecados, según las riquezas de su gracia, que abundará en nosotros en toda sabiduría y prudencia, para que cuando hayamos distinguido hasta aquí, es decir, toda sabiduría y prudencia, se unan a lo anterior, luego introduzcamos: haciéndonos conocer el misterio de su voluntad según su beneplácito. Sin embargo, puede mantenerse esta sentencia, que ven en parte, y profetizan en parte, ahora en toda sabiduría y prudencia, se dice que se les ha revelado el misterio. No porque ellos hayan aprendido el misterio en toda sabiduría y prudencia, sino que Dios en toda su sabiduría y prudencia, según lo que podían alcanzar, les ha revelado el misterio.

556 Según su beneplácito que propuso en él en la dispensación de la plenitud de los tiempos. Antes había dicho, según el beneplácito de su voluntad; ahora, según su beneplácito, quitando

la voluntad. Allí puso προορισμὸν, es decir, predestinación en la adopción de hijos por Jesucristo; aquí, sin embargo, πρόθεσιν, es decir, proposición. Entre predestinación y propósito, aquellos que suelen discutir entre palabras, afirman que la diferencia es que la predestinación de alguna cosa prefigura mucho antes en la mente de quien destina lo que será; el propósito, sin embargo, cuando ya está cercana la ejecución, y casi sigue el efecto al pensamiento. Lo que dice, propuso en él, debe referirse al misterio: ya que antes había dicho: para que nos diera a conocer el misterio de su voluntad, que el misterio es la dispensación de la plenitud de los tiempos, para que en el tiempo establecido todo se cumpla. Pues como el heredero, mientras es niño, aunque los bienes sean suyos, sin embargo, aún no se le debe la herencia (Gál. IV): así también el misterio que había sido predestinado por Dios en la adopción de sus hijos, antes no pudo ser dispensado, sino hasta que llegara su tiempo. De lo cual también en otro lugar Pablo dice en singular: Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo (Ibid., IV, 4): quien antes no pudo venir, sino hasta que se cumpliera el misterio del tiempo.

(Vers. 10.) Recapitular todas las cosas en Cristo, las que están en los cielos y las que están en la tierra [Al. añade están], en él. En los códices latinos está escrito, restaurar [Al. restaurar] en lugar de recapitular. Y me maravillo de por qué los traductores no usaron la misma palabra griega, cuando tal licencia, dialéctica y filosofía como se encuentran en griego, han sido asumidas. Pues también los oradores en los epílogos, o antes [Al. entre] los epílogos, al final de las causas para la memoria de los jueces y de aquellos que escucharon los asuntos, suelen hacer una recordación, es decir, ἀνακεφαλαίωσιν, para que lo que antes discutieron más ampliamente, después lo comprendan en un breve discurso, y cada uno comience a recordar lo que escuchó. Así que el sentido en el presente lugar es este: Toda la dispensación que comenzó antes del mundo y después en el mundo, tanto de las criaturas invisibles como visibles, prometía la venida del Hijo de Dios. Que Adán, quien fue expulsado del paraíso, sería llamado de nuevo por el Salvador (Gén. III). Que en la construcción de la torre, la unidad de las lenguas fue dividida (Gén. XI), en los Hechos de los Apóstoles presagiaba el don de lenguas (Hech. II). Que Isaac, en el tipo del Señor, llevó su propia cruz (Gén. III). Que Sansón, nutriendo su santa cabellera, amó los abrazos de la pobre Dalila, y confesó todos los secretos de su corazón (Jue. XVI), significaba el misterio del Salvador y de la Iglesia de entre los gentiles, verdaderamente pobre y necesitada (Juan XIX). Así que en la cruz del Señor, y en su pasión, todas las cosas fueron recapituladas, es decir, todo fue contado en esta ἀνακεφαλαίωσει. Para que sea más claro, pongamos un ejemplo de la costumbre diaria. Por ejemplo: He gastado veinte denarios, luego cinco, y otros quince; también he dado treinta y tres veces diez, en diferentes tiempos. Si quiero sumar todo esto en uno, la suma del número cien se eleva, y en un solo número tendré todo lo que antes describí. Así que todos los misterios y toda la dispensación de la antigüedad, no solo lo que se hizo en la tierra, sino también lo que se hizo en los cielos, se completa en la pasión de Cristo. Pues cuando Cristo sufrió una vez por mí, y fue sepultado, y resucitó, y ascendió victorioso al Padre: no necesito el antiguo número, porque en uno tengo todo. Presten atención diligente, que no solo todas las historias de las Escrituras, que el Espíritu Santo enumera que se hicieron en la tierra: sino también en los celestiales que nos son ocultos, se mantienen en la pasión recapitulada de Cristo.

(Vers. 11.) En quien también fuimos llamados por suerte: predestinados según el propósito de aquel que obra todas las cosas según el consejo de su voluntad. La palabra herencia y suerte, por las cuales venimos a la parte de Cristo, muestra que hemos sido trasladados de un poder a otro: y según lo que está escrito en el Deuteronomio: Cuando el Altísimo dividía las naciones, cuando esparcía a los hijos de Adán (Deut. XXIII, 8), hemos sido trasladados del dominio de

los ángeles a la parte del Señor. Y ellos ciertamente retuvieron lo ajeno, y lo que les fue encomendado o usurpado. Pero este recibió lo suyo: y subiendo a lo alto llevó cautiva la cautividad (Sal. LXVII), es decir, aquellos que antes fueron capturados para perdición, él mismo los capturó para vida, para que los llevara de nuevo a lo alto: y de alguna manera la cautividad es capturada, mientras que por la segunda cautividad los que antes fueron capturados, son liberados. Se debe considerar que aquí también προορισμός y πρόθεσις, es decir, predestinación y propósito, están puestos juntos, según los cuales Dios obra todas las cosas según el consejo de su voluntad. No porque todo lo que se hace en el mundo se realice por la voluntad y el consejo de Dios: de lo contrario, también los males podrían imputarse a Dios; sino porque todo lo que hace, lo hace con consejo y voluntad, lo que significa que son plenos de razón y poder del que hace. Nosotros los hombres queremos hacer muchas cosas con consejo: pero el efecto no sigue a la voluntad. Sin embargo, nadie puede resistirle, para que haga todo lo que quiera. Y quiere aquellas cosas que son plenas de razón y consejo, quiere que todos se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad (I Tim. II). Pero, porque nadie se salva sin su propia voluntad (pues somos de libre albedrío), quiere que queramos el bien, para que cuando queramos, él también quiera cumplir su consejo en nosotros.

(Vers. 12.) Para que seamos para alabanza de su gloria, los que antes esperábamos en Cristo. Si hubiera dicho solo esperábamos en Cristo, y no hubiera añadido antes esperábamos, que en griego se dice προηλπικότες, el sentido sería más claro, que aquellos que esperaron en Cristo, fueron llamados por suerte y predestinados según el propósito de aquel que obra todas las cosas según el consejo de su voluntad. Ahora bien, la adición de la preposición nos lleva a la comprensión de la que discutimos anteriormente, exponiendo lo que está escrito: Que nos bendijo con toda bendición espiritual en los celestiales en Cristo, como nos eligió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos e inmaculados ante él: que así como ya no nos bendijo con toda bendición espiritual en los celestiales, y nos eligió antes de la fundación del mundo: así también ahora se diga que esperábamos antes en Cristo, desde el tiempo en que fuimos elegidos y predestinados, y bendecidos en los celestiales. Otro, sin embargo, que no sostiene esta doctrina, que antes fuimos y esperábamos en Cristo, antes de vivir en este cuerpo, trasladará la comprensión a esto, para decir: En la venida del Señor Salvador, cuando en su nombre se doblará toda rodilla de los celestiales, terrenales e infernales, y toda lengua confesará que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (Filip. III), cuando todas las cosas le sean sujetas, unos por voluntad, otros por necesidad, y aquellos que antes de la presencia de su majestad esperaron en él, serán para alabanza de su gloria, y serán llamados ἀπηλπικότες: pero aquellos que se encuentren creyendo por necesidad, en el tiempo en que ni el diablo, ni sus ángeles podrán negar al que reina, serán esperanzados: pero no para alabanza de su gloria. Lo cual también ahora vemos cumplirse en parte, porque hay una recompensa diferente para aquel que sigue a Dios por voluntad, y otra para el que lo hace por necesidad. Sin embargo, ya sea por ocasión, ya sea por verdad, con tal que Cristo sea anunciado: siempre que se sepa, tanto el que espera, como el que antes espera, que por la diversidad de la esperanza recibirán diferentes premios.

(Vers. 13.) En quien también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad del Evangelio de vuestra salvación, en quien también creyendo fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa. En quien: no hay duda de que en Cristo. Entre otros que oyeron, vosotros también, efesios, oísteis la palabra de verdad, el Evangelio de vuestra salvación, al cual creyendo, fuisteis sellados con el espíritu de la promesa santo. Sin embargo, parece que según el orden de la lectura no se sostiene la sentencia, ni se sigue algo a lo que se ha dicho antes: En quien también vosotros habiendo oído la palabra de verdad del Evangelio de vuestra salvación, porque inmediatamente se pone por segunda vez, en quien. Lo cual, porque es superfluo,

puede ser eliminado del medio para devolver el texto a la lectura. Esto le sucedía a Pablo por el excesivo amor a Cristo, que siempre lo nombraba, incluso de manera superflua y extraordinaria. Lo cual puede encontrar un lector diligente sin nosotros en todas sus Epístolas. Por lo tanto, ahora que se ha puesto por segunda vez, en quien se percibe que ha alterado el orden de la sentencia, y ha dejado la proposición anterior pendiente. Sin embargo, no es poca alabanza de los efesios, no haber oído una predicación, sino la palabra de verdad. Pues entre la predicación y la palabra de verdad hay mucha diferencia, y en otra Epístola leemos: Y mi palabra y mi predicación, no en palabras persuasivas de sabiduría, sino en demostración de espíritu y de poder (I Cor. XI, 14). Busquemos diligentemente, dónde más está escrito, que alguien haya oído la palabra de verdad, para que de la comparación de ellos pueda abrirse claramente el sentido de Pablo: dónde también se ha nombrado el Evangelio, ya sea con adición, ya sea absolutamente. Por ejemplo, con adición, mi Evangelio (Rom. XVI, 25), y el Evangelio de Jesucristo (II Cor. II, 11), y el Evangelio eterno (Apoc. XIV, 6); o lo que ahora se dice a los efesios, el Evangelio de vuestra salvación. Absolutamente, como cuando habla de Lucas, cuya alabanza en el Evangelio es por todas las Iglesias (II Cor. VIII, 18). Sin embargo, es sellado quien haya oído la palabra de verdad, y haya creído en él, con el espíritu de la promesa santo. Porque hay muchos que oyeron, y permaneciendo incrédulos, de ninguna manera consiguieron el sello del Espíritu Santo. Se dice también al príncipe de Tiro, Tú eres el sello de la semejanza de Dios (Ezeq. XXVIII, 12). El sello de Dios es, que así como el primer hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios: así en la segunda regeneración cualquiera que haya conseguido el Espíritu Santo, sea sellado por él, y reciba la figura del creador. También se debe buscar dónde más está escrito, espíritu de la promesa santo: o qué significa. Yo creo que así como el Espíritu Santo hace santo a aquel en quien ha sido infundido: y el espíritu de sabiduría, sabio: y de inteligencia, inteligente: y de consejo, cauteloso y consulto: y de fortaleza, fuerte: y de ciencia, sabio: y de piedad, piadoso; y de temor, temeroso, y temblando de temor de Dios: así también el espíritu de la promesa, o el espíritu de Dios, hace a aquel en quien habita, fiador y Dios. Como por el contrario el espíritu inmundo hace inmundo, y prepara para sí una casa sucia el habitante sucio: también el espíritu de fornicación hace fornicadores, de los cuales también habla el profeta: Seducidos por el espíritu de fornicación (Oseas IV, 12): y el espíritu maligno, hace a los hombres malvados y perversos: y demoníaco, demonios: y como el licor que ha sido infundido en una vasija nueva, así la vasija retiene por mucho tiempo el olor y el sabor.

(Vers. 14.) Que es la prenda de nuestra herencia para la redención de la adopción, para alabanza de su gloria. Prenda el intérprete latino puso por arrhabón. Sin embargo, arrhabón no significa lo mismo que prenda. Arrhabón se da como un testimonio y compromiso de una futura compra. Prenda, sin embargo, esto es, ἐνέχυρον, se opone por dinero prestado: para que cuando este haya sido devuelto, la prenda sea devuelta al acreedor por el deudor. Nuevamente, en lo que dice: Para la redención de la adopción, no tiene en griego νόθεσίαν, sino περιποίησιν, que podemos decir adquisición, o posesión: sin embargo, no hemos expresado la fuerza del discurso. Pues hay muchas palabras que no pueden ser trasladadas del griego al latín, ni del hebreo al griego: y recíprocamente ni del latín al griego, ni del griego al hebreo. Cualquiera que, por lo tanto, no solo haya recibido el Espíritu Santo, sino el Espíritu Santo de la promesa, conseguirá al mismo tiempo, y el arrhabón de la herencia, que la herencia es la vida eterna. Y como por el arrhabón se estima qué tipo de compra futura será, y qué posesión: por ejemplo, de diez sueldos, una villa de cien sueldos, y de cien sueldos una posesión de mil sueldos; así por la variedad del arrhabón, se conoce también la magnitud de la herencia que seguirá después. Aunque alguien sea santo y perfecto, y por el juicio de todos se considere digno de bienaventuranza: sin embargo, para la futura herencia ahora ha conseguido el arrhabón del Espíritu. Si el arrhabón es tan grande, ¿cuánto será la posesión

misma? Y como el arrhabón que se nos da, no está fuera de nosotros; sino que está dentro de nosotros: así también la herencia misma, esto es, el reino de Dios que está dentro de nosotros, se mueve en nosotros internamente. Pues, ¿qué mayor herencia puede haber, que contemplar y ver con el sentido la belleza de la Sabiduría, y del Verbo, y de la Verdad, y de la Luz, y considerar la naturaleza inefable y magnífica de Dios, y contemplar la sustancia de todos los que han sido creados a semejanza de Dios? Este espíritu de la promesa santo, que es el arrhabón de nuestra herencia, se da ahora a los santos para que sean redimidos y unidos a Dios para alabanza de su gloria. No porque Dios necesite la alabanza de alguien, sino para que la alabanza de Dios beneficie a los que alaban, y mientras por cada obra conocen su majestad y grandeza, estallen en alabanza por el milagro del asombro.

(Vers. 15 y siguientes.) Por eso también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y en todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones: para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, iluminados los ojos de vuestro corazón. Aunque la traducción palabra por palabra pueda excusar al Apóstol ante un lector diligente, porque parece que todo el contexto de la sentencia está lleno de desorden, y se hace un solecismo, sin embargo, también en griego suena como un defecto. Por lo tanto, nosotros, respondiendo más bien a los calumniadores griegos, intentaremos así, según el sentido, ajustar el orden de la lectura, para que digamos: Habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y en todos sus santos: y viendo la diferencia de vuestra fe en el Señor, y en todos sus santos, no ceso de dar gracias, y de hacer memoria de vosotros en mis oraciones; para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación. Lo que sigue: iluminados los ojos de vuestro corazón, puede ser así devuelto por hipébaton: Por eso también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús en el conocimiento de él, iluminados los ojos de vuestro corazón, y en todos los santos, no ceso, dando gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría, y de revelación en el conocimiento; para que sepáis cuál es la esperanza de vuestra vocación, etc. Por lo demás, el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, debe entenderse así, que como nuestro Señor Jesucristo es la palabra, la sabiduría, la verdad, la paz, la justicia, la fortaleza, él mismo es también la gloria, según aquello que se dice en otro lugar: Aparecerá la gloria de Dios (Lev. IX, 23): y en casi toda la antigua Ley, está escrito que sobre el tabernáculo del testimonio se vio la gloria de Dios (Num. IX). Y el salmista canta: Levántate, gloria mía, levántate (Sal. CVII, 3). Esta gloria, iluminando con su resplandor el mundo, se fabricó un templo de un vientre virginal. De este templo, el Padre de la gloria se convierte en Dios. Y donde Cristo es gloria, allí solo se dice Padre: donde Jesús, allí se nombra su Dios, sin ningún añadido. Este Dios, por lo tanto, del hombre asumido, pero Padre de la gloria, de la sabiduría, de la verdad, da a los que creen en su Hijo espíritu de sabiduría, y de revelación, para que se hagan sabios, y con rostro revelado contemplen la gloria del Señor. Esta sabiduría y revelación, cuando los haya hecho sabios, y les haya abierto los misterios ocultos: inmediatamente sigue que tengan iluminados los ojos del corazón. De las palabras presentes se aprueba que, según los miembros exteriores del hombre, también se dicen los miembros del hombre interior. Pues aquí claramente llamó ojos del corazón, que no podemos entender sin sentido y mente. A esto también se ajusta aquello del salmista: Ilumina mis ojos, para que nunca duerma en la muerte (Sal. XII, 4). Y en otro lugar: Los ojos del sabio están en su cabeza (Ecles. II, 14). Pues si tomamos simplemente los ojos de la carne, ciertamente no solo los ojos del sabio, sino también los del insensato están en su cabeza. Así que la cabeza del sabio se toma por el sentido: porque con otra palabra se llama mente, y ánimo, y lo principal del corazón. Lo que dice, en el conocimiento de él, es decir, ἐπιγνώσει αὐτοῦ, algunos lo

entienden así, que entre γνῶσιν y ἐπίγνωσιν, es decir, entre noción y agnición, hay esta diferencia: que la noción es de aquellas cosas que antes no sabíamos, y después comenzamos a saber. La agnición, sin embargo, es de aquellas cosas que antes sabíamos y después dejamos de saber, y de las cuales después nos acordamos, y sospechan de una vida anterior en los celestiales, después de haber sido arrojados a estos cuerpos y olvidados de Dios Padre, ahora lo hemos conocido por revelación, según aquello: Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra (Sal. XXI, 28), y otras cosas similares que se replican.

(Vers. 18 seqq.) Para que sepáis cuál es la esperanza de su vocación, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál es la sublime grandeza de su poder en nosotros que creemos, según la operación de la potencia de su fuerza, que operó en Cristo, resucitándolo de entre los muertos. A quien una vez, según la oración de Pablo, le haya sido dado el espíritu de sabiduría y revelación, para que con los ojos del corazón abiertos contemple, éste sabrá qué está reservado para los llamados, y qué deben esperar los santos de Dios, lo que abundantemente y generosamente dará a aquellos que sostienen su herencia. Para este conocimiento, la grandeza del poder de Dios es necesaria en aquellos que, según la semejanza de Pablo, son llamados creyentes, por el cual Dios operó en Cristo Jesús, a quien resucitó de entre los muertos. La herencia debe entenderse de dos maneras: ya sea que el primogénito de toda criatura sea la herencia del alma de nuestro Señor Jesucristo, y de aquel que fue asumido del cuerpo y alma del hombre, y nosotros, con la herencia del alma, heredamos a Dios Verbo; o que en Cristo nuestra herencia sea, la divinidad única del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; así como se llama herencia de casas y villas aquello que es poseído por los herederos: así mismo Dios es la herencia de los creyentes y de los santos. Está escrito también en el Antiguo Testamento: A los hijos de Leví no les daréis herencia en medio de sus hermanos: porque yo soy su parte (Num. XVIII, 20); y en otro lugar: El Señor es su herencia (Deut. XVIII, 2); y el santo que sabe que no tiene nada fuera de Dios, habla audazmente: Mi parte es el Señor (Sal. LXXII, 26); y: Tú eres la parte de mi herencia y de mi cáliz (Sal. XV, 5). No es, por tanto, de poco estudio, que sepamos la esperanza de la vocación, y las riquezas de la gloria de la herencia de Dios en los santos: pues necesitamos de esa virtud para conocer estas cosas, la misma que Dios usó en su Hijo al resucitarlo: a quien resucitó no una vez, sino siempre de entre los muertos, y lo hizo libre entre los muertos, sin mancha de contagio de muerte. Cristo resucita cada día de entre los muertos: cada día es resucitado en los penitentes. No porque no tuviera también según la carne el poder de poner su alma, y de retomarla de nuevo (pues nadie la quita, sino que la pone por sí mismo), sino porque según la dispensación de la carne y del Hijo, se dice que el hombre y el Hijo fueron resucitados por Dios y el Padre.

(Vers. 21.) Y lo hizo sentar a su derecha en los cielos, sobre todo principado, y potestad, y virtud, y dominación, y todo nombre que se nombra no solo en este siglo, sino también en el futuro. A través de la similitud humana, demostró el poder de Dios: no porque se coloque un trono, y Dios Padre se siente en él, teniendo consigo al Hijo sentado; sino porque no podemos entender de otra manera su juicio y reinado, sino a través de nuestras palabras. A esto se refiere también lo que está escrito en el salmo ciento nueve: Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (Sal. CIX, 1). Pues si el Hijo se sienta a la derecha del Padre según el hábito del que reina, es necesario que según esa misma similitud sea mayor que aquel que se sienta a la izquierda. Para que sepamos que esto debe entenderse de otra manera que como suena la letra, el mismo salmo enseña en lo que sigue, diciendo: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec: el Señor a tu derecha. Pues ¿cómo, si el Hijo se sienta a la derecha del Padre, se dice de nuevo que el Padre está a su derecha? ¿O por qué razón la tierra es el escabel de sus

pies, y el cielo su trono, cuando se dice que también la tierra es contenida en el puño según Isaías, y el cielo medido con la extensión de la palma (Is. XL)? Pues no puede estar dentro de aquello que es contenido por él mismo: ni tener encerrado en su mano, aquello por lo que él mismo está rodeado según el hábito del que se sienta. Así como estar cerca de Dios, o alejarse de él, no debe ser sentido según los espacios de los lugares, sino según los méritos, que los santos estén cerca de él: y los pecadores, de los que dice el profeta: He aquí que los que se alejan de ti, perecerán (Sal. LXXII, 27), sean alejados de toda su vecindad: así también debe entenderse estar a la derecha o a la izquierda de Dios: que los santos estén a su derecha: y los pecadores a su izquierda, como también lo comprueba el Salvador en el Evangelio, cuando recuerda que las ovejas están a la derecha, y los cabritos a la izquierda (Mat. XXV). Pero también la palabra sentarse, significa el poder del reino, por el cual Dios otorga beneficio a aquellos sobre los que se digna sentarse: que los gobierne, y los tenga en su carro, y convierta sus cuellos, antes vagos y libres, a su propio mandato. Después de esto se pregunta, cómo puede entenderse lo que sigue, sobre todo principado, y potestad, y virtud, y dominación, y todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el futuro. Y ciertamente ya se ha dicho sobre las derechas e izquierdas, y sobre la sesión. Ahora se debe preguntar dónde encontró el Apóstol estos cuatro nombres, principado, potestad, virtud, y dominación, escritos, y de dónde los sacó. Pues no es lícito pensar que él, que fue instruido en la lectura divina, haya dicho algo que no se encuentra en los volúmenes sagrados. Por lo tanto, creo que él sacó a la luz estas cosas secretas de las tradiciones de los hebreos: o ciertamente, que entendió más profundamente lo que está escrito como historia, al comprender que la ley es espiritual, y que lo que se refiere a reyes y príncipes, también a duques, tribunos y centuriones, en los Números, y en los libros de los Reyes, conoció la imagen de otros príncipes y reino: que ciertamente en los cielos hay principados, hay potestades, hay dominaciones y virtudes, y otros nombres de ministerios; que ni nosotros podemos nombrar, ni creo que el mismo Pablo, estando en un cuerpo pesado, haya podido enumerar. Pero si hay principados, y potestades, y virtudes, y dominaciones, es necesario que también tengan sujetos, y que los teman, y les sirvan, y que se fortalezcan con su fortaleza. Estas distribuciones de oficios no solo estarán en el presente, sino también en el siglo futuro: para que a través de cada progreso, y honores, y ascensiones, y también descensos, alguien crezca o disminuya, y esté bajo otro y otro poder, virtud, principado, y dominación. Nosotros, pequeños hombres que pronto seremos disueltos en ceniza y polvo, si por consenso de los hombres somos elevados a reyes, tenemos tantas diversidades y multitudes de ministros, que más fácilmente podemos sentirlos que decirlas: Por ejemplo: que el Prefecto en la parte civil, tenga jueces, provincias, y su orden: de nuevo, la milicia, se divida en tantos condes, duques, tribunos, y un ejército múltiple; y ¿pensamos que Dios, Señor de los Señores y Rey de los que reinan, está contento con un ministerio tan simple?

(Vers. 22, 23.) Y todo lo sometió bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, que es su cuerpo: la plenitud de aquel que todo lo llena en todo. Esto parece contrario a lo que se escribe en otro lugar: Pues aún no vemos todas las cosas sujetas a él. Pero también aquello: Porque es necesario que él reine, hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies (I Cor. XV, 25). Pues si aún no le están sujetas todas las cosas, y es necesario que él reine, hasta que le sean sujetas todas las cosas: ¿cómo ahora Dios ha sometido todo bajo sus pies? Especialmente cuando en otro lugar el mismo Pablo testifica: Pero cuando le sean sujetas todas las cosas, entonces también el Hijo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas: para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 28). Por lo tanto, o según la presciencia de lo que ha de venir, lo menciona como ya hecho, según el sentido que expusimos antes, donde dice: Nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos en Cristo. O ciertamente, si debe entenderse del pasado: así debemos entender que incluso aquellas cosas que no le están

sujetas por voluntad, sirven a la condición de la naturaleza: por ejemplo, los demonios, los judíos y los gentiles. Pues no sirven a Cristo, ni están sujetos a sus pies, y sin embargo, porque fueron creados por él para bien, están sujetos a su poder a pesar de que se oponen a él con la voluntad del libre albedrío. En este sentido también se adapta lo que sigue: Y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, que es su cuerpo. Pues así como la cabeza tiene muchos miembros sujetos a ella, de los cuales algunos son viciosos y débiles: así también nuestro Señor Jesucristo, siendo la cabeza de la Iglesia, tiene como miembros a todos aquellos que se congregan en la Iglesia, tanto santos como pecadores: pero santos por voluntad, pecadores por necesidad sujetos a él. Y así sucede, que incluso los enemigos están sujetos a sus pies. Por lo tanto, en lo que dice, todo, parece plantear una cuestión. Pues aquello que se dijo: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies (Sal. CIX, 1). Y en otro lugar: Porque es necesario que él reine, hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies (I Cor. XV, 25): no requiere mucho de un intérprete, para que aquellas cosas que son enemigas, cuando sean superadas, sean sujetas a sus pies, y pasen al poder del vencedor. Pero ¿por qué todas las cosas, es decir, ángeles, tronos, dominaciones, potestades, y otras virtudes, que nunca fueron contrarias a Dios, se sujetan a sus pies, parece oscuro. Por lo tanto, se puede responder, que sin pecado no hay nadie, y que las mismas estrellas no son puras ante Dios, y que toda criatura teme la venida del Creador (Job. XV). Por lo cual se dice que la cruz del Salvador no solo purgó las cosas que estaban en la tierra, sino también las que estaban en los cielos. Otro, sin embargo, refiere todo, no a la universalidad, sino solo a aquellas cosas de las que se ha discutido: o de esta manera, toda la ciudad clamó, no porque no hubiera alguien en silencio en la ciudad, sino que por la mayor parte incluso las cosas menores son llamadas. Y el mismo apóstol Pablo: Todos, dice, buscan lo tuyo, no lo que es de Dios (Filip. II, 21): y: Todos me abandonaron. No porque Timoteo y los otros discípulos, que en el momento en que se escribían las Epístolas estaban con él, lo hubieran abandonado; sino porque fue abandonado por muchos, se queja de que fue abandonado por todos, es decir, por la mayor parte. Algo similar suena en el salmo: Todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles: No hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno (Sal. XIII, 3). Pues si todos se desviaron: entonces también se desvió el que habla. Y en otro lugar: Dije en mi exceso de mente, todo hombre es mentiroso (Sal. CXV, 2). O esto que dijo es verdad, o es falso. Si todo hombre es mentiroso, entonces también es mentiroso el que habla. Pero si el que habla es mentiroso, ni siquiera esto que dice es verdad, que todo hombre es mentiroso. Por lo tanto, si es una sentencia verdadera, todos deben ser entendidos como dijimos antes, que la gran parte de los hombres miente. El Apóstol también escribe en otro lugar: Enseñando a todo hombre (Col. III, 16). Y de nuevo, amonestando a todo hombre: no porque haya enseñado a todos los hombres: pues cuántos hay que hasta hoy no han oído ni la doctrina del Apóstol, ni su nombre; sino que enseña y amonesta a todos aquellos que están en la Iglesia, y desean saber lo que es de Dios. Sigue: La plenitud de aquel que todo lo llena en todo. Esto debe entenderse de la misma manera que aquello: Entonces se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 28). Pues ahora Dios está en partes en cada uno, en uno justicia, en otro castidad, en otro templanza, en otro sabiduría, en otro fortaleza: y es difícil que incluso en los hombres santos y perfectos estén todas las virtudes al mismo tiempo. Pero cuando en el fin de las cosas, y en la consumación del mundo, le sean sujetas todas las cosas, se llenará todo en todos: para que según lo que Dios es lleno de todas las virtudes, se llene todo en todos, y todos tengan todo, lo que antes cada uno poseía individualmente. Pero también esto que dice: Y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia que es su cuerpo: la plenitud de aquel que todo lo llena en todo, no solo puede entenderse de los hombres, sino también de los ángeles y de todas las virtudes, y de las criaturas racionales de la Iglesia. Y también esto: Que todo lo llena en todo, no debe ser entendido tal como suena; pues no dice: Que todo lo llena en todo; sino, que todo lo llena en

todo. Pues una cosa es llenar, otra cosa es ser llenado; porque en uno es palabra de agente, en otro de paciente. Así como el emperador es llenado, si diariamente se aumenta su ejército, y se hacen nuevas provincias, y crece la multitud de pueblos: así también nuestro Señor Jesucristo en que todo le cree, y cada día vienen a su fe, él mismo es llenado en todos: así, sin embargo, que todo se llene en todos, es decir, que los que creen en él, estén llenos de todas las virtudes, y según el Evangelio lo hagan crecer en edad, sabiduría y gracia, no solo ante Dios, sino también ante los hombres (Luc. II).

(Cap. II.---Vers. 1 seqq.) Y vosotros, cuando estabais muertos por vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, según el siglo de este mundo, según el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, en los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo las voluntades de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, como los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo. Antes de discutir sobre el sentido de cada palabra, parece que el orden de la lectura debe ser así: Y vosotros, cuando estabais muertos por vuestros delitos y pecados, Dios, que es rico en misericordia por su gran amor con que nos amó, os dio vida juntamente con Cristo: y cuando estábamos muertos por los delitos, en los cuales anduvimos en otro tiempo, según el siglo de este mundo, según el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, en los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo las voluntades de la carne y de las mentes, y éramos por naturaleza hijos de ira, nos dio vida juntamente con Cristo, como si se entendiera dos veces dicho, y nos dio vida juntamente con Cristo. La conjunción causal en el lugar donde dice: Pero Dios, que es rico en misericordia, creemos que fue añadida por escribas ignorantes, y que el error se fue introduciendo poco a poco, o que fue usada superfluamente por el mismo Pablo, que era inexperto en el habla, pero no en el conocimiento (II Cor. XI). Manifiestamente, la muerte del alma se dice que es el pecado, por lo que dice: Y vosotros, cuando estabais muertos por vuestros delitos y pecados, según lo que también está escrito en Ezequiel: El alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 4). Y porque los delitos, que en griego se llaman *παραπτώματα*, según la etimología de la misma lengua, son propiamente una palabra de las Escrituras (aunque los delitos se traduzcan más correctamente como *πλημμέλιαι*), busquemos qué significan, o en qué se diferencian de los pecados, es decir, qué diferencia hay entre *παραπτώματα* y *ἁμαρτίας*. Dicen que *παραπτώματα* son como los inicios de los pecados, cuando un pensamiento tácito se introduce, y con cierta connivencia nuestra, aún no nos ha empujado a la ruina. Por eso también en el Salmo dieciocho (Vers. 13) está escrito: ¿Quién entiende los delitos?, es decir, *παραπτώματα*, porque ciertamente es difícil entender las raíces y los inicios de los pecados. El pecado, en cambio, es cuando algo consumado en obra llega a su fin. También busquemos qué significa, en los cuales anduvisteis en otro tiempo según el siglo de este mundo, si acaso hay otro siglo que no pertenezca a este mundo, sino a otros mundos, de los cuales también Clemente escribe en su Epístola: Océano, y los mundos que están más allá de él. ¿O es este único mundo, que desde el principio del siglo en que fue hecho Adán hasta su fin se desarrolla y pasa, o ciertamente el mundo se llama de otro modo el príncipe de este aire, que ahora opera en los hijos de desobediencia? También está escrito a los Gálatas: Para librarnos de este presente siglo malo (Gálatas I, 4). Y en esta misma Epístola: Redimiendo el tiempo, porque los días son malos (Infra, V, 16). Y los días de Jacob se dicen cortos y malos (Génesis XLVII), ya sea porque el tiempo de esta vida por el cual estamos encerrados en el siglo es grave y laborioso, o porque el mismo Satanás de este mundo, como dijimos antes, se llama con el término de siglo. De lo cual inmediatamente en

lo siguiente: Según el príncipe, dice, de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia. El príncipe del aire, y el espíritu de potestad, que está en este aire, se entiende que es el diablo, que ahora opera en los hijos de desobediencia. En aquellos que creen en el Señor, no puede operar. De lo cual también dice más adelante: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales. No porque el diablo y sus secuaces, que vagan por este mundo insinuando pecados a los hombres, puedan estar en el cielo, del cual cayeron por sus méritos; sino que se llama cielo a este aire que está sobre nosotros, según aquella expresión del Salvador: Mirad las aves del cielo (Mateo VI, 26), y otras cosas. Es manifiesto que las aves no vuelan por el cielo, sino por el aire. Sigue: En los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo las voluntades de la carne y de las mentes. Lo que dice, en los cuales, debe referirse a los delitos. Pues anteriormente, porque había puesto dos cosas juntas: Y vosotros, cuando estabais muertos por vuestros delitos y pecados, y lo había referido a los pecados diciendo: en los cuales anduvisteis en otro tiempo: respecto a los delitos no parecía haber seguido nada que pudiera completar el sentido: ahora dice: en los cuales delitos, también todos nosotros vivimos: y al mismo tiempo, para que en lo que había dicho, y vuestros pecados en los cuales anduvisteis en otro tiempo, no pareciera excluirse del pecado por soberbia, añadió, en los cuales también todos nosotros vivimos. Pero quien dice que ha vivido, confiesa sobre delitos pasados, y no presentes. Vivimos, dice, en otro tiempo, no en un solo deseo, sino en los deseos de nuestra carne. Pues la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gálatas V, 17). Haciendo no una sola voluntad de la carne, sino muchas: y no solo las voluntades de la carne, sino también de las mentes, por lo cual en los códigos latinos se tiene, pensamientos. Entre el pecado de la carne y de las mentes creo que hay esto: que el pecado de la carne es la impureza y la lujuria, y lo que se cumple en las pasiones. El delito de las mentes se refiere a doctrinas contrarias a la verdad y a la perversidad herética, de modo que podemos decir que muchos herejes (aunque esto sea raro) hacen las voluntades de las mentes, y no las de la carne, y muchos contra los eclesiásticos, hacen las voluntades de la carne y no de las mentes, y hay muchos que hacen las voluntades de la carne y de las mentes por igual. Esto lo hemos dicho, no porque los herejes no hagan las voluntades de la carne (pues hay más vicios corporales entre ellos que entre los nuestros) sino para que, puesto el ejemplo, se pueda entender más fácilmente lo que queríamos. Y éramos, dice, por naturaleza hijos de ira como los demás. Que respondan los herejes que sostienen que hay diferentes naturalezas, cómo Pablo, que sin duda es de naturaleza espiritual, fue por naturaleza hijo de ira, como los demás que aún están en el error. Nosotros decimos que todos los hombres son primero por naturaleza hijos de ira, ya sea por el cuerpo de humillación y el cuerpo de muerte, y porque desde la juventud la mente de los hombres está inclinada al mal (Génesis VIII): de donde también Salomón dice: No hay justo en la tierra que haga el bien y no peque (Eclesiastés VII, 21). O porque desde el momento en que podemos tener conocimiento de Dios, y llegamos a la pubertad, todos pecamos, ya sea en obra, en palabra o en pensamiento. Éramos, pues, por naturaleza hijos de ira como los demás, y todos los Santos, que han sido redimidos de la ira por la sangre de Cristo. Pues si Pablo, que según la justicia que había en la Ley, vivió irrepreensiblemente, dice que fue por naturaleza hijo de ira, ¿por qué temeríamos testificar que también los hombres santos de antaño fueron hijos de ira? De todos los cuales se puede decir verdaderamente: Pero cuando vino el mandamiento, el pecado revivió, y ellos murieron. Hijo de ira debe entenderse como hijo de perdición, hijo de iniquidad, hijo de muerte. No porque alguna ira, muerte, iniquidad y perdición subsistan en su naturaleza, que tengan hijos; sino porque se dice que son hijos de aquello que opera en cada uno: como se llaman hijos del infierno, los que serán consumidos por los fuegos del infierno. Otro piensa que los hijos de ira se llaman así como hijos del diablo. Pues el diablo es

perdición, ira y muerte. La muerte devoró prevaleciendo (Isaías LII, según los LXX) Y: El último enemigo que será destruido es la muerte (I Cor. XV, 26): y al mismo diablo: Te has convertido en perdición (Ezequiel XXVIII, según los LXX). Se ha convertido, dice, por su propia voluntad, no creado así desde el principio. Así como la muerte se dice, porque por la envidia del diablo la muerte entró en el mundo (Sabiduría II), y por él murieron los que antes vivían, y perdición, porque pierde a quienes engaña: así también se dice ira por la ferocidad que ejerce contra el hombre. Algunos piensan que aquello en los libros de los Reyes, cuando David contó al pueblo de Israel, provocando la ira de Dios sobre sí mismo, la Escritura diciendo: Y se encendió la ira de Dios contra Israel, e incitó a David diciendo (II Samuel XXIV, 1), la ira del Señor, significa al diablo: pues según la propiedad de la lengua griega no dijo en género femenino, ira de Dios λέγουσα, es decir, que dijera, sino ira de Dios λέγων, es decir, que dijera, en género masculino: ciertamente el Señor envía su ira y furor por ángeles malos. Dios, pues, que es rico en misericordia, y rico por su amor con que amó al género humano, y amor no simple, sino grande, cuando estábamos muertos por nuestros delitos, nos dio vida, y no solo nos dio vida (pues esto era poco para su bondad y grandeza), sino que nos dio vida con Cristo Jesús, dándonos una y la misma vida que tiene Cristo. Algunos por lo que ahora hemos expuesto: Y éramos por naturaleza hijos de ira, por naturaleza, absolutamente, o completamente, porque la palabra φύσει es ambigua, lo han traducido. Aunque suene así, debe explicarse según lo que hemos dicho.

Por gracia sois salvos. Si las pasiones de este tiempo no son dignas de la futura gloria que se revelará en nosotros (Rom. VIII), somos más salvos por gracia que por obra. Pues nada podemos retribuir al Señor por todo lo que nos ha dado.

(Vers. 6.) Y nos resucitó, y nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús. Antes había dicho que Dios resucitó a Cristo de entre los muertos, y lo hizo sentar a su derecha en los lugares celestiales sobre todo principado, potestad, virtud, y dominación, y todo nombre que se nombra no solo en este siglo, sino también en el venidero. Ahora añade: que también nos resucitó con él, y nos hizo sentar en los lugares celestiales a su derecha. Se pregunta, pues, ¿cómo Dios, que nos salvó y resucitó, nos hizo sentar con Cristo? Y quien va a responder más sencillamente, afirma que según la presciencia de Dios, lo que va a suceder, lo dice como si ya hubiera sucedido. Y porque es costumbre de las Escrituras, que a veces los futuros se declinan en tiempo pasado: Por ejemplo, sobre la cruz del Señor: Horadaron mis manos y mis pies (Salmo XXI, 17). Y en otro lugar sobre su pasión: Como oveja fue llevada al matadero (Isaías LIII, 7). Y aún sobre las injurias de los azotes: Por su lliga fuimos nosotros curados (Ibid., 5). Y en otro lugar: Por las iniquidades de mi pueblo fue llevado a la muerte (Ibid., 8, según los LXX). Esto para que, como los futuros siempre son inciertos, la esperanza de los hombres no vacile y tiemble, lo que Dios conoce que va a suceder (en quien nada es ambiguo) se menciona como si ya hubiera sucedido: para que, como los pasados según los filósofos tampoco pueden hacerse no hechos, quienes lo oigan, tengan como ya hecho lo que va a suceder. Otro que entiende la resurrección y el reino de Cristo espiritualmente, no ha dudado en decir que los santos ya se sientan y reinan con Cristo: pues así como no es santo en la carne, aunque viva en la carne, y tiene su conversación en los cielos, aunque camine en la tierra, y deja de ser carne, convirtiéndose todo en espíritu: así se sienta en los cielos con Cristo: pues el reino de Dios está dentro de nosotros (Lucas XVII, 21); y donde esté nuestro tesoro, allí estará también nuestro corazón (Mateo VI, 21); y firmes y estables nos sentamos con Cristo, sabiduría, Verbo, justicia, verdad. También se puede decir que así como hemos recibido el arras del Espíritu Santo, sin haber alcanzado aún toda su plenitud: así también nos sentamos con Cristo y reinamos, sin haber obtenido aún la perfecta sesión en los cielos.

(Vers. 7.) Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad sobre nosotros en Cristo Jesús. Cuán grande es la magnitud del beneficio, y cuán múltiple la gracia por la cual el Señor nos ha liberado de las perturbaciones de este siglo y nos ha hecho sentar y reinar con Cristo, se comprueba sobre todo por esto, que en los siglos futuros no en uno, sino en todos, mostrará a todas las criaturas racionales su gloria sobre nosotros, y sus riquezas. Que nosotros, que antes estábamos sujetos a la ley del infierno, y por los vicios y pecados; así como estábamos destinados a las obras de la carne, también lo estábamos a los castigos: ahora en Cristo reinamos y nos sentamos con él. Y no nos sentamos en cualquier lugar humilde, sino sobre todo principado, potestad, virtud, dominación, y todo nombre que se nombra no solo en este siglo, sino también en el venidero. Pues si Cristo resucitado de entre los muertos se sienta a la derecha de Dios en los cielos sobre todo principado, potestad, virtud, y demás: y nosotros nos sentamos y reinamos con Cristo: es necesario que nos sentemos sobre aquellos sobre los que él se sienta. Pero quien es un lector diligente, inmediatamente pregunta y dice: ¿Qué, entonces, es el hombre mayor que los ángeles y todas las potestades en el cielo? Lo cual, porque es peligroso responder; referirá los principados y potestades, y virtudes, y dominaciones, y todo nombre que se nombra no solo en este siglo, sino también en el venidero (especialmente porque todo está sujeto a los pies de Cristo) no a la parte buena, sino a la contraria: para decir que son ángeles rebeldes, y el príncipe de este mundo, y Lucifer que brillaba en la mañana, sobre los cuales los santos con Cristo se sentarán al final, otorgándoles también beneficio, que ahora vagan sin freno y abusando de su mala libertad, caen por precipicios de pecados. Pero cuando tales tengan quienes se sienten sobre ellos, comenzarán a ser gobernados según la voluntad de los que se sientan. Otro trasladará esto que dice: para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad sobre nosotros, en Cristo Jesús, a aquella inteligencia, que no somos salvos por nuestro mérito, sino por su gracia, y es mayor indicio de bondad morir por los pecadores, más que por los justos: Porque por un justo, tal vez alguien se atreva a morir; y nos dará lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II). Todo lo cual ya nos ha dado en parte en Cristo Jesús, porque ningún bien puede decirse sin Cristo.

(Vers. 8, 9.) Porque por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros: pues es don de Dios, no por obras, para que nadie se gloríe. Por eso, dice, mostrará en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad, porque por gracia sois salvos por medio de la fe, no por obras. Y esta misma fe no es de vosotros, sino de aquel que os llamó. Esto para que no se nos introduzca un pensamiento oculto: si no somos salvos por nuestras obras, ciertamente al menos por la fe somos salvos: y de otro modo es nuestro que seamos salvos. Añadió, pues, y dijo, que incluso la fe misma no es de nuestra voluntad, sino don de Dios. No porque se quite al hombre el libre albedrío, y según aquello del Apóstol a los Romanos, no es del que corre ni del que quiere; sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX); sino que la misma libertad del albedrío tiene a Dios como autor, y todo se refiere a su beneficio, pues incluso el querer el bien él nos lo ha permitido. Todo esto para que nadie se gloríe de sí mismo, y no de Dios que lo ha salvado.

(Vers. 10.) Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas. Ha explicado las razones por las cuales somos salvados por gracia mediante la fe, y esto no de nosotros, sino como un don de Dios, diciendo: Porque somos hechura suya, es decir, que vivimos, respiramos, entendemos y podemos creer, es de Él, porque Él es nuestro creador. Y observa cuidadosamente que no dijo que somos su figura o formación, sino que somos su hechura. La formación, en efecto, tiene su origen en el barro de la tierra; pero la hechura tomó su inicio según la semejanza e imagen

de Dios. Esto también se expresa de manera diferente en el salmo ciento dieciocho: Tus manos me hicieron y me formaron (Sal. XVIII, 73). La hechura ocupa el primer lugar, luego la formación. Y porque el nombre de creación y condición siempre se asocia con grandes obras, por ejemplo: esa ciudad fue fundada, y desde el principio fue creado el mundo, y cada uno de los santos, a través de diversas doctrinas y virtudes, es en sí mismo un mundo entero: por eso ahora se dice que somos creados en Cristo, y creados en buenas obras, ya sea las que hemos hecho o haremos, o en otras criaturas, a las cuales nuestra conversación debe trasladarse, para que andemos en aquellas que Dios preparó, con gran esperanza ya dada a nosotros, mientras andemos en estas que Dios ha preparado grandemente. Y porque una vez hemos llegado al nombre de criatura, y la Sabiduría en los Proverbios de Salomón dice que fue creada como el principio de los caminos de Dios (Prov. VIII), muchos, por temor a ser obligados a llamar a Cristo una criatura, niegan todo el misterio de Cristo, diciendo que no se refiere a Cristo en esta sabiduría, sino a la sabiduría del mundo: nosotros proclamamos libremente que no hay peligro en llamarlo criatura, a quien confesamos como gusano, hombre, crucificado y maldición, con toda la confianza de nuestra esperanza: especialmente cuando en los dos versículos anteriores, la misma sabiduría promete decir lo que será después de los siglos (Prov. XXII). Pero como Cristo hizo los siglos, y lo que dice a continuación son cosas que prometió decir después de los siglos, deben referirse al misterio de la encarnación, no a la naturaleza de Dios: aunque en los códigos hebreos no se encuentra: El Señor me creó como el principio de sus caminos: sino, El Señor me poseyó. Entre posesión y creación hay mucha diferencia: porque quien es poseído, ciertamente existe y subsiste, y es propio quien es poseído. El creador, en cambio, es aquel que no existía antes de ser hecho: o ciertamente se transfiere de lo que era a otra cosa, como ahora se dice que somos creados en Cristo Jesús. Creados, ciertamente, no porque no existiéramos antes, sino creados en buenas obras. Lo que también David suplica en el salmo cincuenta, diciendo: Crea en mí, oh Dios, un corazón puro (Sal. L, 11). Y ciertamente había tenido un corazón puro antes del pecado, cuando el Señor hablaba de él: He hallado a David, hijo de Jesé, conforme a mi corazón (Hech. XIII, 22): pero así como allí la creación significa restauración, así también en nosotros y en Cristo, a través de cada obra y progreso, se puede entender como creación y condición: para que diariamente en los creyentes, porque según diversos méritos se llaman montes, valles, colinas y llanuras, Cristo sea creado, nacido y fundado.

(Vers. 12.) Por tanto, recordad que en otro tiempo vosotros, gentiles en la carne, que erais llamados incircuncisión por la que se llama circuncisión hecha en la carne por mano: que en aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel, y extraños a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Llamando a los efesios gentiles en la carne, muestra que en el espíritu no son gentiles: así como, por el contrario, los judíos son gentiles en el espíritu y en la carne israelitas. Por tanto, los judíos y los gentiles se dividen en cuatro maneras. Algunos están circuncidados en la carne y en el espíritu, como Moisés y Aarón, los apóstoles y Natanael, cuyo judaísmo oculto el Señor vio y dijo: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño (Juan I, 47). Otros que no están circuncidados ni en carne ni en espíritu, como Nabucodonosor y Faraón, y hoy la multitud de naciones bárbaras y romanas, que no creen en Dios. Terceros, que solo están circuncidados en la carne y tienen el espíritu incircunciso, a quienes el profeta dice: Circuncidaos al Señor vuestro Dios, y no circuncidéis la carne de vuestro prepucio (Jerem. IV, 4). Y en otro lugar: Todas las naciones son incircuncisas de carne: pero la casa de Israel es incircuncisa de corazón (Jerem. IX, 26). Los últimos de los que ahora se dice: Porque en otro tiempo vosotros, gentiles en la carne, que erais llamados incircuncisión por la que se llama circuncisión hecha en la carne por mano, como hoy es toda la multitud de creyentes, y todo el mundo de los gentiles está lleno. Por tanto, para distinguir a los gentiles espirituales de los judíos, los efesios son

llamados gentiles en la carne, porque según el espíritu son israelitas. Pues en otro lugar, al recordar a Israel según la carne, la Escritura dice: Mirad a Israel según la carne (I Cor. X): porque en el espíritu no era Israel. Además, moderó bien las palabras: que erais llamados incircuncisión. Eráis llamados, dice, incircuncisión, y no lo erais, por la que se llama circuncisión hecha en la carne por mano. No porque sea circuncisión, sino porque ella misma asume este nombre, y es verdaderamente circuncisión hecha por mano, no por espíritu. También debe observarse que nosotros, que sin Cristo fuimos recordados como alejados de la ciudadanía de Israel, y extraños a las promesas y al Testamento de Dios: ahora, después de haber creído en Cristo, así como hemos recibido sus promesas y testamentos, también se dice que tenemos la ciudadanía de Israel: como toda la conversación legal se cumple en nosotros, porque evidentemente la ley es espiritual, y más nos circuncidamos, y guardamos el sábado en espíritu, ofreciendo sacrificios espirituales: con el templo y el altar de ellos destruidos: nosotros ofrecemos a Dios los diezmos de nuestros frutos: nosotros inmolamos al cordero immaculado, y ceñidos los lomos, comemos la Pascua con prontitud. Pues así como se dice circuncisión hecha en la carne por mano: así, para distinguirla, se entiende que hay otra circuncisión, que no es, como dijimos, hecha por mano, sino por espíritu. Pero lo que dice: Sin esperanza y sin Dios en el mundo: no porque los efesios no tuvieran muchos dioses antes de creer en Cristo, y no los adoraran; sino porque quien está sin el verdadero Dios, no tiene ningún dios. Y significativamente se añadió, sin Dios en el mundo. Pues tenían a Dios, a quien Dios sabía de antemano que tendrían, y en la presciencia de Dios no estaban sin Dios, pero en el mundo estaban sin Dios.

(Vers. 13, 14.) Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo; porque Él es nuestra paz. Dios está en todas partes, y está todo en todas partes, de quien alguien puede separarse, cuando en Él están todas las cosas? y Él mismo habla por el profeta: Yo soy un Dios cercano, y no de lejos (Jer. XXIII, 23). Y el salmista testifica: Si subo al cielo, allí estás tú: si desciendo al infierno, allí estás (Sal. CXXXVIII, 8). Aunque todas las cosas están en Él, sin embargo, se dice que está lejos de los impíos según aquello: lejos está el Señor de los impíos (Prov. XV, 29). Aquel de quien los impíos están lejos, está cerca de los santos. Por lo tanto, aunque estaba lejos de los efesios, en la sangre de Jesús se hizo cercano a ellos. Y debe observarse cuidadosamente que sin la sangre del Señor Jesús, nadie se acerca a Dios, porque Él es nuestra paz, diciendo: mi paz os doy: mi paz os dejo (Juan, XIV, 27). Pues así como la sabiduría hace sabios, y la justicia justos, y la santificación santos, y la vida vivientes: así también Él, siendo paz, nos hace pacíficos, para que digamos: con los que odian la paz, yo era pacífico (Sal. CXIX, 7). Si Cristo es la paz de los creyentes, cualquiera que esté sin paz, consecuentemente no tiene a Cristo.

(Vers. 15 y siguientes.) Que hizo de ambos uno, y derribó la pared intermedia de separación, la enemistad en su carne, aboliendo la ley de los mandamientos en ordenanzas: para crear en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, haciendo la paz, y reconciliar a ambos en un solo cuerpo con Dios, por medio de la cruz, matando en ella la enemistad, y vino y anunció la paz a vosotros que estabais lejos, y la paz a los que estaban cerca; porque por Él ambos tenemos acceso en un mismo Espíritu al Padre. Esta es la pared intermedia y la cerca que dividía a ambos pueblos. De la cual también en Génesis, en el parto de los gemelos, la partera dice: ¿Por qué se ha roto la cerca por ti? (Gen. XXXVIII, 29). Después de que el Salvador destruyó en su carne la sabiduría de la carne que es enemiga de Dios (Rom. VIII), y cambió los preceptos legales por dogmas evangélicos, para hacer de judíos y gentiles un solo pueblo cristiano, anunciándonos a nosotros que estábamos lejos, y a los restos de los judíos, que de Israel creyeron por los apóstoles, paz y concordia: entonces nos acercamos por Él a Dios, y

reconocimos que tenemos un solo Padre en el Espíritu: y se cumplió aquello que el Señor decía en el Evangelio: Y habrá un solo pastor y un solo rebaño (Juan X, 16); y de nuevo: Y tengo otras ovejas que no son de este redil, refiriéndose a nosotros que seríamos reunidos de entre los gentiles. La enemistad que fue destruida en la carne del Salvador, también fue matada por la cruz. Pues está escrito: para reconciliar a ambos en un solo cuerpo con Dios, por medio de la cruz, matando en ella la enemistad. No como se tiene en los códices latinos, en sí mismo: debido a la ambigüedad del pronombre griego: pues ἐν αὐτῷ puede entenderse tanto como en sí mismo, como en ella, es decir, en la cruz, porque la cruz, es decir, σταυρὸς, según los griegos es de género masculino. La ley de los mandamientos también fue abolida en los dogmas: después de que la circuncisión, y el sabbatismo, que fue dejado al pueblo de Dios, y la Pascua, y Pentecostés, y no aparecer vacío ante la presencia de Dios, fueron entendidos más profundamente de lo que suenan, y al alejarnos de la letra que mata, comenzamos a seguir el espíritu que da vida. Pero lo que dice: Vino y anunció la paz a vosotros que estabais lejos, es decir, a los gentiles, y la paz a los que estaban cerca, es decir, a los judíos, me parece que ha tomado testimonio de Isaías con otras palabras, y ha usado el sentido de la Escritura como propio. Pues está escrito en él: Vi sus caminos, y lo sané, y lo consolé, y le di verdadera consolación: paz sobre paz a los que estaban lejos, y a los que estaban cerca (Isai. LVII, 18). Y estas cosas se han dicho según la interpretación Vulgata. Sin embargo, quien lea aquello del Apóstol, recordando a Cristo: Haciendo la paz por la sangre de su cruz, a los que están en la tierra, y a los que están en los cielos, y las demás cosas que se dicen en el mismo lugar, no pensará que nosotros, que según el espíritu somos llamados Israel, estábamos lejos: y que los judíos, que solo son llamados Israel en la carne, estaban cerca. Y toda esta inteligencia la aplicará a los ángeles y virtudes celestiales, y a las almas humanas: que Cristo en su sangre unió las cosas terrenales y celestiales, que antes estaban en discordia: y el buen pastor, llevando la oveja enferma a los montes, la hizo estar con las demás; y la dracma que se había perdido, la unió a las dracmas que estaban a salvo (Luc. XV), y los mandamientos legales los llevó a aquellos dogmas, a cuya imagen y semejanza Moisés vio lo que debía ser fabricado en el tabernáculo (Exod. XX). Y así sucede, que la cruz del Señor no solo benefició a la tierra, sino también al cielo; no solo a los hombres, sino también a los ángeles; y toda criatura fue purificada por la sangre de su Señor. Pero lo que dice: Para crear en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, y lo que más parece convenir al sentido anterior de judíos y gentiles: así lo adaptaba a su inteligencia, para decir que el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios, después de la reconciliación, recibirá la misma forma que ahora tienen los ángeles, y que él mismo perdió. Dice que es un hombre nuevo, que se renueva cada día, y que habitará en un mundo nuevo, cuando haya un nuevo cielo y una nueva tierra (Isai. LXV), y beberá el cáliz nuevo de Jesús en el reino de Dios (Mar. XIV), y cantará un cántico nuevo (Sal. XXXII, 5 y XCVII), y se alegrará con la lectura del Antiguo y Nuevo Testamento. También lo que se escribe en otro lugar: He aquí que hago nuevas todas las cosas que ahora brotarán (Isai. XLIII, 19), lo entenderá así, que el principio de la renovación se hace en este siglo presente. Sin embargo, no pensará que la novedad perfecta y consumada puede completarse aún en este siglo. Y como ahora vemos por espejo en enigma, entonces veremos cara a cara (I Cor. XIII): así también la restauración del hombre nuevo se completará plenamente cuando las cosas celestiales y terrenales se hayan unido, y en un solo espíritu, y con el mismo sentido y sentencia, nos acerquemos al Padre. No sé si en otra Epístola (si alguien la acepta) Pablo insinúa algo así a los lectores prudentes, diciendo: Todos estos, habiendo recibido testimonio de fe, no obtuvieron la promesa, proveyendo Dios algo mejor para nosotros: para que no fueran perfeccionados sin nosotros (Hebr. XI, 39, 40). Por eso toda la creación gime con nosotros, que en este tabernáculo gemimos, y se duele, que por el temor de Dios hemos concebido en el vientre y sufrimos, y esperamos la revelación de los hijos de Dios: para que sea liberada de la vanidad de la servidumbre, a la que ahora está

sujeta, y haya un solo pastor y un solo rebaño: y se cumpla la Oración del Señor diciendo: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo (Matt. VI, 10).

(Vers. 19 y siguientes.) Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo. En quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor. En quien también vosotros sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu. A lo que dijo antes: extranjeros de los pactos y de la promesa, ahora responde: así que ya no sois extranjeros ni advenedizos. Y a lo que había dicho antes, alejados de la ciudadanía de Israel, ahora vuelve: sois conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios. Este pasaje es especialmente útil contra aquellos que intentan introducir diversas naturalezas. Pues, ¿cómo se hicieron conciudadanos de los santos, y cómo fueron miembros de la familia de Dios, si no puede cambiarse la naturaleza para mejor o para peor? Pero lo que sigue: Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, conviene más a la primera que a la segunda interpretación, en la que habíamos dicho anteriormente que antes de la pasión de Cristo, Israel estaba cerca, y los gentiles estaban lejos. Este testimonio también podemos usar contra Marción y otros antiguos herejes, que predicán a un Dios de la Ley y otro del Evangelio. Pues si no son extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo: en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor: en quien también los efesios son juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu, hay un solo Dios, de una sola edificación y templo, que está edificado sobre el fundamento de los apóstoles y profetas. Pero si todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor, debemos esforzarnos con todo nuestro trabajo para ser esas piedras, de las que está escrito: Las piedras santas ruedan sobre la tierra (Zach. IX, 16). Y cuando seamos piedras vivas, talladas por todas partes, lisas, pulidas, sin tener ninguna aspereza, seamos edificados en un templo, y seamos morada de Dios. Y que en nosotros se deposite el arca del testamento, guardiana de la Ley del Señor, y los querubines, multitud de conocimiento, y que el interior de nuestro pecho pase a un nuevo nombre: y seamos llamados DABIR (דַּבִּיר), que podemos traducir como oráculo, o respuesta, y para expresar más enfáticamente la palabra, decir λαλητήριον, es decir, locutorio: para que con el Apóstol exclamemos: ¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí? (I Cor. XIII, 3). Pero todo el edificio construido sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, puede significar no solo a nosotros, sino también a las virtudes celestiales, para que todos juntos sean morada de Dios en el Espíritu: pues dicen que es incongruente que de los hombres se forme un edificio compacto y concorde que crezca en un templo santo en el Señor, y sea morada de Dios en el Espíritu; pero que los ángeles y todas las virtudes bienaventuradas, que sirven a Dios en los cielos, se consideren ajenas a esta felicidad. Pero la principal piedra del ángulo, que contiene a ambos pueblos (o según la segunda interpretación una las cosas celestiales y terrenales) es Cristo nuestro Señor, la piedra cortada del monte sin manos, de la cual también el salmista testifica, diciendo: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo. De parte del Señor es esto (Sal. CXVII, 22). Pues fue desechado por los fariseos, que parecían tener conocimiento de la Ley, y edificar el templo de Dios con mandamientos legales: y fue asumido por Dios como piedra angular, para que Él mismo contuviera dos paredes: y por Él ambos pueblos tuvieran acceso a Dios. Esta piedra angular, para los que no creen, es piedra de tropiezo, y roca de escándalo: sobre la cual quien caiga, será quebrantado; y sobre quien Él caiga, lo desmenuzará (Luc. XX).

LIBRO SEGUNDO.

Según vuestras oraciones, oh Paula y Eustoquio, nos adentramos en el libro a los Efesios: también enviaremos nuevos obsequios a Roma. No porque estos sean dignos de ser leídos por el senado de los doctos y añadidos a las bibliotecas de los antiguos, sino porque la santa Marcela solicita fervientemente que esto se haga a través de las Epístolas. Cada vez que recuerdo sus estudios, ingenio y esfuerzo, me reprocho mi inercia, estando en la soledad del monasterio y viendo aquel pesebre frente a mí, en el que los pastores apresurados adoraron al niño que lloraba (Luc. II), no puedo hacer lo que una mujer noble logra entre el bullicio de su familia y la administración de su casa en sus momentos libres. Por eso, tanto a ella como a vosotros, y a cualquiera que pueda leer esto, os ruego en común que sepáis que no presento un discurso pensado y pulido durante mucho tiempo, sino que, para revelar los misterios de las Escrituras, utilizo palabras casi triviales, y a veces llego a escribir hasta mil versos por día, para que la explicación comenzada sobre el Apóstol se complete con las oraciones del mismo Pablo, cuyas Epístolas intentamos exponer.

(Cap. III.---Vers. 1 y ss.) Por esta causa, yo Pablo, prisionero de Jesucristo por vosotros, los gentiles: si es que habéis oído de la dispensación de la gracia de Dios que me fue dada para vosotros. Porque según revelación me fue dado a conocer el misterio, como antes he escrito brevemente; de modo que, al leer, podáis entender mi conocimiento en el misterio de Cristo. En cuanto a la consecuencia del discurso y el texto del elocutio, respecto a lo que ha dicho antes: Por esta causa, yo Pablo, prisionero de Jesucristo por vosotros, los gentiles, buscando diligentemente, no pudimos encontrar nada que lo explique. Pues no dijo, por esta causa yo Pablo hice esto o aquello, o enseñé esto y aquello: sino que, dejando la sentencia en suspenso, pasó a otras cosas. A menos que, perdonándole, como él mismo confesó diciendo: Y si soy rudo en el hablar, no lo soy en el conocimiento (I Cor. XI, 6), busquemos más bien en él el orden de los pensamientos que el de las palabras. Que puede ser así: por esta causa, yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús, y prisionero por vosotros que sois de los gentiles, conocí el misterio, para también transmitirlo: como en esta misma Epístola he hablado un poco antes. Debéis, sin embargo, escuchar la dispensación de la gracia de Dios que me fue dada para vosotros que sois de los gentiles, por quienes también soy prisionero de Jesucristo. Que Pablo sea prisionero de Jesucristo por los gentiles, puede entenderse también en el sentido del martirio: que, habiendo sido encarcelado en Roma, envió esta Epístola en el tiempo en que mostramos que fueron escritas a Filemón, a los Colosenses y a los Filipenses en otro lugar. O ciertamente porque en muchos lugares se ha leído que este cuerpo se llama prisión del alma, en la que está como encerrada: decimos por eso que Pablo está retenido por los lazos del cuerpo, y no puede regresar y estar con Cristo, para que la predicación a los gentiles se complete a través de él. Aunque algunos introducen otro sentido en esto, que Pablo, predestinado y santificado desde el vientre de su madre para la predicación a los gentiles antes de nacer, después recibió las cadenas de la carne. Sin embargo, creo que también hay una expresión defectuosa en este lugar. Pues en lugar de decir: por esta causa, yo Pablo, prisionero de Jesucristo por vosotros, los gentiles, conocí el misterio, como antes he escrito brevemente, de modo que al leer podáis entender, dice: por esta causa yo Pablo, prisionero según la revelación, me fue dado a conocer el misterio, y lo demás. Si alguien puede también, según el contexto del discurso y el elocutio, enseñar que el Apóstol fue perfecto y no incurrió en los defectos de la gramática, ese debe ser escuchado. Nosotros, cada vez que anotamos solecismos o algo similar, no criticamos al Apóstol, como los malintencionados acusan, sino que más bien defendemos al Apóstol, que siendo hebreo de hebreos, sin el brillo retórico del discurso, y sin la composición de palabras y la belleza del elocutio, nunca habría podido llevar al mundo entero a la fe de Cristo, si no hubiera evangelizado no en la sabiduría de la palabra, sino en el poder de Dios. Pues él mismo dice a los Corintios: Y yo, cuando fui a

vosotros, hermanos, no fui con excelencia de palabra o de sabiduría anunciándoos el testimonio de Dios (I Cor. II, 1). Y de nuevo: Y mi palabra y mi predicación no fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (Ibid., 4 y 5). Este, pues, que comete solecismos en las palabras, que no puede ordenar el hipérbaton y concluir la sentencia, se atreve a reclamar para sí la sabiduría, y dice: Porque según revelación me fue dado a conocer el misterio, como antes he escrito brevemente. Pues verdaderamente, si alguien contempla lo anterior de esta epístola, verá que le fueron revelados misterios, de los cuales una parte pequeña ha tocado con su discurso: no tanto exponiendo todo lo que sabía, sino mostrando a partir de lo poco lo que callaba. De modo que, al leer, podáis entender mi conocimiento, o sabiduría, en el misterio de Cristo. Esto es lo que dijimos en el prefacio: ninguna de las Epístolas de Pablo tiene tantos misterios, tan envueltos en sentidos ocultos, que el Apóstol se gloria de conocer, y nos los muestra brevemente indicados, para que releamos con más atención lo que está escrito.

(Vers. 5 y ss.) Y [Al. que] en otras generaciones no fue dado a conocer a los hijos de los hombres, como ahora ha sido revelado a sus santos apóstoles y profetas en el Espíritu, que los gentiles son coherederos, y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo por el Evangelio, del cual fui hecho ministro según el don de la gracia de Dios, que me fue dado según la operación de su poder. El misterio de Cristo que el Apóstol ha expuesto en parte arriba, cómo en otras generaciones fue desconocido, parece que debe ser reconsiderado más plenamente: si Abraham, Jacob y Moisés, Isaías, y los demás profetas lo ignoraron, o no. De quienes se recuerda en la Escritura que predijeron la venida de Cristo y la vocación de los gentiles. Pues Abraham vio su día y se alegró (Juan VIII, 56), y se le dice: En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18). Y Jacob proféticamente habla de aquel que habría de nacer de Judá: Y él será la esperanza de las naciones (Ibid. XLIX, 10). Moisés también consideró el oprobio de Cristo como mayores riquezas que los tesoros de Egipto. Y Isaías: He aquí, dice, la virgen concebirá y dará a luz (Isaías VII, 14). Y en otro lugar: Habrá una vara de Isai, y el que se levantará para gobernar a las naciones: en él esperarán las naciones (Idem, XI, 10). Y para no alargarme, basta con decir poco de los Salmos: Y adorarán delante de él todas las familias de las naciones (Sal. XXI, 28). Y de nuevo: Todas las naciones le servirán (Sal. XVII, 11). Y aún más claramente sobre el pueblo de Israel y el Señor Salvador: Visita esta viña, y perfecciónala, la que plantó tu diestra, y sobre el hijo que confirmaste para ti (Sal. LXXIX, 15, 16). Cuya disposición corporal también se indica en lo que sigue: Sea tu mano sobre el hombre de tu diestra, y sobre el hijo del hombre que confirmaste para ti (Ibid., 18). O bien, según Montano, se debe entender que los patriarcas y profetas hablaron en éxtasis, y no sabían lo que decían: o si esto es impío (pues el espíritu de los profetas está sujeto a los profetas) ciertamente entendieron lo que dijeron. Y si lo entendieron, se pregunta cómo ahora Pablo dice que en otras generaciones no fue dado a conocer, y que fue revelado a los apóstoles de Cristo. O bien, se debe responder que Pablo testificó cauta y significativamente que el misterio fue desconocido para los hijos de los hombres, no para los hijos de Dios, a quienes se dirige: Yo dije: dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo (Sal. LXXXI, 6). Que aquellos que recibieron el espíritu de adopción, de quienes fueron los patriarcas y profetas, conocieron el sacramento de Dios. O si esto no se acepta, y parece demasiado violento y forzado, el discurso pasará a decir que Pablo no dijo de manera definitiva y general que el sacramento del Señor fue completamente desconocido en otras generaciones: sino que, como ahora ha sido revelado a sus santos y apóstoles, los patriarcas y profetas antiguos no lo conocieron. Pues es diferente conocer en espíritu lo que ha de venir, que verlo realizado en obra. Por lo cual Juan es llamado mayor que todos los profetas (Luc. VII): porque a quien los demás profetizaron, él lo vio y lo señaló con el dedo,

diciendo: He aquí el Cordero de Dios: he aquí el que quita el pecado del mundo (Juan I, 29). Según este sentido, también se puede explicar aquello: Muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron (Luc. X, 24). Ciertamente deseaban ver y oír lo que conocían que había de venir. Pues si no sabían lo que había de venir, ¿cómo podían desear lo que ignoraban por completo? Leemos en los libros de los Reyes, que el Señor prometió y dijo a Salomón en un sueño: Porque has pedido esta palabra de mí, y no has pedido para ti muchos días, ni has pedido riquezas, ni las almas de tus enemigos, sino que has pedido entender y oír juicio: he aquí que he hecho tu palabra, y te he dado un corazón sabio y entendido como no lo hubo antes de ti, ni se levantará otro como tú (II Reg. III, 11, 12). Y ¿cómo algunos piensan que el misterio fue revelado a los apóstoles de Cristo, que fue desconocido para Salomón, cuando la voz divina prometió que Salomón sería más sabio que todos los apóstoles y los patriarcas anteriores? quien también habla de sí mismo con confianza: Dios me enseñó sabiduría, y conocí el entendimiento de los santos (Sab. VII, 21). Y también David se gloria del conocimiento del misterio oculto, diciendo: Me has manifestado los secretos y ocultos de tu sabiduría (Sal. L, 8). Y a aquel que se jactaba de su sabiduría, Dios le habla por el profeta: ¿Eres tú más sabio que Daniel? (Ezequiel XXVIII, 3). O bien, se debe mantener el sentido que ya discutimos, que los patriarcas y profetas no conocieron el misterio de Cristo como ahora ha sido revelado a los apóstoles, porque es diferente tener algo en las manos que preverlo en espíritu. O se debe decir que, así como no son iguales los rostros a los rostros, tampoco los corazones son iguales a los corazones; y, según el Apóstol, hay diversos carismas, uno tiene profecía, otro géneros de lenguas, otro dones de curaciones, otro ayudas y gobiernos, aquel es sabio, este fiel, aquel otro tiene el conocimiento de los secretos, este se contenta con la simple fe (I Cor. XII). Pues no todos, a ejemplo de Salomón, han hablado de las naturalezas de las bestias y de las aves, y de las hierbas, para discutir desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que sale por la pared. Por el contrario, Salomón no vio tal vez como Moisés todas las especies de víctimas y el culto de Dios; ni el Señor le habló cara a cara, ni tuvo o entendió tanto la disposición de los vasos, cuyo tipo el Señor le mostró en el monte (III Reg. IV; Éxodo XXXIII, XXV). Y así como los patriarcas y profetas tuvieron algunas cosas que se cree que los apóstoles no tuvieron: así, por la oportunidad del tiempo y por la predicación del Evangelio, los apóstoles tuvieron más conocido el misterio de Cristo. Que ciertamente los santos varones antiguos conocieron, pero no como los apóstoles, a quienes incumbía la necesidad de predicar. ¿Y cuál es este misterio que, como ahora, no fue revelado en otras generaciones? Ciertamente es lo que sigue, que los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por el Evangelio, del cual Pablo fue hecho ministro, según el don de la gracia de Dios, que le fue dado según la operación de su poder. Sé que la aposición de su conjunción, por la cual se dice, coherederos, miembros del mismo cuerpo, y copartícipes, hace que la sentencia sea indecorosa en el discurso latino. Pero como así se tiene en el griego, y cada uno de los discursos, sílabas, acentos, puntos, en las Escrituras divinas están llenos de sentidos, por eso preferimos arriesgarnos en la composición y estructura de las palabras, que en la inteligencia. Los gentiles, pues, son coherederos de Israel, o lo que mejor creemos, son coherederos de Cristo, para que nuestra herencia sea Dios, y coherederos de Cristo. Lo que también está escrito en otro lugar. Herederos de Dios, coherederos de Cristo (Rom. VIII, 17). No porque se divida alguna posesión entre nosotros; sino porque el mismo Señor es nuestra herencia y posesión. Pues el Señor, dice, es vuestra herencia (Deut. XVIII, 2); y en otro lugar: El Señor es mi parte y mi herencia (Sal. XV, 5). Ser miembros del mismo cuerpo significa que, así como en un cuerpo hay muchos miembros: por ejemplo, ojos, manos, oídos, pies, vientre, y rodillas: y aunque están en un cuerpo, tienen sus diferencias, y se alegran y duelen por los demás: así, aunque tengan diferentes gracias, aquellos que han creído en Cristo, están reunidos en un solo cuerpo de la Iglesia. Y en los dos primeros términos, es decir, en lo que

dice, coherederos y miembros del mismo cuerpo, se podría sospechar alguna diversidad en un solo cuerpo. Pero desde que añadió: y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús, toda diversidad ha sido completamente eliminada. Pues donde hay una sola coparticipación, todo es común. También añadió bellamente, por el Evangelio, del cual fui hecho ministro según el don de la gracia que me fue dada según la operación de su poder: para mostrar la gracia de Dios, no su propio mérito. Pues sabía que había sido perseguidor, y que había devastado la Iglesia de Cristo, de la cual humildad, se excluye completamente el crimen de arrogancia. Sobre lo cual algunos piensan que debe ser reprendido: porque dijo que le fue revelado el misterio, que fue desconocido para los patriarcas y profetas. Pues nunca el discípulo de la humildad se inflaría con palabras de arrogancia, diciendo que el Evangelio del cual es ministro, no fue por su mérito, sino por la gracia de Dios. Los que quieren que los profetas no entendieran lo que decían, y [Al. pero] como en éxtasis hablaron, con el presente testimonio, también lo que se encuentra en muchos códices a los Romanos, lo llevan a la confirmación de su dogma, leyendo: A aquel que puede fortaleceros según mi Evangelio, y la predicación de Jesucristo según la revelación del misterio mantenido en silencio por tiempos eternos, pero manifestado ahora por las Escrituras proféticas, y la venida de nuestro Señor Jesucristo, y lo demás. A los cuales brevemente se debe responder, que el misterio de Cristo fue mantenido en silencio en tiempos pasados, no entre aquellos que lo prometían como futuro, sino entre todas las naciones a las que después fue manifestado. Y se debe anotar igualmente, que el sacramento de nuestra fe, a menos que sea revelado por las Escrituras proféticas, y la venida de Cristo, no puede ser revelado. Sepan, pues, aquellos que no entienden a los profetas, ni desean saber, afirmando que se contentan solo con el Evangelio, que no conocen el misterio de Cristo, que fue ignorado por todas las naciones en tiempos eternos.

(Vers. 8, 9.) A mí, el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia, de anunciar entre los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo, y de iluminar a todos sobre cuál es la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, quien creó todas las cosas. No creo que el apóstol Pablo estuviera de acuerdo en secreto con su mente al decir que era verdaderamente el más pequeño de todos los santos: por ejemplo, de aquellos que estaban en Éfeso, en Corinto, en Tesalónica, o en todo el mundo que habían creído. Aunque esto es una señal de humildad, decir que es el más pequeño de todos los santos es una acusación de mentira, tener algo oculto en el corazón y expresar otra cosa con la lengua. Por lo tanto, debe encontrarse un argumento por el cual Pablo fuera verdaderamente el más pequeño de todos los santos y, sin embargo, no cayera de la dignidad apostólica. El Señor habla en el Evangelio a los discípulos: "El que quiera ser el mayor entre vosotros, sea el menor de todos, y el que quiera ser el primero, sea el último de todos" (Mat. XX, 26, 27). Esto lo cumplía Pablo en la práctica, diciendo: "Porque pienso que Dios nos ha mostrado a nosotros, los apóstoles, como los últimos, destinados a la muerte" (I Cor. IV, 9). Por lo tanto, a todos los que deseaban ser débiles por Cristo, el apóstol Pablo era más débil, y por eso mayor. Porque a todos, dice, trabajé más que ellos, no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo. Por esta humildad, siendo el más pequeño de todos los santos, le fue dada esta gracia entre los gentiles, para que anunciara las inescrutables riquezas de Cristo y enseñara la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, quien creó todas las cosas. Si las riquezas de Cristo son inescrutables, ¿cómo se anuncian al pueblo? Si el misterio está escondido desde los siglos en Dios, ¿de qué manera se revela a las naciones a través de Pablo? Pero las inescrutables y el misterio escondido deben entenderse de dos maneras. Que las riquezas fueron inescrutables antes, y ahora, después de la pasión del Señor, han sido reveladas. O ciertamente, lo que por su naturaleza era inescrutable para el hombre, ha sido conocido por la revelación de Dios. Porque es una cosa llegar al secreto por curiosidad propia, que una vez descubierto, deja de

ser inescrutable. Otra cosa es no poder comprenderlo por diligencia propia, sino conocerlo por la gracia de Dios, que cuando lo sabes y lo muestras a los demás, sigue siendo inescrutable, mientras que para ti, en cuanto a ti, fue oculto antes de ser mostrado. El salmista también testifica hablando a Cristo sobre las riquezas inescrutables, diciendo: "¡Cuán grande es la multitud de tu bondad, que has reservado para los que te temen!" (Sal. XXX, 20). Estas riquezas de su bondad han estado escondidas desde todos los siglos pasados en Dios, quien es el creador de todo. ¿Dónde están Marción y Valentino, y todos los herejes, que afirman que hay un creador del mundo visible y otro del invisible? Diciendo que este es justo, y aquel, no sé quién, siempre desconocido: solo bueno, quien es el Padre de Cristo. He aquí, Dios, en quien el misterio de Cristo estuvo escondido desde todos los siglos pasados, es proclamado como el Creador de todo. De lo cual se muestra que es el mismo Dios del Nuevo y del Antiguo Testamento. Sin embargo, el misterio escondido desde los siglos también puede entenderse de otra manera, que los mismos siglos lo ignoraron, es decir, todas las criaturas espirituales y racionales que existieron en los siglos. Porque el siglo frecuentemente se toma por aquellos que están en el siglo. Como Pablo habla a los Gálatas diciendo: "Para librarnos de este siglo malo" (Gál. I, 4). Y en otro lugar: "Para mostrar en los siglos venideros" (Efes. II, 7), por lo que es, a todos aquellos que en los siglos venideros habrían de ser.

(Vers. 10, 11.) Para que ahora sea conocida por los principados y potestades en los cielos, por medio de la Iglesia, la multiforme sabiduría de Dios según el propósito de los siglos, que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor. Según el don de la gracia de Dios, que fue dado al Apóstol, para que anunciara las inescrutables riquezas de Cristo y enseñara entre los gentiles el misterio que había sido ignorado desde los siglos: por eso mismo le fue revelado el sacramento, para que no solo a los gentiles, sino también a los principados y potestades, por medio de la Iglesia, se hiciera manifiesta la multiforme sabiduría de Dios, que según el propósito de los siglos antiguos, fue destinada hace tiempo, y ahora se ve consumada en Cristo. Pero si a los principados y potestades en los cielos, que debemos considerar santas y ministras de Dios (aunque algunos interpretan al príncipe de este aire y sus ángeles), les fue desconocida la multiforme sabiduría de Dios, que ahora les ha sido revelada por la Iglesia, ¿cuánto más les fue desconocida a los patriarcas y profetas, a quienes antes mostramos que no ignoraban el misterio de Cristo, pero que no lo conocían como los apóstoles? La multiforme sabiduría de Dios, que en griego se llama *πολυποίκιλος*, y, por así decirlo, multifacética, ha sido revelada ahora por la Iglesia de Dios tanto a los principados como a las potestades. Que Dios había decretado en su mente que sería futura, y ahora reconocemos que está perfecta por lo que vemos. La cruz de Cristo, por lo tanto, no solo nos benefició a nosotros, sino también a los ángeles y a todas las virtudes en el cielo, y abrió el sacramento que antes no conocían. Finalmente, al ver a Dios regresar al cielo con el cuerpo, se maravillan y dicen: "¿Quién es este que viene de Edom, con vestiduras rojas de Bosra, tan hermoso en su manto blanco?" (Isaías LXIII, 1). Y en otro lugar: "¿Quién es este Rey de gloria? El Señor de los ejércitos, él es el Rey de gloria" (Sal. XXIII, 10). No pensemos, por lo tanto, que en la Iglesia hay una fe simple, sino que la sabiduría es múltiple y multifacética, para que no solo sea variada, sino distinguida por mucha variedad. Miras la cuna de Cristo: mira también el cielo. Ves al niño llorando en el pesebre: pero escucha a los ángeles alabando. Herodes persigue, pero los Magos adoran (Mat. II). Los fariseos ignoran, pero la estrella lo muestra. Es bautizado por un siervo: pero se oye la voz de Dios tronando desde arriba (Mat. III). Se sumerge en las aguas: pero desciende la paloma, más bien el Espíritu en forma de paloma (Ibid., 16). Viene a la pasión, y teme sufrir, quiere pasar el cáliz, y acusa a Pedro porque temía el cáliz. ¿Qué hay más prudente que esta locura, más distinguido por la variedad, más oscuro en sabiduría, que lo que Dios hizo en Cristo Jesús nuestro Señor? Aunque por muchos, según el orden y la conexión del discurso, tanto la Iglesia como la *πρόθεσις*, es

decir, el propósito que nosotros en el lenguaje latino hemos expresado en género neutro como *propositum*, pueden entenderse como hechas: sin embargo, la sabiduría hecha en Cristo puede resonar más que las demás. Porque la necesidad de Dios es más sabia que los hombres (I Cor. I, 25). Si en Cristo, según los entendimientos místicos, se dice que la sabiduría fue hecha (Eclo. XXIV), que los arrianos entiendan que se glorían en vano de ese testimonio, en el que la sabiduría en el principio de los caminos de Dios habla de sí misma como creada y engendrada y fundada. Y ciertamente, según ellos, fue creada, no pudo haber nacido. Si, sin embargo, nació, ¿cómo se dice también fundada y creada?

(Vers. 12.) En quien tenemos confianza y acceso con confianza por la fe en él. Nada puede darnos tanta confianza ante Dios, y pureza de conciencia, de la cual se dice: "Si nuestra conciencia no nos reprende, tenemos confianza ante Dios" (I Juan III, 21), como el verbo, la verdad, la sabiduría, la justicia, que todo se entiende en Cristo. Así como estas cosas nos otorgan confianza ante Dios, también nos dan acceso, para que nuestro sentido se acerque a él, contemple más diligentemente, y asuma y reivindique algo de su majestad, y como de los rayos del sol, tome prestado un cierto calor y esplendor de luz y diga: "La luz de tu rostro, Señor, ha sido sellada sobre nosotros" (Sal. IV, 7). Es grande, por lo tanto, no solo tener confianza, sino también tenerla con confianza. Y no solo tener acceso, sino que para que el acceso sea más firme, tenerlo con confianza, cuyo principio y origen de confianza y acceso es la fe en Cristo. Quien hace todo con razón y orden, este cree en Cristo, el verbo y la razón: quien ha podido comprender la sabiduría, cree en Cristo, la sabiduría: quien ha entendido la verdad, cree en Cristo, la verdad: quien ha vivido justamente, cree en él, la justicia. No es necesario decir más, ya que frecuentemente me ha sido necesario disertar de manera similar sobre Cristo.

(Vers. 13.) Por lo cual pido que no desfallezcáis en mis tribulaciones por vosotros, que es vuestra gloria. Lo que ahora el traductor latino ha expresado, "que no desfallezcáis", puede, según la ambigüedad del discurso griego, leerse también como "que no desfallezca". Para que el sentido sea: "Por lo cual pido que no desfallezca en mis tribulaciones por vosotros", etc. Esto es, por lo tanto, lo que el Apóstol ruega y suplica fervientemente al Señor, que no desfallezca en sus presiones. Pues veía que había predicado el Evangelio desde Jerusalén hasta Ilírico, había ido a Roma, y planeaba ir o había ido a España (Rom. XV). Todo el mundo era llevado a su doctrina desde el poder del príncipe: los ídolos eran abandonados, y los templos, desiertos por sus adoradores, estaban llenos de desolación y suciedad. Por esta razón, todo el ejército de demonios, toda la multitud de fuerzas enemigas, luchaba contra él en formación, para que a través de tribulaciones y angustias, dejara de predicar el Evangelio de Cristo, y cansado, descansara alguna vez. Esto es, por lo tanto, lo que dice: "Pido que no desfallezca en mis tribulaciones por vosotros". Todo lo que sufro, lo que me tribula, lo que me constriñe, es por vuestra salvación, mientras deseo anunciaros el Evangelio: estas tribulaciones mías son vuestra gloria. Además, habló como un inexperto, al unir en plural el número de tribulaciones, y añadir una gloria singular, y decir: "En mis tribulaciones por vosotros, que es vuestra gloria", en lugar de "que son tribulaciones vuestra gloria": a menos que alguien más profundamente y por hipérbaton, lo refiera a la confianza, al acceso, o a la fe, y diga, en quien tenemos confianza, y acceso, y fe. Que confianza, acceso y fe, es vuestra gloria. Pero más bien debe seguirse el sentido anterior. Sin embargo, según lo que el latino ha expresado: "Por lo cual pido que no desfallezcáis en mis tribulaciones por vosotros, que es vuestra gloria", puede exponerse que pide por los efesios, para que no desfallezcan ni se cansen en las presiones del apóstol. Pues también lo que sigue se ajusta más a este sentido: "Por esta razón doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, para que os conceda, según las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder". Pues tenían necesidad

de fortaleza, para no ser vencidos en las tribulaciones. Alguien podría decir: Si los efesios hubieran estado en angustias, Pablo podría haber rogado correctamente por ellos, para que no desfallecieran ni se cansaran: pero ahora es ridículo que, estando Pablo en tribulaciones, ruegue para que los efesios no desfallezcan en su trabajo. Pero también para resolver esta pequeña cuestión, se tomará el ejemplo: "No despreciasteis ni rechazasteis vuestra tentación en mi carne". Se muestra, de hecho, en esta declaración, que en la carne de Pablo nació una tentación para otros. Consideremos a las personas de todo el mundo (y ¿por qué hablo en general de todos, examinemos a aquellos que se consideran creyentes en Cristo?), y veremos que son tentados principalmente por esta cuestión, de por qué a los hombres santos y servidores de Dios les suceden muchas adversidades, y en cambio los malvados, impíos, parricidas florecen, prosperan, son ricos y poderosos. Cuyas palabras, bajo su propia persona, David expresa diciendo: "¡Cuán bueno es Dios para con Israel, para con los rectos de corazón! Pero en cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies: casi resbalaron mis pasos. Porque tuve envidia de los arrogantes, viendo la paz de los impíos" (Sal. LXXII, 1 y ss.), y lo demás. Sobre lo cual añade: "Pero yo dije: en vano he purificado mi corazón, y he lavado mis manos en inocencia, y he sido azotado todo el día". No es de extrañar, por lo tanto, si, estando Pablo en muchas angustias en Éfeso y en Asia, los efesios eran tentados, y necesitaban la ayuda de sus oraciones, para no desfallecer en sus presiones. Que Pablo haya sufrido mucho en Éfeso y en Asia está escrito en los Hechos de los Apóstoles: pero más bien lo aprendemos de las Epístolas del mismo Pablo, en las que dice: "Si según el hombre luché con bestias en Éfeso, ¿qué me aprovecha, si los muertos no resucitan?" (I Cor. XV, 32). Y en la segunda a los Corintios: "No queremos que ignoréis, hermanos, acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia: que fuimos abrumados sobremanera, más allá de nuestras fuerzas, de tal manera que llegamos a perder la esperanza de conservar la vida: pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos, quien nos libró de tan gran muerte, y nos libra; en quien esperamos que aún nos librará" (II Cor. I, 8 y ss.). ¿Cuánto crees que lo oprimía el peso de las tribulaciones, para que dijera: "quien nos libró de tan grandes y terribles muertes"? Por lo tanto, pide correctamente que no desfallezca la fe de los efesios en sus presiones y angustias, que sufre porque predicaba el Evangelio a los efesios. Estas presiones, de hecho, para los incrédulos son castigos, para los fieles son gloria y victoria, porque vencer es no ceder a los adversarios en las angustias.

(Vers. 14.) Por eso doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra. Así como se ha demostrado anteriormente que los ojos espirituales son a imagen de las luces corporales, así ahora se debe entender que hay unas rodillas del hombre exterior y otras del interior. Pues aquello que se dice en Isaías: Fortaleced las manos caídas y las rodillas vacilantes (Isaías XXXV, 3). Y en otro lugar el mismo Apóstol: Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra (Filipenses II, 10), no se refiere a las rodillas del cuerpo, sino a la sujeción de la mente y la inclinación del alma, y al servicio del corazón que se iguala a la tierra, como también canta el salmista, diciendo: Mi alma se adhiere al polvo (Salmo CXVIII, 25). Pues el alma, que es espiritual e incorpórea, ¿cómo pudo adherirse al polvo corporal? Supongamos que en el nombre de Jesús se doblen las rodillas terrenales: ¿podemos afirmar que los ángeles y las demás virtudes que perseveran en los cielos tienen forma corporal para doblar la rodilla en su nombre? ¿O que las almas en el infierno, liberadas de las ataduras del cuerpo, tienen rodillas que doblar? Así como se dice que cualquiera que está sujeto al Salvador dobla la rodilla ante Él, así también quien es esclavo del pecado y tiene el espíritu de servidumbre nuevamente en temor, se dice que ha

doblado la rodilla ante el pecado. El Señor dice: Me he reservado siete mil hombres que no han doblado la rodilla ante Baal (I Reyes XIX, 18), es decir, ante el ídolo y el pecado. Quien es fornicador y corre por burdeles y prostitutas, dobla su rodilla ante la lujuria. Quien es iracundo, adora la ira con la rodilla doblada. Quien mira a Mamón y su dios es su vientre, dobla las rodillas ante la avaricia y la lujuria. ¿Y por qué necesito recorrer cada caso?

Doblamos la rodilla ante el diablo tantas veces como pecamos. Sin embargo, al exponer esto espiritualmente, no eliminamos inmediatamente la costumbre de orar según la letra, en la que adoramos a Dios con la rodilla doblada en súplica, y al fijar la rodilla en la tierra, obtenemos más lo que pedimos. Pues leemos que Pablo también oró así en la orilla, y que se prescribieron genuflexiones en la oración (Hechos XXVII). Pero así como eso edifica a los simples, así enseñamos que la verdadera genuflexión está en el alma; porque muchos doblan la rodilla corporalmente, pero no han doblado la rodilla del alma. Y al contrario, otros que oran a Dios con el cuerpo erguido, se han inclinado más en el alma. Por lo demás, lo que sigue, al Padre de quien toma nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra, no debe leerse como se ha añadido en los códices latinos, al Padre de nuestro Señor Jesucristo, sino simplemente, al Padre, para que el nombre del Padre de Dios no se aplique solo a nuestro Señor Jesucristo, sino a todas las criaturas racionales. Por lo tanto, se debe preguntar cómo de Dios Padre toda paternidad en los cielos y en la tierra ha sido nombrada. Y antes de revisar algo, se debe notar que no dijo, de quien toda paternidad en los cielos y en la tierra ha nacido, o ha sido creada; sino, de quien toda paternidad en los cielos y en la tierra es nombrada. Pues es diferente merecer la apelación de paternidad que tener la participación de la naturaleza, la paternidad que en griego se llama *πατριά*, en hebreo MESPETH (*מֵשֶׁפֶת*), es decir, parentesco o familia, leemos también en Números: Tomad el censo de toda la congregación de Israel, según sus familias y pueblos, conforme a las casas de sus paternidades, según el número de sus nombres (Números I, 2). Y poco después (Vers. 16): Estos son los elegidos de la congregación, príncipes de las tribus, según sus paternidades, jefes de Israel. Y nuevamente sobre la tribu de Leví: Y el Señor habló a Moisés en el desierto de Sinaí, diciendo: Cuenta a los hijos de Leví, según las casas de sus paternidades, según sus pueblos, según sus familias: considera a todo varón de un mes en adelante (Números III, 15). Esto sobre el pueblo de Israel y sobre la tribu sacerdotal y levítica. Sin embargo, al reflexionar conmigo mismo, donde he leído el término paternidades sobre los gentiles, ahora por el momento no encuentro otra cosa, excepto el testimonio del salmo veintiuno, en el que está escrito: Y adorarán delante de Él todas las familias de las naciones (Salmo XXI, 30); y el veintinueve: Atribuid al Señor, familias de las naciones: atribuid al Señor hijos de carneros (Salmo XXVIII, 1). Así como Dios imparte el nombre de su esencia y sustancia incluso a los demás elementos, para que también ellos sean llamados ser, no porque sean según la naturaleza (pues hubo un tiempo cuando no existían todas las cosas, y nuevamente, si Él quisiera, volverían a la nada) sino para que sean llamados ser, lo tienen otorgado por la bondad de Dios: así también ha otorgado el nombre de paternidad a todos. Para que esto sea más claro, presentaré un testimonio de las Escrituras. El Señor habla en Éxodo: Yo soy el que soy (Éxodo III, 14); y: Esto dirás a los hijos de Israel: El que es, me ha enviado a vosotros. ¿Acaso solo Dios era, y las demás cosas no eran? Por supuesto, los ángeles, el cielo, la tierra, o los mares, y el mismo Moisés, a quien el Señor hablaba, e Israel, y los egipcios, a quienes y contra quienes el príncipe y adversario era enviado, existían. ¿Y cómo Dios reclama para sí el nombre común de sustancia? Esa, como dijimos, es la causa: porque las demás cosas han recibido de Dios el beneficio de ser. Pero Dios, que siempre es, y no tiene principio de otro, y es el origen de sí mismo y la causa de su sustancia, no puede entenderse que tenga de otro lo que subsiste. Pues también en el fuego hay una diferencia entre lo caliente y lo calentado. El fuego no puede entenderse sin calor. Las demás cosas que se calientan por el fuego, toman prestado su calor, y poco a poco, si el fuego se aleja, al disminuir el calor, vuelven a su naturaleza y ya no se

llaman calientes. Según este sentido, también en el Evangelio se dice a quien no consideraba al Salvador como Hijo de Dios, sino como un buen maestro: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino solo Dios (Lucas XVIII, 19). Y ciertamente leemos de la tierra buena (Lucas VIII), y del hombre (Mateo XII), y del buen pastor (Juan X); pero nadie es bueno según la naturaleza, sino solo Dios. Las demás cosas, para ser llamadas buenas, lo consiguen por la bondad de Él. Así como solo el bueno hace buenos, y solo el inmortal otorga inmortalidad, y solo el verdadero imparte el nombre de verdad: así también solo el Padre, porque es el Creador de todos, y la causa de la sustancia de todos, concede a los demás ser llamados padres. Contemplemos las cosas celestiales a partir de las terrenales: Adán, a quien Dios formó primero, y fue su Creador y Padre, ciertamente sabe que debe a Dios Padre el hecho de existir. Nuevamente, aquellos que nacieron de Adán, entienden que él es el padre de quien proceden. Por eso, en el Evangelio según Lucas, cuando la genealogía se cuenta desde Cristo hasta David y Abraham, al final la Escritura dice: Hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios (Lucas III, 38); para mostrar que el término paternidad en la tierra tuvo su origen primero en Dios. Sin embargo, se pregunta por qué razón también en los cielos toda paternidad es llamada por Él. Así como nosotros, que no somos del linaje de Abraham, si tenemos su fe, somos llamados hijos de Abraham: también llamamos a los patriarcas y profetas (si no nos separan de ellos los pecados) nuestros padres: así creo que los ángeles y las demás virtudes tienen príncipes de su género en los cielos, a quienes se alegran de llamar padres. Pues un arcángel no puede ser llamado sino de los ángeles, y dominio, y principado, y potestad, a menos que tengan inferiores sujetos, no son llamados. Por lo tanto, también se puede decir que, dado que Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo es Padre según la sustancia, y el unigénito no es Hijo por adopción, sino por naturaleza: las demás criaturas también han merecido el nombre de paternidad por adopción. Sin embargo, lo que decimos del Padre y del Hijo, sepamos que también se dice del Espíritu Santo. Pues nuestro Salvador también sabe que es Padre, diciendo: Hijo, tus pecados te son perdonados (Marcos II, 5); y: Hija, tu fe te ha salvado (Mateo IX, 22); y: Hijitos míos, aún un poco estoy con vosotros (Juan XIII, 13); y por el Espíritu Santo, todos los justos son adoptados como hijos. Valentín cree que sus proyecciones y uniones de los siglos se confirman especialmente en este lugar: sin entender, como dijimos antes, que a semejanza de Dios Padre, las paternidades no se hacen, sino que se llaman tanto en el cielo como en la tierra.

(Vers. 16 seqq.) Para que os dé, según las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior: que Cristo habite por la fe en vuestros corazones: arraigados y cimentados en amor: para que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura, y la longitud, y la profundidad, y la altura: Conocer también el amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Por eso, dice, doblo mis rodillas ante el Padre, a cuya semejanza toda paternidad en el cielo y en la tierra es llamada, rogándole y suplicándole que os conceda la virtud de su gloria, es decir, tener participación en su majestad: y que os fortalezca y confirme por el Espíritu Santo: porque no hay fortaleza sin el Espíritu Santo: Que os fortalezca y confirme en el hombre interior. Pues no buscamos las fuerzas del cuerpo, sino del alma; ni deseamos que se fortalezca el hombre exterior, sino el interior: para que después de que Cristo haya habitado en el hombre interior, habite en el principal de ese hombre interior, es decir, en nuestros corazones: no recorriendo todos sus miembros, sino habitando en su parte racional: y poniendo en él su morada y su sede. Todo esto se hará por la fe, si creemos en Él. Por eso dice: Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones. Esta habitación que se construye por el principio de la fe, tiene sus raíces y fundamento en el amor: para que, siendo la agricultura de Dios, la edificación de Dios (I Cor. III), todo crezca y se edifique en amor. Y cuando, arraigados y cimentados en amor (Efesios III), sepamos con toda confianza de la mente que Cristo habita en el hombre

interior: entonces comenzaremos con los demás santos a aspirar también a aquellas cosas: para que con mente sagaz comprendamos cuál es la anchura, y la longitud, y la profundidad, y la altura: y no solo esto, sino que también deseemos conocer el amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento; para que después de que todas estas cosas se hayan completado en nosotros con orden y razón, entonces seamos llenos de toda la plenitud de Dios. Aprendamos primero la anchura y la longitud, la profundidad y la altura, de las cosas corporales, para que a través de ellas podamos pasar a las espirituales. Por ejemplo, que la anchura de este cielo y de la tierra, es decir, de todo el mundo, sea de Oriente a Occidente: la longitud, de Sur a Norte: la profundidad, en los abismos y en el infierno: la altura, que se eleva sobre las cosas celestiales. Pero como muchos afirman según el Eclesiastés (Cap. I), que el cielo es redondo y gira como una esfera. Ninguna redondez tiene anchura y longitud, altura y profundidad; sino que es igual en todas sus partes, nos vemos obligados a entender la altura como los ángeles y las virtudes superiores. La profundidad, como los infiernos y lo que está debajo de ellos. La longitud y la anchura, como lo que está en medio entre los superiores e inferiores. Y como es consecuente, estar cerca de los superiores o de los inferiores, cualquiera que comience a avanzar hacia lo mejor, y a levantarse hacia lo celestial y lo alto, se llamará longitud. Pero aquellos que están cerca de la parte inferior y caen en vicios, se les ha impuesto el nombre de anchura. Pues ancha y espaciosa es la vía que lleva a la muerte (Mateo VII, 13). Todo esto también puede entenderse en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Pues subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad (Salmo LXVII, 19): y descendió a las partes más bajas de la tierra. Y después de la altura y la profundidad, la predicación de la cruz salió a toda la tierra. Y así tiene tanto la altura, como la profundidad, la longitud y la anchura. No es de extrañar que la cruz de Cristo posea todo, ya que incluso si alguien ha sido crucificado con Cristo, tendrá el mismo poder. Pues conocerá primero la anchura comenzando desde lo inferior, y conociendo las cosas menores. Luego la longitud, aquellos que estando en la tierra, se apresuran hacia lo sublime y lo alto. Después de esto, la profundidad, las virtudes adversarias y contrarias, que libran guerra contra nosotros en este mundo. Y finalmente la altura: porque después de tener conocimiento de ellas, y haberlas puesto bajo nuestros pies, entonces mereceremos ascender a lo alto y excelso. No se debe pensar que en esto está el fin de nuestro trabajo, para que arraigados y cimentados en amor, podamos comprender con todos los santos cuál es la anchura, y la longitud, y la profundidad, y la altura, a menos que también deseemos con todo esfuerzo conocer el amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento, para que no sea solo un amor simple, sino que el amor sobreeminente nos sea conocido: y que este no sea el término de tener conocimiento del amor sobreeminente de Cristo, a menos que añadamos también otra cosa, para que alcancemos el amor sobreeminente del conocimiento. De lo cual se debe advertir que Cristo tiene un amor grande e inmenso por el conocimiento, es decir, por aquellos que desean conocerlo, que meditan en su ley día y noche, que convierten las palabras en obras, y lo que meditan con la boca, lo completan con la mano. Quien es tal, que es digno de tener por su conocimiento el amor sobreeminente de Cristo, no debe pensar en nada más que en el conocimiento. Y así se llenará de toda la plenitud de Dios: no solo en este siglo presente, sino también en el futuro: para que quien ahora ha comenzado a estar lleno en el estudio por la lectura, después se llene más perfectamente de Dios, quien es la plenitud de todo, completándose a sí mismo.

(Vers. 20, 21.) A aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a Él sea la gloria en la Iglesia, y en Cristo Jesús, por todas las generaciones del siglo de los siglos, Amén. A lo que dijo antes: Por eso doblo mis rodillas ante el Padre: de quien toda paternidad en los cielos y en la tierra es llamada: para que os dé según sus riquezas ser fortalecidos con poder, y lo demás, ahora añade: A aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho

más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, mostrando así que él, según la debilidad del hombre, ha pedido lo que parecía conveniente para ellos: pero en cuanto a la verdad de la cosa misma, Dios es capaz de dar más de lo que se le pide, y nuestras esperanzas son superadas por los efectos: porque no sabemos cómo orar como conviene, y a menudo pedimos en contra de nosotros mismos, pensando que es a nuestro favor. Pues cuánto mejor sería para el fornicador estar enfermo y atormentado por la debilidad, que hacer del templo de Cristo los miembros de una prostituta. Por lo tanto, Dios es poderoso, no solo para dar más de lo que pedimos, sino también más de lo que entendemos. A veces sucede que no expresamos nuestro pensamiento en palabras, y las palabras no explican la mente, y con un pensamiento silencioso, con gemidos inenarrables, como dice el mismo Apóstol, pedimos algo que no podemos decir. Por lo tanto, Él dará más de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros: para que así como ahora no según nuestro mérito, sino más allá de nuestros deseos, nos da algunas cosas que ni siquiera nos atrevimos a pedir, ni si las hubiéramos pedido, pensamos que las merecíamos: así también nos dé las demás cosas, que ni la mente puede concebir, ni la lengua expresar. A Él, pues, sea la gloria: primero en la Iglesia que es pura, sin mancha ni arruga, y que por eso puede recibir la gloria de Dios, porque es el cuerpo de Cristo. Luego en Cristo Jesús, porque en el cuerpo del hombre asumido, del cual son todos los miembros de los creyentes, toda la divinidad habita corporalmente. Esta gloria no se extiende solo al tiempo presente, ni se limita a los siglos futuros; sino que permanece en todas las generaciones, y en el siglo de los siglos, con una eternidad inefable, crece y se aumenta.

606 (Cap. IV.---Vers. 1.) Ruego, pues, a vosotros, yo, prisionero en el Señor, que andéis dignamente según la vocación con que fuisteis llamados. Puede escribir esto tanto en las cadenas de Cristo como estando en prisión por el martirio: pero es mejor si decimos que está encadenado del Señor [Al. añade nuestro] en la caridad de Cristo. De lo cual también Clemente a los Corintios es testigo escribiendo: ¿Quién podrá describir el vínculo de la caridad de Dios? (I Cor. XIII) Y en el primer libro de los Reyes leemos: Sucedió después de estas palabras, que el alma de Jonatán se unió con el alma de David (I Reg. XVIII, 1). Y el profeta sobre los apóstoles dice: Detrás de ti, dice, seguirán con manos atadas (Sal. CVI). Porque quienes aman a Cristo, lo siguen atados con los lazos de la caridad. Hay también otra interpretación, que puede ser aceptada o no, según el lector: que el vínculo del alma se llame este cuerpo, y porque Pablo recibió este cuerpo para el ministerio del Evangelio, consecuentemente se le llame prisionero de Cristo. Que este cuerpo se llame vínculo, y a los que están atados en el cuerpo se les llame prisioneros de la tierra, también Jeremías en el segundo alfabeto lo testifica, diciendo: Para humillar bajo sus pies a todos los prisioneros de la tierra (Lament. III, 34). Y en otro lugar leemos lo mismo de la persona de Cristo, diciendo: A los que estaban en cadenas, salid, y a los que estaban en tinieblas, mostrad vuestros rostros (Isaías XLIX, 9). Puede el profeta mostrar aquí que el vínculo del pecado y las tinieblas de la ignorancia fueron disueltos con la venida y predicación de Cristo. Pero también el sentido anterior tiene lugar: que el vínculo es el cuerpo, y las tinieblas, esta morada terrenal, donde están los gobernantes de las tinieblas y los montes tenebrosos, a los cuales se nos prohíbe tropezar con los pies. Y lo que dice: Que andéis dignamente según la vocación con que fuisteis llamados. Se cree que anda dignamente según la vocación quien camina por aquel que dice: Yo soy el camino (Juan XIV, 6, e Isaías XXX), y no se desvía ni a la derecha ni a la izquierda, aparta su pie de todo mal camino (Prov. IV), y se cumple en él: Los pasos del hombre son dirigidos por el Señor (Sal. XXXVI, 22).

(Vers. 2.) Con toda humildad y mansedumbre, con paciencia. Quien sabe que es tierra y ceniza, y que pronto será disuelto en polvo, nunca se elevará con soberbia. Y quien, al

contemplar la eternidad de Dios, piense en el breve y casi insignificante espacio de la vida humana, siempre tendrá ante sus ojos la muerte, y será humilde y abatido. Porque el cuerpo corruptible agobia al alma, y esta tienda terrenal oprime el sentido con muchas preocupaciones (Sab. IX, 15). Por lo cual, con toda humildad digamos: Señor, no se ha exaltado mi corazón, ni se han alzado mis ojos (Sal. CXXX, 1). Pero toda humildad no está tanto en la palabra como en la mente, para que la conciencia sepa que somos humildes, y nunca pensemos que sabemos, entendemos o somos algo. La mansedumbre es también aquella que no se turba por ninguna pasión: y especialmente no se rompe por la ira y el furor. Quien la posea, alcanzará la bienaventuranza prometida por la voz del Señor: para que posea la tierra, es decir, gobierne su cuerpo, y domine al sujeto; y esta sea su primera herencia, vivir en la carne no carnalmente. Algunos, con el ceño fruncido, las cejas caídas y las palabras medidas, se atribuyen la autoridad de los doctores y jueces. No porque ellos mismos conozcan algo digno de arrogancia, sino porque ven que algunos hermanos simples no saben ciertas cosas en comparación con ellos.

Soportándoos unos a otros en caridad. Si alguien entiende qué significa soportándoos unos a otros en caridad, no pensará que este mandato se aplica a los hombres santos: sino a aquellos que están en los inicios de las virtudes. Los santos, en efecto, no tendrán [Al. tienen] que soportarse mutuamente: sino aquellos que, como hombres, aún son superados por alguna pasión. Y no es de extrañar que los de Éfeso escuchen esto, ya que en la multitud de creyentes hay algunos que aún deben soportarse mutuamente. Esto mismo me parece significar también lo que se escribe a los Gálatas: Llevad los unos las cargas de los otros (Gál. VI, 2). Podemos, por tanto, interpretar ambos testimonios de otra manera: que llevar las cargas de los otros, o soportarse mutuamente en caridad, se cumple en aquellos que son ricos y alivian la pobreza de los pobres. Si alguien presta servicio a un hermano enfermo, lo soporta en caridad. Si alguien, viviendo una vida bienaventurada en celibato, ayuda a otro que tiene esposa e hijos y apenas puede mantenerse, y lo consuela en lo que puede, será alabado por haber llevado la carga ajena. Hay quien, viendo a su madre o hermana viuda consumirse en la pobreza, no puede ayudarla: si alguien le extiende la mano, lo ha sostenido en caridad. Pero ya sea que sigamos el sentido anterior o el posterior: ni consuela al hermano pecador ni al necesitado quien no tiene caridad, y desprecia las palabras del Apóstol que advierte: Debemos nosotros, los fuertes, soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos (Rom. XV, 1).

(Vers. 3, 4.) Solícitos en guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. Un cuerpo, y un espíritu, como también fuisteis llamados en una misma esperanza de vuestra vocación. A los efesios, que ya habían alcanzado la unidad del Espíritu Santo, se les dice correctamente: solícitos en guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. Porque a quien tiene algo, se le encomienda la solicitud de guardarlo. Pero a quien no lo tiene, se le ordena el esfuerzo para poder tenerlo. Este pasaje es especialmente eficaz contra los herejes, que, habiendo roto y corrompido el vínculo de la paz, piensan que tienen la unidad del espíritu: cuando la unidad del espíritu se conserva en el vínculo de la paz. Porque cuando no todos decimos lo mismo, y uno dice: Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas (I Cor. I, 12), dividimos la unidad del espíritu, y la desgarramos en partes y miembros. Y que nadie oponga inmediatamente: ¿Cómo, entonces, son diversas las gracias y variados los carismas, si debe guardarse la unidad del espíritu? Ciertamente hay diversas donaciones, pero en el mismo espíritu: y diversos ministerios, pero el mismo Señor: y múltiples operaciones, pero el mismo Dios que obra todo en todos (I Cor. XII, 4 ss.). Pero lo que dice: Un cuerpo, y un espíritu, se entiende o bien simplemente como el único cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, o ciertamente como el que se dignó asumir de la Virgen: para que no piensen que se encarnó tantas veces como

apareció en el Antiguo Testamento. Y un Espíritu Santo: porque hay un solo dador y santificador de todos. O ciertamente un cuerpo, se refiere a la vida y las obras que en griego se llaman *πρακτικὸς βίος*: y un espíritu, a la ciencia y contemplación, que propiamente se ocupa en el corazón, y por ellos se llama *θεορία*. Cuando, pues, alguien es miembro de la Iglesia, y no está separado de su único espíritu, consecuentemente estará en una misma esperanza de vocación. Se pregunta cómo puede haber una sola esperanza de vocación, cuando en la casa del Padre hay diversas moradas. A lo cual, diremos que una sola esperanza de vocación, el reino de los cielos, es como una sola casa del Padre de Dios, y en una casa hay diversas moradas. Porque una es la gloria del sol, otra la de la luna, otra la de las estrellas (I Cor. XV, 41). O ciertamente se indica algo más sutil, que al final y consumación de las cosas, todo será restituido a su estado original, cuando todos seremos hechos un solo cuerpo, y seremos reformados en un hombre perfecto: y se cumplirá la oración del Salvador por nosotros: Padre, da, que como tú y yo somos uno, así también ellos en nosotros sean uno (Juan XVII, 21). No ignoro que en lo que ahora he expuesto: solícitos en guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz, algunos no entienden el Espíritu Santo, sino el afecto de la mente y el sentimiento, según el cual el alma y el corazón de todos los creyentes eran uno (Hechos IV). Y el Apóstol ordena a la virgen: Que sea santa en cuerpo y espíritu (I Cor. VII, 34): es decir, en la obra de la carne y en el afecto de la mente. Pero también la explicación general puede ser llevada a una interpretación especial, que guarda la unidad del espíritu en el vínculo de la paz, quien no es arrastrado por todo viento de doctrina, ni se cambia como la luna al modo del necio (Eclo. XXVII), sirviendo ahora al diablo, ahora a Dios. Tenga, pues, un solo cuerpo de buenas obras, y siempre presente su carne como templo a Dios. Y un solo espíritu: siempre sintiendo lo mismo: en una misma esperanza de vocación, para que no dude de las promesas, confiando con mente sólida en la resurrección y restitución de todo.

(Vers. 5, 6.) Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, y por todos, y en todos. Así como la fe es distinta del bautismo, de Dios y del Señor: así el bautismo, el Señor y Dios, son distintos de las tres cosas individuales que se nombran juntas. Esto lo digo por Sabellio, quien considera al mismo Dios Padre y al Hijo, y confunde las personas, al descubrir la misma divinidad en ambos. He aquí que manifiestamente se llaman un solo Señor el Hijo, y un solo Dios el Padre. Lo cual también está escrito más plenamente a los Corintios: Pero para nosotros hay un solo Dios Padre, de quien son todas las cosas, y un solo Señor nuestro Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por él (I Cor. VIII, 6). Porque así como el Hijo no le quita al Dios Padre que sea Señor, cuando solo él es llamado Señor: así tampoco el Padre le quita al Hijo que sea Dios, porque solo el Padre es llamado Dios. Leemos también en otro lugar: Y sabed que el Señor es Dios (Sal. XCIX, 2); y en otro: El Señor tu Dios, Dios es uno (Deut. VI, 4). Porque si, como piensan los arrianos, solo el Dios Padre es Dios, por la misma consecuencia, solo será Señor Jesucristo, y ni el Padre será Señor, ni el Hijo Dios. Pero lejos esté que no haya, ni en la deidad dominio, ni en el dominio deidad. Un solo es el Señor, y uno es Dios, porque el dominio del Padre y del Hijo es una sola divinidad. Por eso también se dice una sola fe, porque creemos de la misma manera en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Y un solo bautismo, porque de la misma manera somos bautizados en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Y nos sumergimos tres veces, para que aparezca el único sacramento de la Trinidad. Y no somos bautizados en los nombres del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sino en un solo nombre, que se entiende como Dios. Y me maravillo de qué manera, en un solo término, con la misma obra y el mismo sacramento, Arius, Macedonio y Eunomio sospechan una diversidad de naturalezas (concordando en la impiedad en discordia) y, sosteniendo la fuente fangosa de la criatura en el Hijo y el Espíritu Santo, han conducido diversos riachuelos de herejía. Un solo bautismo, y también contra Valentino, quien sostiene

que hay dos bautismos, y contra todos los herejes: para que sepan que no tienen bautismos, sino que en la única Iglesia de Cristo hay una fuente vital. Puede también decirse un solo bautismo, que aunque nos bauticemos tres veces, por el misterio de la Trinidad: sin embargo, se considera un solo bautismo. Un solo bautismo es también en agua, en espíritu y en fuego. Y del que el Señor habla: Tengo un bautismo con que ser bautizado (Luc. XII, 50); y en otro lugar: Seréis bautizados con mi bautismo (Marcos X, 39). Pero la diversidad de preposiciones en las que se dice: Un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, y por todos, y en todos, tiene un significado diverso. Porque Dios Padre está sobre todos, ya que es el autor de todo. Por todos el Hijo, porque todo lo atraviesa, y pasa por todo. En todos el Espíritu Santo, porque nada es sin él. Y no debe pensarse que un solo Dios y Padre de todos sea en común, de modo que el nombre de Padre pueda aplicarse a los animales irracionales; sino como si en diez hombres, cinco hijos y cinco siervos, dijéramos juntos: de estos diez, uno es el señor, y uno es el padre: no llamaríamos padre de todos, ni señor de todos: así también en lo que dice: Un solo Dios y Padre de todos, debe entenderse que es padre de unos, y Dios de otros. Algo similar sobre las criaturas y Dios también Zenón con sus estoicos sospecha. A quien siguió Virgilio diciendo (Eneida VI): Porque el dios va por todas partes, por la tierra y los mares, etc.; y: Al principio el cielo y la tierra, y los campos líquidos, y el brillante globo de la luna, y las estrellas titánicas, el espíritu dentro alimenta, y la mente infundida a través de los miembros agita toda la masa, y se mezcla con el gran cuerpo. Algunos consideran que lo que está escrito: Sobre todos, y por todos, y en todos, debe referirse al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, de modo que sobre todo sea el Padre, porque es el autor de todo: por todos, el Hijo, porque por el Hijo fueron creadas todas las cosas: en todos, el Espíritu Santo, porque a los creyentes se les da, y somos templo del Espíritu Santo: y el Padre y el Hijo habitan en nosotros.

(Vers. 7.) Pero a cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo. Aunque Dios Padre está sobre todo, y por todos, y en todos: sin embargo, la gracia se da a los creyentes según la medida. No porque Dios dé el espíritu y la gracia a medida (porque su magnificencia no tiene fin), sino porque según la medida de los vasos, infunde el licor, otorgando tanto del don como puede recibir aquel a quien se le da. Porque Dios no da el espíritu a medida: ni puede tener medida lo que está difundido por igual en todas partes. Para que esto sea más claro, aunque imperfecto y no cumpliendo la semejanza, tomemos un ejemplo por el cual pueda entenderse lo que se dice. El mar ciertamente es inmenso, y su capacidad solo es conocida por Dios: de esto, si alguien quiere dar a muchas personas según lo que pueden llevar, es necesario que dé a medida a cada uno, y las partes de él reciban medida, de lo cual el sólido es inmensurable. Así también el Espíritu Santo es inmenso, y no está limitado por ningún fin: sin embargo, se da a cada uno según lo que conviene. Y al mismo tiempo, es de notar que esta misma gracia, que ahora se dice atribuida, se nos ha dado según la medida del don de Cristo.

(Vers. 8.) Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres. Porque había dicho antes: Pero a cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo, para confirmar estos mismos dones, que poco después también enumera, diciendo: Y él mismo dio a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros, y lo demás, tomó testimonio del salmo sesenta y siete, para que sepamos que esos son los despojos distribuidos a los hombres, que Cristo victorioso ganó. Subiendo, pues, a lo alto, llevó cautiva la cautividad. Nosotros, que ahora creemos en Cristo, congregados de entre los gentiles, siendo criaturas de Dios, fuimos capturados por el diablo, y distribuidos a sus secuaces. Vino, pues, nuestro Señor Jesucristo según Ezequiel (Cap. IX y XII), llevando consigo los vasos de la cautividad, y con la cabeza cubierta, para no ser

reconocido por los adversarios, predicó a los cautivos la remisión, y a los que estaban en cadenas, la liberación, y nos liberó de las cadenas de los enemigos y de los grilletes, como a aquella mujer en el Evangelio, de la cual él mismo recuerda: ¿No debía esta hija de Abraham, a quien Satanás había atado ya por dieciocho años, ser desatada de este vínculo en el día de reposo? (Luc XIII, 16). Y liberados nosotros, y por una nueva cautividad rescatados de la antigua, nos llevó consigo al cielo: y a estos mismos que arrebató victorioso de la mano de los enemigos, les otorgó diversos dones de gracia. Y elegantemente aquí puso, dio dones a los hombres, cuando en el Salterio está escrito: recibió dones en los hombres (Sal. LXVII, 19). Pero allí, porque aún no se había hecho, sino que se prometía como futuro, por eso se dice que recibió. Aquí, sin embargo, cuando el Apóstol escribe, porque ya había dado, y las Iglesias estaban fundadas en todo el mundo: por eso no se escribe que recibió, sino que dio. Otros explican este pasaje de tal manera que por eso nuestro Señor Jesucristo ascendió victorioso a los cielos, para enviar desde allí a los ángeles y otras virtudes a la custodia de sus Iglesias. Y como el lugar terrenal es indigno de tener la presencia de potestades sublimes, de algún modo ellas soportaron la cautividad. Por eso (dicen) ascendió a lo alto, para que, cautivando la cautividad, diera dones a los hombres. Pero todo esto lo repite el Apóstol para que, habiendo dicho antes: Soportándoos unos a otros en caridad, solícitos en guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz, enseñara que en los diversos carismas la Iglesia debe ser concorde, y no se dé inmediatamente ocasión de cismas y disensiones, porque según la medida del don de Cristo cada uno de nosotros ha recibido dones: no los mismos, sino que todos hemos sido llamados a un solo cuerpo y a un solo espíritu, es decir, que así como hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, y un solo Dios Padre: así también seamos nosotros lo mismo en caridad, guardando en el vínculo de la paz la unidad del espíritu.

(Vers. 9.) ¿Qué significa que ascendió, sino que también descendió a las partes inferiores de la tierra? Aquel que ahora se dice que ascendió, ascendió porque antes había descendido. Esto es lo que significa: ¿Qué significa que ascendió, sino que también descendió? Por lo tanto, debemos investigar lo que está escrito en otro lugar: Nadie ha ascendido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre (Juan 3, 13), ¿cómo ascendió antes de descender? Pues cuando decía estas cosas, después de descender de los cielos, mostraba que una vez había ascendido a los cielos. También debemos reconsiderar cómo debe entenderse este descenso y ascenso. ¿Será según el cuerpo localmente, o por encima del cuerpo espiritualmente, o ciertamente de ambas maneras? Las partes inferiores de la tierra se entienden como el infierno al que nuestro Señor y Salvador descendió, para llevar consigo al cielo las almas de los santos que allí estaban retenidas. Por eso, después de su resurrección, muchos cuerpos de justos fueron vistos en la ciudad santa (Mateo 27). Que el infierno está en la parte inferior de la tierra, también lo testimonia el salmista, diciendo: Se abrió la tierra y devoró a Datán, y cubrió a la congregación de Abirón (Salmo 105, 17). Y esto se explica más plenamente en el libro de los Números (Cap. 16). En otro lugar también leemos: Venga la muerte sobre ellos, y desciendan vivos al infierno (Salmo 54, 16).

(Vers. 10) El que descendió es el mismo que ascendió por encima de todos los cielos, para llenar todas las cosas. ¿Acaso corporalmente atravesó y trascendió todos los cielos, y todas las alturas, y los círculos de los cielos, que los filósofos llaman esferas, y se detuvo en la cima del firmamento del cielo, y para usar la misma palabra, en el ápice? ¿O ciertamente, despreciando y menospreciando todas las cosas corporales, y contemplando las eternas, se debe creer que estuvo por encima de los cielos, es decir, por encima de lo invisible? Lo cual creo mejor. Descendió, pues, a las partes inferiores de la tierra, y ascendió por encima de todos los cielos el Hijo de Dios, no solo para cumplir la ley y los profetas, sino también otras dispensaciones ocultas que solo él conoce con el Padre. Pues no podemos saber cómo la

sangre de Cristo benefició tanto a los ángeles como a los que estaban en el infierno, y sin embargo no podemos ignorar que sí benefició. También descendió a los infiernos y ascendió a los cielos, para llenar a aquellos que estaban en esas regiones, según lo que podían recibir. De lo cual se debe saber que antes de que Cristo descendiera y ascendiera, todo estaba vacío y necesitaba de su plenitud. Este pasaje es especialmente relevante contra Ebión y Fotino. Pues si él es el que asciende a los cielos, quien antes descendió de los cielos, ¿cómo es que nuestro Señor Jesucristo no es antes de María, sino después de María? También es relevante contra aquellos que, en un error insano, inventan dos hijos: a saber, el Hijo de Dios y el hijo del hombre. Aquí se dice clarísimamente que él mismo es el que asciende y desciende. Y al decir esto, no damos lugar a otra herejía, que afirma una dispensación parcial de Cristo; sino que confesamos así a un solo Hijo de Dios y del hombre: para que no, creyendo en parte la dispensación del hombre asumido, por la cual fuimos salvados, la mutilemos en parte.

(Vers. 11, 12.) Y él mismo dio a algunos como apóstoles, a otros como profetas, a otros como evangelistas, a otros como pastores y maestros para la instrucción de los santos, en la obra del ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo. Y de este pasaje se comprueba clarísimamente la unidad de la divinidad del Padre y del Hijo. Pues lo que ahora se describe que Cristo ha dado, en la primera epístola a los Corintios, se narra que Dios Padre lo ha dado: Porque a unos, dice, Dios ha puesto en la Iglesia: primero apóstoles, segundo profetas, tercero doctores, luego virtudes, y dones de sanidades, ayudas, gobiernos, géneros de lenguas (1 Cor. 12, 28). Sabellio, al no entender esto, confunde al Padre y al Hijo, al no considerar que la operación de ambos es la misma. Y al mismo tiempo, se debe notar que aquí se dice que Cristo dio apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros: mientras que allí se recuerda que el Padre los puso. Así que el Padre y el Hijo pusieron o dieron primero apóstoles, segundo profetas: no aquellos que predicen el futuro, como leemos en el Antiguo Testamento, sino aquellos que reprenden y juzgan a los infieles e ignorantes. Pues tales profetas del Nuevo Testamento se definen en otra epístola (2 Cor. 11). Tercero, evangelistas, cuyos pies son hermosos para anunciar la paz (Rom. 10). Y no se debe pensar que, como en los tres anteriores, dijo que unos eran apóstoles, otros profetas, otros evangelistas: así también en pastores y maestros, puso oficios diferentes. Pues no dice: a otros pastores, y a otros maestros, sino a otros pastores y maestros: para que quien es pastor, también deba ser maestro: y en las Iglesias, aunque sea santo, no debe asumir el nombre de pastor, a menos que pueda enseñar a quienes pastorea. O ciertamente de otra manera, para que uno y el mismo presidente de la Iglesia sea pastor y doctor; pastor de ovejas: maestro de hombres. Porque salvarás, Señor, a hombres y bestias (Salmo 35, 7). Creo que hoy también en las Iglesias, así como se encuentra profeta y evangelista, también se puede encontrar pastor y doctor: así como puede haber apóstol, en quien se cumplan las señales e indicios del apostolado; y por otro lado, hay muchos tanto fuera como dentro, tanto en la Iglesia como en las herejías, que son pseudoapóstoles, y pseudoprofetas, y pseudo-evangelistas, y pseudopastores, y pseudomaestros. Y de las herejías no hay duda de que, según la fe falsa, poseen todo falso. Pero en las Iglesias, ¿no os parece que son falsos pastores, quienes no pastorean las ovejas con disciplina, sino que como mercenarios no piensan en la salvación del rebaño, no convierten lo que se ha extraviado, y no buscan lo que se ha perdido; sino que solo buscan de las ovejas la leche y la lana, es decir, alimentos y vestimentas? Y no pensemos que el Apóstol ha irrumpido en esto sin orden; sino que, habiendo dicho antes que Dios está sobre todo y por todo, y en todos, y que a cada uno de los santos se le ha dado gracia según la medida del don de Cristo; ahora añade que unos son apóstoles, otros profetas, otros evangelistas, otros pastores y maestros distribuidos en la Iglesia, que son necesarios para la perfección e instrucción de los santos en la obra del ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo: porque como el cuerpo del Señor es la Iglesia, y la Iglesia se construye con piedras vivas:

estos que hemos mencionado antes, establecidos en la Iglesia, tienen la tarea de edificar la Iglesia de Cristo, es decir, su cuerpo, según la dispensación y los oficios que les han sido confiados. Por lo tanto, si alguien no edifica la Iglesia de Cristo, ni instruye al pueblo que le está sujeto (para que del pueblo sujeto se construya la Iglesia de Cristo), este no debe ser llamado apóstol, ni profeta, ni evangelista, ni pastor, ni maestro.

(Vers. 13 y siguientes.) Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquier por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres y en la astucia, para engañar con el error. Pero haciendo la verdad en caridad, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, Cristo. Se debe preguntar a quiénes se refiere al decir que todos lleguen a la unidad de la fe: ¿será a todos los hombres, o a todos los santos, o ciertamente a todos los que son capaces de razón? Sin embargo, me parece que habla de todos los hombres, porque hay muchos vientos de doctrinas; y con su soplo, alzadas las olas, los hombres son llevados de aquí para allá con un curso incierto y un error variado. Por lo tanto, se debe trabajar con todo esfuerzo, primero para llegar a la unidad de la fe: luego, en esa misma unidad, tener el conocimiento del Hijo de Dios. Cuando se posea con seguridad estas cosas, dejando de ser niños, y recibiendo la medida del hombre interior (que es la medida de la plenitud, la medida de Cristo), obtendremos el nombre de hombre perfecto: pero de tal manera que toda la multitud de creyentes llegue a la edad consumada de la plenitud de Cristo, y no fluctuando en doctrinas, como niños llevados por la ola de la infidelidad, mientras los vientos soplan de aquí y de allá, es decir, las diversas y contradictorias razones de los herejes y de los sabios del mundo, amenazan o causan naufragio a los oyentes: mientras unos, sin intención de engañar, predicán sin embargo cosas falsas; y otros, componiendo lazos con toda astucia del error, se apresuran a engañarnos y vencernos. Pero cuando los santos lleguen y alcancen la medida del hombre mencionado anteriormente, entonces, entendiendo el amor de Cristo, aumentarán en él todas las semillas de verdad que habían recibido, teniendo como cabeza del cuerpo de la Iglesia al Señor Jesús. Porque al decir: Para que ya no seamos niños fluctuantes, y lo demás, confesando que él mismo también es fluctuante y niño, parece que se debe reconsiderar si ha dicho esto por humildad: o ciertamente, viendo en parte y conociendo en parte, ha comprendido cuán lejos está de la ciencia perfecta, y ha expresado con palabras verdaderas la conciencia de sí mismo. Si alguien, por lo tanto, quiere que él haya dicho esto por humildad, usará aquel ejemplo: Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Pero cuando me hice hombre, dejé lo que era de niño (1 Cor. 13, 11). Otro responderá a esto, que en comparación con muchos, el Apóstol ha llegado a la edad de hombre perfecto: pero en cuanto a las cosas que están reservadas para los santos, todavía se le llama niño. Pues el profeta llama niños a todos los apóstoles que creen en Cristo, diciendo: He aquí yo y los niños que Dios me ha dado (Isaías 8, 18). Después de esto, se debe discutir más atentamente, no sea que realmente, según la humildad, el Apóstol no solo se haya llamado niño, sino también fluctuante, y llevado por todo viento de doctrinas, en la falacia de los hombres, en la malicia, para engañar con el error. Pero quien quiera que él haya dicho esto no por humildad, sino por conciencia, dice: El apóstol Pablo era un hombre de agudo y perspicaz ingenio, y que con mente sagaz preveía lo que debía inferirse ante los primeros intentos de los disputadores. Por lo tanto, veía que a menudo se decía de ambas partes, y se afirmaban cosas tan verosímiles en asuntos contrarios, que hacían dudar al oyente: por eso, como hombre, y aún constituido en un cuerpo frágil, era llevado por todo viento de doctrina, pero no era arrojado contra las rocas, ni su nave se llenaba de olas: pues permanecía en la popa sosteniendo el timón, y rompía las olas espumantes de la herejía con la seguridad de la fe. Sin embargo, no miraba intrépido y seguro, ni tranquilo y apacible, los vientos que soplaban de aquí y de allá, y

captaba con oído atento, y vencía las cosas contrarias: pero no tenía una victoria segura. Pues viendo que las palabras y razones de los adversarios, con las que intentaban subvertir la verdad, no podían ser fácilmente superadas, y llenas de toda astucia, también tejidas con el arte de la dialéctica, o más bien del diablo, esperaba la ayuda de Dios, para que toda deliberación fuera expulsada de su mente, y creyera sin molestia alguna en la verdad cierta y firme, y la aumentara en el amor de Cristo: a quien sabía que era la cabeza tanto de él como del cuerpo de toda la Iglesia. Se debe saber que este pasaje es más claro en griego, pero cuando se traduce al latín palabra por palabra, los sentidos envueltos en las palabras han hecho oscuro lo que se dice.

(Vers. 16.) De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la operación en la medida de cada miembro, hace el crecimiento del cuerpo para su edificación en amor. Al final de las cosas, cuando comencemos a ver a Dios cara a cara, y lleguemos a la medida de la edad de la plenitud de Cristo (de cuya plenitud ahora todos hemos recibido (Juan 1), de tal manera que Cristo no esté en parte, sino totalmente en nosotros: y dejando los principios de los niños, crezcamos en aquel hombre, del cual el Profeta dice: He aquí el hombre, cuyo nombre es Oriente (Zacarías 6, 12). Y Juan el Bautista menciona (Juan 1, 30): Después de mí viene un hombre que ha sido hecho antes que yo, porque era antes que yo), entonces en el encuentro de una fe y un conocimiento del Hijo de Dios, que ahora por la variedad de las mentes, no conocemos con una sola ni la misma fe y conocimiento, todo el cuerpo, que antes estaba disperso y desgarrado en diversas partes, será reunido en su unión y articulación: de tal manera que una sola administración y la misma operación, y la consumada perfección de una sola edad, hará crecer todo el cuerpo por igual, y todos los miembros recibirán el incremento de su edad según su medida. Pero toda esta edificación, por la cual el cuerpo de la Iglesia se aumenta por partes, se completará con el amor mutuo entre sí. Entendamos todas las criaturas racionales bajo el ejemplo de un solo animal racional, y todo lo que digamos de los miembros y partes de este, sepamos que debe referirse a cada criatura racional. Supongamos que este animal está tan desgarrado por los miembros, venas y carnes, que ni hueso se adhiere a hueso, ni nervio se une a nervio: los ojos yacen por separado, las narices aparte, las manos ocupan otro lugar, los pies están arrojados a otro lugar, y los demás miembros están dispersos y divididos de esta manera entre sí. Imagina que viene un médico de tal ciencia, que pueda imitar a Esculapio según las fábulas de los paganos, y resucitar a Virbio en una nueva figura y nuevo nombre: este necesitará restaurar cada miembro en su lugar, y unir la articulación a la articulación, y con un cierto pegamento, restauradas las partes, hacer un solo cuerpo. Hasta aquí nos ha llevado una sola similitud: ahora en la misma similitud, para lo que queremos que se entienda, se traiga otro ejemplo. Que un niño crezca, y en un tiempo oculto, llegue a la edad perfecta: su mano tendrá su propio aumento, sus pies sentirán su propio incremento: el vientre se llena mientras no lo sabemos: los hombros se ensanchan mientras los ojos son engañados: y todos los miembros crecen por partes según su medida, de tal manera que no parecen crecer para sí mismos, sino para el cuerpo. Así, pues, también en la restauración de todas las cosas, cuando el verdadero médico Cristo Jesús venga a sanar el cuerpo de toda la Iglesia, ahora disperso y desgarrado, cada uno según la medida de la fe y el conocimiento del Hijo de Dios (a quien se dice que reconoce porque antes lo conocía, y después dejó de conocerlo) recibirá su lugar, y comenzará a ser lo que era. Pero de tal manera que no según otra herejía, todos estén puestos en una sola edad, es decir: todos sean reformados en ángeles: sino que cada miembro según su medida y oficio sea perfecto: por ejemplo, que el ángel fugitivo comience a ser lo que fue creado: y el hombre, que fue expulsado del paraíso, sea restaurado nuevamente a la cultura del paraíso. Pero todas estas cosas se harán de tal manera que se unan entre sí con amor: y mientras un miembro se regocija con otro, y se alegra en el progreso del otro, el cuerpo de

Cristo, la Iglesia de los primogénitos, habite en la Jerusalén celestial, que en otro lugar el Apóstol llama madre de los santos (Gálatas 4). Por eso (como dijimos antes) estas cosas son más oscuras para nosotros, porque se dicen metafóricamente en griego. Y toda metáfora, si se traduce de una lengua a otra palabra por palabra, los sentidos y brotes del discurso son sofocados por ciertos espinos.

(Vers. 17 seqq.) Esto pues lo que digo, y testifico en el Señor, que no andéis más como andan los gentiles en la vanidad de su mente, oscurecidos en el entendimiento, alejados del camino de Dios por la ignorancia que hay en ellos, por la ceguera de su corazón. Quienes, desesperando, se entregaron a la impureza en la operación de toda inmundicia con avaricia. Esto, pues, os digo, oh efesios, y os testifico, que ya que habéis de alcanzar la medida de la plenitud de Cristo, no andéis como andan los gentiles, que sirviendo a los ídolos, abusan de su sentido y mente en lo perverso. Quienes, habiendo recibido el alma y el entendimiento para conocer a Dios, se alejaron de su camino (que otro no conocemos sin Cristo) y andan en la ceguera de su corazón. Y ojalá bastara con pecar, y al menos tarde hicieran penitencia, condenaran los vicios en los que continuamente se deleitan, habría remedio al arrepentirse tras el error. Pero ahora, desesperando, se sumergen en el rito de las bestias irracionales, en el lodo y la vorágine, entregándose a la impudicia y la lujuria, haciendo todo lo que el cuerpo quiso, la mente deseó, la lujuria sugirió. Y aunque no han omitido nada que sea inmundo, todo lo hicieron en avaricia, pues nunca se sacian en su lujuria, ni su placer tiene fin. O ciertamente, más allá de la unión permitida entre hombre y mujer, ascienden a mayores, hombres con hombres cometiendo torpezas, y recibiendo en sí mismos la retribución de su error. La vanidad del sentido y la oscuridad de la mente se divide en dos: en los negocios de este siglo y en la sabiduría secular: cuando nos detenemos en las cosas de este mundo que pronto pasan, o conocemos lo que no es útil. ¿No os parece que entra en la vanidad del sentido y la oscuridad de la mente quien se atormenta día y noche en el arte dialéctico, quien como físico investigador levanta los ojos más allá del cielo, y se sumerge en un vacío más allá de la profundidad de la tierra y el abismo, quien construye un yambo, quien distingue y acumula en su estudioso corazón un bosque de metros, y (para pasar a la otra parte) quien busca riquezas por medios lícitos e ilícitos, quien adula a los reyes, capta herencias ajenas, y acumula riquezas que en un momento no sabe a quién dejará? Pero lo que dice, quienes desesperando se entregaron a sí mismos, es decir, ἀπηληγκότες ἑαυτοῦς, significa mucho más en griego que en latín: desesperando se llaman ἀπηληγκότες; ἀπηληγκότες son aquellos que, después de haber pecado, no sienten dolor: quienes, sin sentir su ruina, se precipitan hacia abajo, y como bestias que ven el hierro, corren hacia la muerte. Ponme dos atrapados en un mismo vicio: uno que entienda y llore lo que hizo: otro que se deleite en el crimen, y no solo no sienta dolor, sino que también se gloríe, y piense que ha conseguido una palma y victoria de torpezas: ¿no te parece que aquel siente dolor, y este no siente dolor en absoluto? Expresemos, si podemos, palabra por palabra, y digamos ἀπηληγκότες, indolentes, o sin dolor. Pues también algunos filósofos predicaron ἀναληγσίαν, es decir, indolencia. Aquellos que introducen diversas naturalezas, sepan que las gentes andan en la vanidad del sentido con mentes oscurecidas porque se entregaron a la ignorancia y la ceguera. Nadie es llamado ignorante y ciego, sino aquel que puede conocer y ver. No decimos que una piedra es ciega, ni que un animal bruto ignora: porque no se le exige, ni es de su naturaleza conocer y ver. Pero si en la naturaleza de las gentes estaba entender y ver la vida de Dios, no es por la naturaleza variada de los cuerpos y los espíritus, sino por la voluntad. Dijimos antes que la operación de toda inmundicia en avaricia no se refiere simplemente a la avaricia, sino a la lujuria y la lascivia. Debemos corroborar este sentido con el testimonio de otro lugar. En la primera Epístola a los Tesalonicenses se escribe: Esta es la voluntad de Dios, vuestra

santificación, que os abstengáis de la fornicación: que cada uno de vosotros sepa poseer su vaso en santificación y honor: no en la lujuria del deseo, como los gentiles que no conocen a Dios: para que nadie se sobrepase y defraude en el negocio a su hermano: porque el Señor es vengador de todas estas cosas: como ya os hemos dicho y testificado. Pues Dios no nos llamó a la inmundicia, sino a la santificación (I Tes. IV, 3 y ss.). Observa diligentemente, porque al provocarnos a la castidad, y queriendo que nos contentemos solo con nuestras esposas, dijo: Que nadie se sobrepase y defraude en el negocio a su hermano, es decir, que no deje a su esposa para buscar contaminar la de otro. Donde nosotros tenemos, y defraude en el negocio a su hermano, en griego se lee, καὶ πλεονεκτεῖν ἐν τῷ πράγματι τὸν ἀδελφὸν αὐτοῦ. Πλεονεξία se llama avaricia, que podemos, transfiriendo el sentido de la palabra, expresar así en el presente lugar: que nadie se sobrepase y, siendo avaro, defraude en el negocio a su hermano. ¿Qué relación hay, ya sea en el capítulo que ahora hemos tomado como ejemplo, o en este que principalmente intentamos exponer a los Efesios, entre la impudicia y la inmundicia, la castidad y el afecto conyugal, para que de repente se nombre extraordinariamente la avaricia? No os sea molesto si nos detenemos mucho en lo más oscuro: pues hemos alegado al principio que, entre todas las Epístolas de Pablo, esta es la más envuelta tanto en palabras como en sentidos.

(Vers. 20.) Pero vosotros no habéis aprendido así a Cristo; si es que lo habéis oído y en él habéis sido enseñados. Si todos los que parecen oír a Cristo lo oyeran, nunca diría a los Efesios, y ciertamente a aquellos a quienes el Apóstol había revelado los sacramentos de Cristo: Si es que lo habéis oído. Aprender a Cristo es lo mismo que conocer la virtud: y oírlo no difiere de decir oír la sabiduría, la justicia, la fortaleza, la templanza, y las demás cosas por las que se llama a Cristo. Si alguien, pues, ha oído y aprendido a Cristo, no andará en la vanidad de su mente: ni caminará oscurecido en el entendimiento: ni estará alejado de la vida de Dios: tendrá también conocimiento, disipada la ignorancia, y con la luz introducida en las tinieblas, toda ceguera será quitada de los ojos de su corazón. Cuando tenga esto, no se entregará a la impudicia: ni operará toda inmundicia en avaricia, sobrepasando los límites permitidos del matrimonio. Pero si alguna vez sucede que es vencido por alguna pasión, lamentará su herida, y sufrirá los tormentos de la conciencia: porque habrá perdido la frente libre, y la pureza de una mente inmaculada. Aprendamos, pues, a Cristo, y oigámoslo; si hay alguien que pueda decir: ¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí? (I Cor. XIII, 3). Corramos a él día y noche, colguemos de su boca y de su palabra. Cristo nos habla: son palabras del Espíritu Santo las que pronuncia. Pues Dios ha establecido en la Iglesia, primero apóstoles, segundo profetas, tercero maestros. Pero tampoco es desesperanzador que alguna vez Cristo mismo hable en nuestras mentes, y nos enseñe por sí mismo, sin buscar el órgano de boca ajena: solo no estemos sometidos al pecado; ni nuestro cuerpo posea delitos, y entrará en él la sabiduría.

(Vers. 21.) Como es la verdad en Jesús. El vocablo, Jesús, a veces significa al hombre que fue asumido por el Verbo de Dios de la Virgen, según aquello: Lllamarás su nombre Jesús: porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Luc. I, 31). Y en otro lugar: Jesús, pues, cansado del camino (Juan IV, 6), y lo demás. Pero a veces significa al Verbo de Dios: Porque para nosotros hay un solo Señor Jesucristo por quien son todas las cosas. Cuando, pues, dice Jesús: Yo soy el camino, y la verdad (Juan XIV, 6), lo dice según lo que es el Hijo de Dios. Pero cuando Pablo escribe: Como es la verdad en Jesús, habla del templo del cuerpo, en el que habita el Verbo Dios. Pues el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14). A menos que tal vez ambos se entiendan del Verbo de Dios, que así como habita en él la vida, y él mismo es la vida: Como el Padre tiene vida en sí mismo: así también dio al Hijo tener vida en sí mismo (Juan V, 26). Así también se dice que el Hijo es la verdad, y se muestra que ella

habita en él. Decimos esto, no separando a Jesús de Cristo; ni tampoco diciendo que el Verbo de Dios es otro que el hombre que asumió: sino que según las inteligencias de los efectos o lugares, llamamos a aquel que creemos ser uno, Hijo del hombre e Hijo de Dios, y antes de la virgen, y después de la virgen, otro y otro. Pero también puede entenderse de otra manera: Como es la verdad en Jesús. En ninguno de los patriarcas, en ninguno de los profetas, en ninguno de los apóstoles estuvo la verdad, sino solo en Jesús. Pues los demás conocían en parte, y en parte profetizaban, y veían por espejo en enigma (I Cor. XIII). Solo en Jesús apareció la verdad de Dios, que habla confiadamente: Yo soy la verdad (Juan XIV, 6): que otorga libertad a los que creen en él según la analogía de la fe. Pues quien conoce la verdad, es liberado por la verdad. Y la misma verdad por eso asumió la forma de siervo, y se humilló, hecho obediente al Padre hasta la muerte (Filip. II): para hacer libre al siervo. Donde está el espíritu de Dios, allí hay libertad. Si queremos conocer la forma del libre en Jesús, y el rostro de la verdad, subamos con él al monte, veámoslo transfigurado: donde también sus vestiduras, es decir, las Escrituras que anuncian de él, se transforman: y también se ven Moisés y Elías, es decir, la Ley y los Profetas en gloria (Mat. XVII). Mientras el Señor no cambia la forma de siervo, ni sube al monte, la Ley está en suciedad, los Profetas en desaliño. Cuando él asciende a lo alto, y quiere cambiar sus vestiduras, y el entendimiento del siervo es claro y libre: entonces también Moisés y Elías, y sus rostros, y vestiduras se transforman.

(Vers. 22.) Despojaos del hombre viejo, según la conducta anterior, que se corrompe según los deseos del error. Porque parece que según el orden y el texto del discurso, la sentencia abunda, debe leerse así: Pero vosotros no habéis aprendido así a Cristo (si es que lo habéis oído, y en él habéis sido enseñados) despojaos del hombre viejo, según la conducta anterior, que se corrompe según los deseos del error: como es la verdad en Jesús: para que el sentido sea: Como es la verdad en Jesús, así será también en vosotros que habéis aprendido a Cristo, y lo habéis oído; y habéis sido enseñados a despojaros según la conducta anterior del hombre viejo, que se corrompe según los deseos del error. Al hombre viejo, que manda despojar, creo que se le llama envejecido por la malicia. Pues este, según la conducta anterior y los deseos del error, siempre errando, y deleitándose en la obra de corrupción, se corrompe y viola. Y porque en los deseos del error se encuentra incesantemente, y nunca cesa del vicio, no se dice corrompido, sino corrompiéndose: porque cada día, hora, instante y momento se corrompe, se intercepta, se viola. Pero la palabra de Dios que mata para vivificar al muerto, y vivificado busca al Señor, a quien antes de la muerte no conocía, no corrompe, sino que mata al hombre viejo: Porque yo mato, dice, y yo vivifico (Deut. XXXII, 39); y: Cuando los mataba, entonces lo buscaban (Sal. LXXVII, 34). Y no pensemos que lo que ahora dice: Que se corrompe según los deseos del error, es contrario a lo que en otro lugar está escrito: Y si nuestro hombre exterior se corrompe: pero el que es interior se renueva de día en día (II Cor. IV, 16): porque la corrupción del hombre exterior es la renovación del hombre interior: y al contrario, la corrupción del hombre interior es la restauración del exterior. Alguien podría pensar que Pablo habla simplemente: Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá: Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo. Pero tal vez también allí se oculta algo que parece estar escondido para nosotros. Si somos el templo de Dios, según lo que está escrito: Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo (I Cor. III, 17): y hay otro que destruye el templo de Dios, y otro que es destruido. Debemos buscar quién es el que destruye el templo de Dios. Si encuentras a los enemigos de Jerusalén, destruyendo y violando el templo construido de piedras: verás igualmente a todo el que destruye y viola el templo de Dios, a quien Dios destruirá y violará, vengando la corrupción de su templo. Sin embargo, también el templo que se ofreció (aunque vivo y sensible) a las insidias del destructor, pagará las penas, por el mismo hecho de que, corrompido y violado, perdió el espíritu de incorruptibilidad.

(Vers. 23, 24.) Renovados en el espíritu de vuestra mente: y vestíos del hombre nuevo, que según Dios es creado en justicia y santidad de la verdad. No nos renovamos en la mente sin el espíritu, ni en el espíritu sin la mente; sino que nos renovamos conjuntamente en el espíritu de nuestra mente: para que así como cantamos con el espíritu, cantamos también con la mente, oramos con el espíritu, oramos también con la mente: así nos renovemos en el espíritu de nuestra mente: para que cuando la mente esté limpia y purificada, y libre de toda mancha de sucia concreción: entonces se le una también el espíritu, y así se unan entre sí con un cierto pegamento de unidad, de modo que no se diga simplemente espíritu, sino espíritu de la mente. Pero cuando nos hayamos renovado en el espíritu, que es el espíritu de nuestra mente; entonces nos vestiremos del hombre nuevo, que según Dios es creado. Esto creo que es lo mismo que en otro lugar se dice: Vestíos de Cristo Jesús (Rom. XIII, 14). Pues este es el hombre nuevo, con el que todos los creyentes debemos vestirnos y revestirnos. ¿Qué en el hombre que fue asumido por nuestro Salvador no fue nuevo? Concepción, nacimiento, parto, infancia, doctrina, vida, virtudes: y al final, la cruz y la pasión, despojando en ella a los principados, y teniendo a las fuerzas contrarias en espectáculo: también la resurrección y la ascensión al cielo. Este, pues, verdaderamente fue creado en justicia y santidad de la verdad: porque fue Dios verdadero, Hijo del Dios verdadero, y toda la religión y justicia de Dios en él fue completada con la verdad. Quien, pues, pueda imitar su conducta, y expresar en sí todas las virtudes, y sea manso, como él fue manso y humilde de corazón, y ponga su vida por sus amigos, como él la puso por sus ovejas: azotado no responda: maldecido no maldiga, sino que venza en humildad la soberbia: este se ha vestido del hombre nuevo, y puede decir con el Apóstol: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Gál. II, 10). Y: Sed imitadores de mí, como yo lo soy de Cristo (I Cor. XI, 1). También puede asumir las palabras de Juan: Quien dice que cree en Cristo, debe andar como él anduvo (I Juan II, 6). Pero lo que dice: Que según Dios es creado, no suena lo mismo en latín que en griego. Pues creación en nuestro idioma se dice generación, o nacimiento: pero en griego bajo el nombre de creación, se entiende la palabra hechura y condición. Y lo que en nuestro idioma es condición, en griego suena creación. Por lo cual la herejía, calumniando el nacimiento de Cristo, usurpa el ejemplo de Salomón: El Señor me creó al principio de sus caminos (Prov. VIII, 22). Consideremos, pues, que la creación y la condición nunca se nombran sino en grandes obras. Por ejemplo, el mundo fue creado: una ciudad fue fundada: pero una casa, aunque sea grande, se dice más bien edificada que fundada o creada. Pues en grandes obras y hechuras, se asume la palabra creación. De lo cual se debe advertir que este hombre nuevo, que según Dios fue creado en Cristo, es una gran obra de Dios, y sobresale sobre las demás criaturas: pues se dice que fue creado como el mundo, y el principio de los caminos de Dios, y en el comienzo de todos los elementos.

(Vers. 25.) Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo, porque somos miembros los unos de los otros. No simplemente, como algunos piensan, ni moralmente el Apóstol ordenó, dejando la mentira, hablar la verdad con los prójimos. De lo contrario, si solo hablamos la verdad con los prójimos, cualquiera que no sea prójimo debería escuchar mentiras. Lo cual también está prescrito en la Ley: No codiciarás la mujer de tu prójimo (Éxodo XX, 17). Si se toma prójimo solo como pariente o amigo, se permitirían los adulterios con extraños: pero llama prójimo a todo hombre que ha sido engendrado del mismo padre que nosotros. Lo cual también significa la parábola de aquel que descendía de Jerusalén a Jericó, que cayó en manos de ladrones: y al pasar el sacerdote y el levita, fue curado por el samaritano y llevado al mesonero (Lucas X). Afirma después de esto el Señor que es prójimo aquel que le hizo misericordia, queriendo mostrar que todos los hombres son prójimos de todos. Y esto, así entendido, edifica a los oyentes. Sin embargo, lo que sigue:

Porque somos miembros los unos de los otros, me parece que significa más un misterio, y se refiere a aquellos que son prójimos por la fe y la virtud. Pues no son miembros los unos de los otros, sino los fieles de los fieles, y los cristianos de los cristianos, y los perfectos de aquellos que son de plena y consumada virtud. Por lo cual, el mismo Pablo, perfecto, en otra Epístola decía: Hablamos sabiduría entre los perfectos (I Cor. II, 6). Por tanto, ordena que cada uno hable de las cosas místicas y secretas, y de aquellas que están llenas de la verdad de Dios, con su prójimo, y que un día tras otro proclame la palabra, y una noche a otra declare la ciencia (Salmo XVIII), es decir, que declare las cosas claras y luminosas a aquellos que merecen oír las: Vosotros sois la luz del mundo (Mateo V, 14). Pero las cosas oscuras y envueltas, y veladas por toda la noche de los sacramentos, las refiera a aquellos que también son noche, tinieblas o niebla, de los cuales se dice: Y la oscuridad bajo sus pies (Salmo XVII, 10): sin duda de Dios. Pues también en el monte Sinaí Moisés entra en el torbellino y la oscuridad, donde estaba Dios (Éxodo XIX), y de Dios mismo está escrito: Puso las tinieblas por su escondite (Salmo XVII, 12). Hable, pues, cada uno la verdad y el misterio con su prójimo, y no dé lo santo a los perros, ni eche sus perlas delante de los cerdos (Mateo VII): sino que cualquiera que tenga el aceite de la verdad, los introduzca en la cámara del esposo y en la despensa del rey. Además, lo que dice: Hablad verdad cada uno con su prójimo, sepamos que está tomado del profeta Zacarías (Zacarías VIII, 16).

(Vers. 26.) Airáos, pero no pequéis. Que esto está tomado del cuarto salmo, no hay duda, y parece contrario a lo que se dice en otro lugar: Ahora desechad también vosotros toda ira, enojo, malicia, blasfemia y palabras deshonestas de vuestra boca (Colosenses III, 8). Pero también entendido simplemente, hace daño, mientras se piensa que se han soltado las riendas de la ira. El nombre de ira se toma de manera doble, no solo entre nosotros, sino también entre los filósofos. O cuando, provocados por una injuria, nos agitamos con estímulos naturales: o cuando, calmado el ímpetu y extinguido el furor, la mente puede tener juicio, y sin embargo desea venganza sobre aquel que se cree que ha ofendido. Creo, pues, que se habla ahora de la primera ira, y que se nos concede como a hombres, que nos movamos ante la vista de alguna cosa indigna, y que una suave brisa perturbe la tranquilidad de la mente: pero de ninguna manera nos elevemos con el ímpetu del furor a olas tumultuosas. Nuestro Firmiano escribió un libro sobre la Ira de Dios con un discurso docto y elocuente, que creo que puede ser suficiente para quien lo lea para entender la ira.

No se ponga el sol sobre vuestro enojo. Si entendemos este sol simplemente, que se ve con los ojos de la carne, pecamos cuando nos enojamos y, al ponerse el sol, persiste el enojo. No pecamos, sin embargo, cuando (por ejemplo) desde la primera hora hasta la undécima, enojados, hacemos lo que la indignación, el furor, la ira sugieren. En este sentido, nada me parece más absurdo, como si alguien no pudiera desde el amanecer hasta el ocaso cometer tantos crímenes que no pudiera expiar con lágrimas en toda su vida. ¿O no tiene más lugar la ira durante el día, cuando la noche es descanso del furor, y al llegar el sueño, incluso si nos enojamos, posponemos el enojo para el día siguiente? Porque así como el verdadero sol se pone sobre los malos profetas, según lo que está escrito: Se pondrá el sol sobre vuestros profetas al mediodía (Amós VIII, 9): así también se pone sobre todos los pecadores, sin concederles la luz de su amanecer: ahora el Apóstol ordena que no hagamos cosas, superados por el furor, por las cuales el sol se nos ponga, y el principal del corazón se envuelva en tinieblas. Algunos piensan que esto debe entenderse simplemente, como también aquello del cuarto salmo, de donde parece tomado: Lo que decís en vuestros corazones, y en vuestros lechos compungíos (Salmo IV, 5), es decir, lo que sea que en el día, ya sea en obra, palabra o pensamiento, pequéis, purgadlo con penitencia durante la noche: y que la ira sea breve, y no se ponga para el día siguiente.

(Vers. 27.) Ni deis lugar al diablo. Diabolus es una palabra griega, que en latín se dice calumniador: en lengua hebrea se llama Satan, es decir, adversario, o contrario: y por el Apóstol Belial (II Cor. VI), es decir, sin yugo, porque ha rechazado de su cuello el servicio de Dios: que Aquila tradujo como apóstata. Y se debe saber que dondequiera que en la antigua Ley se escriba hijos de pestilencia, como allí: Los hijos de Elí, hijos de pestilencia (I Sam. II), allí en los volúmenes hebreos Belial, es decir, diablo, se nombra por pestilencia: aunque muchos corruptamente leen Beliar en el Apóstol en lugar de Belial. No deis, pues, dice, lugar al diablo, que, como león rugiente, busca una entrada por la cual pueda irrumpir. Pues así como el Padre y el Hijo están ante la puerta, y llaman, para entrar y cenar con quien los reciba (Apoc. III): así también el adversario siempre está listo para irrumpir en nosotros, y cuando le damos lugar, entra. Suele, antes de venir, lanzar ciertos dardos, y hacer de la cogitación el precursor de su llegada: si nosotros nutrimos esta cogitación recibida en nuestro corazón, y la hacemos crecer, cuando vea que su prole ha crecido en nosotros, él mismo se atreverá a entrar. Finalmente, en el corazón de Judas Iscariote, lanzó la primera flecha, para que entregara al Salvador, que si aquel miserable no la hubiera acogido, nunca después de mojar el pan en el plato, habría entrado en él Satanás. Y también observad diligentemente esto, que el diablo no encontró lugar para entrar en Judas, cuyo pecho ya había herido antes, sino en el banquete del Salvador (Juan XIII). Porque entonces, más que nunca, se nos entrega a su poder, cuando ni por humanidad, ni por clemencia, ni por mansedumbre somos vencidos por aquel a quien indignamente odiamos. A esto que ahora ordena, ni deis lugar al diablo, se compara aquello del Eclesiástico: Si el espíritu del que tiene poder se eleva sobre ti, no le des tu lugar (Eclo. X, 4). Aquel soberbio y temerario quiere ascender, quiere subir: pero incluso si te considera oprimido, y se exalta, tú no le des lugar. Pues el poder del diablo no está en su temeridad y jactancia, sino en tu voluntad.

(Vers. 28.) El que robaba, no robe más: antes bien trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga que compartir con el que necesita. Porque aquellos que se ocupan en los negocios de esta vida, por los alimentos y usos necesarios se ven obligados a comprar o vender algo, y buscar ganancias en el comercio: y es difícil que incluso aquellos que han sido liberados de otras pasiones, como la fornicación, la idolatría, el adulterio y el homicidio, no estén sujetos a este vicio. Por eso ahora advierte a los efesios que no incurran en el crimen de robo bajo el pretexto de ganancia. Llamando robo a todo lo que se busca en detrimento de otro. Y es justo que cada uno, trabajando con sus manos y obteniendo su sustento con esfuerzo, comparta con los que no tienen. Y no dice: Antes bien trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que no necesite, y tenga sustento, y no cause molestia a nadie: sino, Trabaje, dice, con sus manos lo que es bueno, para que tenga de qué compartir con los necesitados. Por tanto, quien trabaja solo para no necesitar, y retrae su mano de los demás: aunque se aplauda a sí mismo, no ha cumplido el precepto del Apóstol. Pero también puede entenderse más profundamente: el que robaba, no robe más, y lo demás: por aquello que está escrito sobre los falsos profetas: Que roban las palabras cada uno de su prójimo (Jeremías XXIII, 30). Y en el Evangelio: Todos los que vinieron antes de mí, ladrones son y salteadores (Juan X, 8). Y a los Romanos: Tú que predicas que no se debe robar, robas (Romanos II, 21): que se nos prohíbe cometer robos espirituales. Pues lo que sigue: antes bien trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, no puede referirse dignamente a las necesidades de esta vida: para que se llame bueno a lo que es percedero y pertenece a la riqueza de iniquidad. Aunque el justo tenga riquezas obtenidas sin engaño, será suficiente si no se llaman malas: pero no pueden ser llamadas buenas. Por tanto, obra bien quien se aparta del mal, y hace el bien, y trabaja en el campo de su alma, para llenarse de panes espirituales, y pueda prestar al hambriento, y sostener al necesitado, dando en su tiempo alimento a sus consiervos: si es tal quien obra bien: entonces también aquel que roba, consecuentemente roba palabras y

doctrinas, viviendo del robo, cosiéndose almohadillas de robo, y recogiendo retazos de Escrituras aquí y allá, para poder hacer una túnica rasgada, que es de abajo, no de arriba. Pues la túnica de la Iglesia, es decir, el cuerpo de Cristo, está tejida de arriba, y no es de ninguna parte cosida, que ni siquiera los enemigos pueden rasgar.

(Vers. 29.) Ninguna palabra mala salga de vuestra boca. Sino si alguna buena, para edificación de la oportunidad, para que dé gracia a los oyentes. La buena palabra es para edificación de la oportunidad, dando gracia a los oyentes, que enseña a seguir las virtudes, a huir de los vicios. Mala, la que incita al pecado, y más bien incita a los propensos a la ruina. En lugar de lo que hemos puesto, para edificación de la oportunidad, esto es lo que se dice en griego, τῆς χρείας en los códices latinos el intérprete lo ha cambiado por eufonía, y ha puesto, para edificación de la fe. Cada vez que alguien progresa por nuestra palabra, y según la oportunidad del lugar, tiempo y persona edifica a los oyentes, una buena palabra ha salido de nuestra boca. Pero cada vez que hablamos, ya sea fuera de tiempo, o en un lugar inoportuno, o no como conviene a los oyentes, tantas veces una mala palabra sale de nuestra boca, para destrucción de los que oyen. Consideremos, pues, lo que hablamos, porque por toda palabra ociosa, daremos cuenta en el día del juicio (Mateo XII). Y aunque no dañemos, si no edificamos, debemos pagar la pena de la mala palabra.

(Vers. 30.) Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. La tristeza del Espíritu Santo debe entenderse como la ira de Dios y el sueño, y otras pasiones en similitud humana. No porque el Espíritu se contriste, y la divinidad sienta alguna perturbación: sino para que por nuestras palabras, aprendamos los afectos de Dios, que se entristece cada vez que pecamos, y llora por los pecadores. Pues también el Salvador en el cuerpo lloró por Jerusalén (Lucas XIX), y deplora a todo el género humano en el profeta, diciendo: ¡Ay de mí, alma, porque ha perecido el que vuelve de la tierra! Y no hay quien corrija entre los hombres: todos son juzgados en sangre (Miqueas VII). Y en Ezequiel enumerando las obras de la ciudad santa, dice: En todas estas cosas me contristabas (Ezequiel XX). Hemos sido sellados con el Espíritu Santo de Dios, para que nuestro espíritu y alma sean impresos con el sello de Dios, y recibamos aquella imagen y semejanza a la que fuimos creados al principio. Este sello del Espíritu Santo, según el dicho del Salvador, es sellado por Dios. Porque a este, dice, lo ha sellado Dios el Padre (Juan VI, 27). Por tanto, es sellado por el Padre, con el Espíritu Santo, todo aquel que, por haber creído en Dios, ha sido sellado, porque Dios es verdadero. Quien por eso es sellado, para guardar el sello y mostrarlo en el día de la redención, puro y sincero, y de ninguna parte mutilado, y por ello pueda ser contado entre los que han sido redimidos.

LIBRO TERCERO.

Bastante abundantemente, oh Paula y Eustoquio, he disertado sobre el argumento de la Epístola de Pablo a los Efesios, en el prefacio del primer libro: y esparcidamente donde se ha dado la ocasión, aunque brevemente, he mostrado que el bienaventurado Apóstol no escribió tan místicamente a ninguna de las Iglesias y reveló los sacramentos ocultos por siglos. Ahora, pues, ya que sostenido por las oraciones vuestras y de la santa Marcela, he dictado el tercer, es decir, último libro sobre la misma Epístola, me parece justo que también enseñe que la etimología del mismo nombre concuerda con el sentido que he expuesto arriba. Éfeso se interpreta en lengua latina como voluntad, o mi consejo en ella, o ciertamente mi alma en ella. La voluntad y el consejo, y el alma de Dios están en aquel que puede decir: Porque él me dio el conocimiento de todo (Eclesiástico I, y I Juan V), y cuando las cosas inciertas y ocultas de la sabiduría de Dios le han sido reveladas, recibirá el testimonio del que habla: He hallado a David de Belén, hijo de Jesé, un hombre conforme a mi corazón, que hará todas mis

voluntades (Hechos XIII, 22). Un hombre de este tipo también lo significa el profeta Oseas, diciendo: ¿Quién es sabio y entenderá estas cosas, prudente y las reconocerá? (Oseas XIV, 10). Pero para que sepáis que hay mucha distancia entre el justo simple y el justo sabio, considerad qué gloria alcanzará cada uno en la resurrección de los muertos. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se levantarán: unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión eterna. Y los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento, y de los justos muchos como las estrellas para siempre (Daniel XII, 2). Resplandecerán, dice, los justos como las estrellas para siempre: y los entendidos, es decir, los que tienen conocimiento de las Escrituras, como el resplandor del cielo. No porque un hombre docto no deba también ser justo: sino porque quien es justo, si no es instruido, está tan lejos del justo sabio, como el resplandor de las estrellas del resplandor del firmamento. Que si alguien solo instruido en la meditación de la ley, descuida su vida, y no se atreve a decir: De tus mandamientos he entendido, por eso me dirigía a todos tus mandamientos (Salmo CXVIII, 10), este como bronce que resuena, y címbalo que retiene, y sal insípida, será pisoteado en el estiércol (I Cor. XIII, Marcos IX, y Lucas XIV). Si se diera la opción de cada uno (dejando de lado a aquel que tiene sabiduría y justicia), yo preferiría más la rusticidad justa, que la malicia docta. Porque en uno, aunque menor, sin embargo hay gloria, ser igual al resplandor de las estrellas: en el otro según el progreso del conocimiento, hay mayores castigos. Los poderosos sufrirán tormentos (Sabiduría VI, 7); y: El siervo que supo la voluntad de su señor, y no la hizo, recibirá muchos azotes (Lucas XII, 47). Esto por tanto, para enseñar por qué el alma y el consejo, y la voluntad de Dios, suenan en el nombre de los efesios: que, dejando las artimañas de las artes mágicas, trasladaron el celo del error al estudio de la verdad. Por cuya salvación Pablo luchó con tanto esfuerzo, que escribió a los corintios: Si según el hombre luché con bestias en Éfeso: ¿qué me aprovecha si los muertos no resucitan? (I Cor. XV, 32). ¿Cuáles son esas bestias? Sin duda aquellas de las que el salmista ora diciendo: No entregues a las bestias el alma que te confiesa (Salmo LXXIII, 13). Y en otro lugar: Reprende a las fieras del cañaveral (Salmo LXVII, 31). Pues nuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor (I Pedro V, 8). Que cuando vio que la principal ciudad de Asia era arrebatada de sus fauces por la doctrina de Pablo, con todos los ejércitos de sus secuaces congregados, intentaba oprimirlo, y elevándose con insolencia, quería como águila poner su nido sobre él (Isaías XIV, Proverbios IV). Lo cual sintiendo el Apóstol, y guardando su corazón con toda diligencia (pues no ignoraba sus astucias), después de la victoria, aunque no incruenta, hablaba: No queremos que ignoréis, hermanos, acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia: que fuimos abrumados sobremanera, más allá de nuestras fuerzas, de modo que nos cansamos incluso de vivir (II Cor. I, 8). Pero que la Epístola se envíe por Tíquico, concuerda mucho con los sacramentos de la misma Epístola (I Tes. IV). De los cuales también se preanuncia el título del noveno salmo, por los arcanos del hijo. Pues Tíquico se interpreta como silencioso: no arrojando perlas ante los cerdos, ni dando lo santo a los perros: y hablando libremente a Dios. En mi corazón he guardado tus palabras, para no pecar contra ti (Salmo CXVIII, 11).

(Vers. 31.) Toda amargura, ira, enojo, gritos y blasfemias sean quitados de vosotros, junto con toda malicia. La amargura es contraria a la dulzura: de ahí que se les llame amargos a unos y dulces a otros. De esto también habla Jeremías, diciendo: "Y tu amargura subió sobre mí" (Jeremías XV, 17). La furia es el comienzo de la ira, y es la indignación que hierve en el alma. La ira, de la cual la amargura y la furia son tipos, es aquella que, una vez apagada la furia, desea venganza y quiere dañar a quien considera que le ha hecho daño. Aunque estas emociones se atribuyen a Dios, como en "Señor, no me reprendas en tu furia, ni me castigues en tu ira" (Salmo VI, 1), no deben considerarse perturbaciones del ánimo como en nosotros,

porque en Él todo está moderado y ordenado, y el castigo con el que se corrige a los pecadores se llama con nuestras palabras. Pero si nosotros nos enojamos, nos perturbamos y, llevados por la furia, dejamos de ser nosotros mismos. Por lo tanto, toda amargura, furia e ira deben ser completamente eliminadas de nosotros. Pues en el Evangelio se dice: "Cualquiera que se enoje con su hermano sin causa, será culpable de juicio" (Mateo V, 12), y es inútil añadir "sin causa", porque ni siquiera con causa se nos permite enojarnos, como claramente dice ahora el Apóstol: "Amargura, furia e ira sean quitadas de vosotros". Y el Salmo treinta y seis elimina toda conmoción del alma en general: "Deja la ira y abandona la furia". Porque si la ira desea venganza, y toda venganza quiere devolver el mal a quien cree que le ha hecho daño, y el cristiano no debe devolver mal por mal, sino vencer el mal con el bien (I Pedro III, y Romanos XII, 19). Y: "Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor" (Deuteronomio XXXII, 35): todo el que se enoja, peca: "La ira del hombre no obra la justicia de Dios" (Santiago I, 20). Después de la amargura, la furia y la ira, también se prohíben en nosotros el clamor y la blasfemia. Porque quien una vez ha sido superado por la furia, necesariamente estalla en clamor, y agitado y rugiendo, es llevado de un lado a otro como una hoja por el viento, y dice: "¡Oh, iniquidad de las cosas! ¡Oh, injustos juicios de Dios!" y otras cosas que suelen decir quienes, por la furia de la indignación, han perdido el juicio de la mente. Además, la blasfemia no solo es abierta y nace de la ira, sino que también se pronuncia sin ira, con la mente calmada: si alguien se queja de la gobernación de este mundo y dice: "Esto no debería haber sido así, aquello debería haber sido de esta manera", o ciertamente, estando en la Iglesia y creyendo en Dios, cae en dogmas que no es lícito ignorar: pensando de manera diferente sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de lo que la verdad de la cosa tiene; no creyendo en la resurrección de los muertos como enseñan las Escrituras; o ciertamente envidiando la sabiduría ajena, recordando mal a quien es de la fe católica, y nuevamente testificando que un hereje es católico por la adulación con la que le obedece: quien llama dulce a lo amargo y amargo a lo dulce. Por lo tanto, debemos leer las Escrituras con todo esfuerzo y meditar en la ley del Señor día y noche: para que, como cambistas aprobados, sepamos qué moneda es genuina y cuál es falsa. Además, eliminemos de nosotros la amargura, la furia, la ira, el clamor y la blasfemia, de modo que sean quitadas con toda malicia. La malicia debe entenderse como contraria a la virtud, a la que llamamos con otro nombre vicio, o como malignidad y maldad, que se perciben en la tergiversación y la astucia.

(Cap. V.---Vers. 1.) Sed bondadosos y misericordiosos unos con otros: perdonándoos a vosotros mismos, como también Dios en Cristo os perdonó. Antes habíamos dicho que la dulzura es contraria a la amargura, la cual ahora el Apóstol llama con otra palabra *χρηστότητα*, es decir, suavidad más que bondad: ordenando que, habiendo condenado toda amargura, furia, ira, clamor, blasfemia y agitación turbulenta con cierta severidad de rostro, seamos clementes y amables: e invitemos a los hombres a nuestra familiaridad, para que nadie tema acercarse a nosotros: esta familiaridad se adquiere principalmente a partir de la misericordia. Y no dejando de tener lo que damos a otros, sigue: "Perdonándoos a vosotros mismos": porque lo que se hace bien a otro, se devuelve más a quien lo hizo que a quien se le dio. Quien se compadece del pobre, él mismo será saciado: y quien le da, presta a Dios. O ciertamente debe entenderse que en el hecho de que somos suaves y misericordiosos, y dejando las perturbaciones que nos inquietaban, hemos pasado a la mansedumbre y templanza, se nos ha dado y concedido a nosotros mismos, al convertirnos de malos en buenos, y nos damos a nosotros mismos lo que Dios Padre nos dio en Cristo. Porque si, dejando los vicios, seguimos las virtudes: y todas las virtudes, sabiduría, verdad, justicia, mansedumbre, y las demás se refieren a Cristo: cuando tengamos estas virtudes, también las adquirimos para nosotros mismos con nuestro esfuerzo, y nos hacemos tener lo que Dios nos dio en Cristo. Otro, sin embargo, tomará lo que dice, "perdonándoos a vosotros mismos",

simplemente, como se dice arriba: "Sed suaves unos con otros": así también se dice ahora, "perdonándoos a vosotros mismos": por lo que es, perdonándoos mutuamente: para que así como Dios nos perdonó nuestros pecados en Cristo, también nosotros perdonemos a quienes han pecado contra nosotros. Y para probar que el perdón de los pecados en las Escrituras se llama donación, tomará el ejemplo que se escribe en Lucas, donde un acreedor tenía dos deudores, uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta (Lucas VII), a quienes perdonó a ambos, y a la pregunta del Salvador, aquel que fue interrogado respondió que tenía mayor gratitud aquel a quien más se le perdonó. También se dice en la Oración Dominical: "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo VI, 12). Dios nos perdonó en Cristo, no estando fuera, sino habitando en Él: porque el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre. Y no por eso aquel en quien se perdona es menor que aquel que perdona en sí mismo: porque también el Apóstol dice: "Y yo, si algo os he perdonado, en la presencia de Cristo y de Dios" (II Cor. II, 10).

Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos amadísimos. Quien entiende cómo se dijo: "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto" (Mateo V, 48), sabrá también cómo se dice ahora: "Sed imitadores de Dios" (I Cor. IV, 16). Y escribiendo a los Corintios dice: "Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo" (I Cor. XI, 1). No podían convertirse inmediatamente en imitadores de Cristo; pero era grande para ellos si podían ser imitadores del imitador. A los Efesios, sin embargo, como a aquellos a quienes ya había enseñado tantos misterios, no dice, "Sed imitadores míos", ni "imitadores de Cristo", sino "imitadores de Dios". No porque sea menos ser imitador de Cristo que de Dios (pues Cristo es Dios), sino porque es diferente imitar según el hombre que según Dios. Porque aunque conocimos a Cristo según la carne antes; ahora ya no lo conocemos según la carne. Y el mismo Salvador habla, mostrando la humildad de la dispensación: "Lo que el Padre hace, el Hijo lo hace igualmente" (Juan V, 19). No porque el Padre haya hecho un cielo y una tierra, y a semejanza de ellos, otro cielo y otra tierra, y los demás elementos hayan sido hechos por Cristo; sino porque lo que el Padre obra, el Hijo también lo obra. En lo que podemos ser semejantes a Dios, lo ha testificado antes, diciendo: "Perdonándoos a vosotros, como también Dios en Cristo os perdonó". No creo que en todo lo que Dios ha hecho, el hombre pueda imitar a Dios: pero, por ejemplo, así como Él es clemente y hace llover sobre buenos y malos, y lo demás: así también derramemos nuestra bondad sobre todos los hombres. Cuando hagamos esto, seremos hijos amados, ya sea de Pablo mismo, o, lo que creo mejor, de Dios.

(Vers. 2.) Y caminad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio a Dios en olor de suavidad. Quien lucha hasta la sangre contra el pecado por la salvación de otros, de modo que entrega su vida por ellos: este camina en amor, imitando a Cristo, quien nos amó tanto que soportó la cruz por la salvación de todos. Porque así como Él se entregó por nosotros, así también aquel que muere voluntariamente por quienes puede, lo imitará, quien se entregó al Padre como ofrenda y sacrificio en olor de suavidad, y él mismo se convertirá también en ofrenda y sacrificio a Dios en olor de suavidad.

(Vers. 3, 4.) Pero la fornicación y toda impureza, o avaricia, ni siquiera se nombren entre vosotros, como conviene a los santos: ni obscenidad, ni necedades, ni chistes groseros, que no convienen; sino más bien acción de gracias. Si no hubiera existido algún filósofo cínico que enseñara que toda excitación de la carne y flujo de semen proveniente de cualquier roce o contacto no debe evitarse en su momento, y algunos sabios del mundo hubieran consentido en esta turpe y vergonzosa herejía: nunca el santo Apóstol, escribiendo a los Efesios, habría unido a la fornicación toda impureza, y a la impureza habría añadido la avaricia: no aquella por la que deseamos acumular dinero, sino aquella de la que hablamos antes: "que nadie

defraude ni engañe en este asunto a su hermano". Que insaciable e insatisfecho, recorra todos los géneros de obscenidades y lascivia. "Como conviene", dice, "a los santos". De lo cual no puede llamarse santo quien, fuera de la fornicación, se encuentra en alguna impureza y avaricia de placeres que le han deleitado. Si alguien piensa que la avaricia no debe entenderse en el sentido que hemos dicho, que dé razones de por qué ha puesto la avaricia en medio de la fornicación, la impureza, la obscenidad, las necedades y los chistes groseros de manera extraordinaria. Además, creo que las necedades no solo son de aquellos que cuentan cosas obscenas para provocar risa, y con simulada estupidez más bien se burlan de aquellos a quienes desean agrandar: sino también de aquellos que se consideran sabios del mundo, y discutiendo sobre cosas físicas, dicen que han comprendido claramente las arenas de las playas, las gotas del océano, y la extensión de los cielos y el punto de la tierra. También hay necedades en la Iglesia. Si alguien piensa que el cielo está curvado como una bóveda, engañado por el discurso de Isaías que no entiende: también un trono colocado en los cielos, y sobre él sentado Dios, y en el rito de un emperador y juez, ángeles de pie alrededor, que obedecen las palabras del que manda, y son enviados a diversas funciones (Isaías VI). Pero como sigue la necedad la escurridad: más bien la necedad debe trasladarse a fábulas tontas e ineptas. Entre la necedad y la escurridad hay esta diferencia, que la necedad no tiene en sí nada sabio y digno del corazón del hombre. La escurridad, sin embargo, desciende de una mente prudente, y busca deliberadamente ciertas palabras urbanas, rústicas, obscenas o ingeniosas, que podemos llamar con otra palabra jocosidad, para provocar risa en los oyentes. Pero también esto debe ser completamente rechazado por los hombres santos, a quienes más bien conviene llorar y lamentarse, como también leemos en el Evangelio hebreo, el Señor hablando a los discípulos: "Y nunca", dice, "estéis alegres, a menos que veáis a vuestro hermano en amor". Hasta aquí parece que no ha introducido nada fuera del propósito y fuera de la consecuencia, ni del texto del orden. Pero esto que sigue, y que está puesto al final: "Sino más bien acción de gracias", alguien podría preguntar y decir qué significa después de prohibir la fornicación, la impureza, la lascivia, la obscenidad, las necedades y la escurridad, la acción de gracias. Porque si una vez le fue permitido poner cualquier virtud, podría haber dicho, pero más bien justicia, verdad, amor. Así como esto es inconsecuente, también aquellas podrían haber sido inconsecuencias, y no tendrían orden con la misma licencia. Quizás, entonces, la acción de gracias en este lugar no se nombra como aquella por la que damos gracias a Dios, sino como aquella por la que somos llamados gratos o graciosos, y falsos entre los hombres. Porque no conviene que un cristiano sea necio y escurrido. Pero conviene que su discurso esté sazonado con sal, para que tenga gracia ante los oyentes. Y porque no es costumbre, excepto entre los doctos entre los griegos, decir εὐχαριστίαν, para distinguir la Eucaristía, es decir, ser grato o gracioso, y dar gracias: por eso creo que el Apóstol, como hebreo de hebreos, usó una palabra vulgar, y quiso explicar su sentido con la significación de otra palabra: especialmente cuando entre los hebreos se dice con una sola palabra ser grato y dar gracias. Por eso también creo que está escrito en los Proverbios: γυνὴ εὐχάριστος ἐγείρει ἄνδρι δόξαν, mujer grata suscita gloria al marido (Proverbios XI, 16), por lo que es, gratiosa: pareceríamos forzar la Escritura, y audazmente tomar a una mujer que da gracias por una gratiosa, si también las demás ediciones no concordaran con nuestra opinión. Porque Aquila, Teodocio y Símaco han puesto así, γυνὴ χάριτος, es decir, mujer gratiosa, y no εὐχάριστος, que se refiere a la acción de gracias.

(Vers. 5.) Sabed esto, que ningún fornicador o impuro, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Es notable que de los seis vicios prohibidos anteriormente, fornicación, impureza, avaricia, obscenidad, necedades, escurridad, ahora solo mencione tres, fornicación, impureza, avaricia: a quienes si alguien es sujeto, no puede tener herencia en el reino de Cristo y de Dios. Porque si el necio y el escurrido fueran excluidos del reino de

Dios, ¿cómo la sentencia parecería ser cruel, no perdonando la debilidad de la fragilidad humana, cuando incluso por una broma nos condenarían las palabras? Porque quien no tropieza en palabra es perfecto (Santiago III, 2). Ni diciendo esto, damos lugar a la necedad y la escurridad, mientras no se excluyen del reino, pero así como en la casa del Padre hay muchas moradas, y una estrella difiere de otra en gloria (Juan XIV; I Cor. XV): así también la resurrección de los muertos: aunque alguien esté libre de fornicación, impureza y lascivia: sin embargo, si es necio y escurrido, no ocupará el lugar que habría poseído si no tuviera estos vicios. Que responda alguien: Está bien que la necedad y la escurridad no tengan la misma culpa que la fornicación, la impureza y la avaricia: ¿acaso no debería haber nombrado también la obscenidad con los tres superiores? A lo que se debe decir que la obscenidad aquí significa el pensamiento oculto, cuando nuestro sentido se inflama hacia la lujuria, y el alma encendida por las excitaciones de la carne se enciende, y sin embargo se refrena por el temor de Dios y el juicio de la mente. De hecho, también antes, sin la obscenidad, mencionó tres juntos, diciendo: "Pero la fornicación y toda impureza y avaricia, ni siquiera se nombren entre vosotros": y después la obscenidad se enumeró con la necedad y la escurridad. Y así como la necedad y la escurridad: así también esta obscenidad no pierde, ni excluye para siempre del reino. Porque en lo anterior, por lo que leímos en otro lugar: "Que nadie defraude ni engañe en este asunto a su hermano" (I Tes. IV, 6), dijimos que la avaricia se ponía por adulterio: buscamos lo que ahora se dice, "o avaro, que es idólatra", si concuerda con eso o con la interpretación común. Encontramos en muchos lugares de los profetas que la idolatría se llama fornicación. "Fornicaban", dice, "tras sus ídolos" (Oseas IV, 12). Y: "fueron seducidos por el espíritu de fornicación". Por lo tanto, la fornicación también puede entenderse sobre la idolatría. Pero si se toma al avaro como aquel que busca dinero de cualquier manera, deseando tener monedas por medios justos e injustos, y se deleita en la plenitud del mundo, este es idólatra en cuanto a que adora la escultura de la misma moneda, y venera los ídolos grabados en ellas. Así como el dios de los glotones es el vientre, también el dios de los codiciosos puede llamarse justamente el dinero: especialmente cuando en otro lugar el apóstol llama a la codicia idolatría. A esto se debe ver qué quiso decir, diciendo: "En el reino de Cristo y de Dios" (I Cor. X): si acaso hay otro reino de Cristo y otro de Dios: o si el reino es el mismo del Padre y del Hijo. Y si hubiera dicho, en el reino del Hijo y del Padre, vendríamos al Padre por medio del Hijo: y aunque hubiera diversidad de personas, sin embargo, habría una majestad de los que reinan: pero cuando dice, "En el reino de Cristo y de Dios", entendamos a Dios mismo y a Cristo, porque cuando entregue el reino a Dios y al Padre, no será el Padre todo en todos, sino Dios todo en todos. Donde está Dios, tanto el Padre como el Hijo pueden entenderse. Además, lo que decimos del Padre y del Hijo, lo mismo debemos sentir del Espíritu Santo.

(Vers. 6.) Que nadie os engañe con palabras vanas: porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. Las palabras que engañan y suplantán son vanas y vacías. En cambio, las que edifican a los oyentes son plenas, acumuladas, llenas. Porque hay muchos que dicen que no habrá castigos futuros por los pecados, ni tormentos externos que se apliquen: sino que el mismo pecado y la conciencia del delito son el castigo, mientras el gusano en el corazón no muere y en el alma se enciende el fuego, a semejanza de la fiebre que no atormenta externamente al enfermo, sino que, apoderándose del cuerpo, lo castiga sin la aplicación de tormentos externos. A estas persuasiones y trampas fraudulentas las llamó palabras vanas y vacías, que parecen tener cierta floritura de discurso y halagan a los pecadores; pero mientras les dan confianza, más bien los llevan a castigos eternos. Porque de nada se enoja tanto Dios como de que el pecador se enorgullezca y, erguido y rígido, no se incline al llanto ni pida misericordia por su delito. Por estas cosas viene la ira de Dios sobre

los hijos de desobediencia, o insensibilidad: ἀπηθεία puede entenderse más por insensibilidad que por desconfianza. Los hijos de insensibilidad o desobediencia se llaman así, como los hijos de perdición, los hijos de fornicación, los hijos de muerte, los hijos del infierno, y otras cosas similares que se encuentran fácilmente en varios lugares de las Escrituras. (Vers. 7.) No os hagáis, pues, partícipes con ellos. Se hace partícipe o copartícipe de los hijos de desobediencia quien se encuentra en fornicación, inmundicia y avaricia, por las cuales viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. Y es partícipe de ellos por lo que participa y tiene comunión en las malas obras: se llama copartícipe a quien es partícipe con otros: y en el copartícipe se entiende también al partícipe. En el partícipe no se retiene inmediatamente al copartícipe. Observa cuidadosamente la palabra copartícipe y partícipe. Creo que en las Escrituras se toma al partícipe en buen sentido, y al copartícipe siempre en mal sentido. Por ejemplo: Por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros (Sal. XLIV, 8); y en otro lugar: Porque somos hechos partícipes de Cristo: si retenemos firme hasta el fin el principio de nuestra confianza (Heb. III, 14). No recuerdo haber leído en otro lugar, excepto en el presente, copartícipe: y sin embargo, aquí está claramente puesto no en buen sentido, sino en el contrario.

(Vers. 8.) Porque en otro tiempo erais tinieblas: ahora sois luz en el Señor. Si es posible que las tinieblas se conviertan en luz, no es según algunos herejes una naturaleza que perezca y no pueda recibir salvación. Preguntemos, pues, a quienes inventan tales cosas: si todos los impíos son tinieblas o no: de los cuales algunos, cuando por su maldad eran llamados tinieblas, convertidos a mejores cosas, ahora son llamados luz en el Señor. Así como los justos son la luz del mundo, así los impíos consecuentemente serán llamados tinieblas; y los justos, siendo luz, verán la luz en la luz; pero los injustos, siendo tinieblas, son un pueblo que está sentado en tinieblas y no ve nada. La diferencia y distancia entre ellos la entendemos por sus frutos. Porque todo el que hace el mal, odia la luz, y no viene a la luz, es tenebroso, y es hijo de la noche y de las tinieblas. Pero el que hace la verdad y viene a la luz, es luz, y es hijo de la luz y del día (Juan III, 20, 21). Los que son luminosos o tenebrosos se conocen por la luz o las tinieblas del corazón. Sobre esto, podrías preguntar, tal vez por la distinción de aquellos que son luz; pero no son luz en el Señor, se dice de los justos; ahora sois luz en el Señor. También es apropiado que a los efesios, que habían ascendido a la cima del conocimiento, se les escriba que son luz en el Señor. Ni las mismas tinieblas se convierten en luz; ni la luz se transforma en tinieblas; sino que aquellos que por lo que son, merecen el nombre de virtud o de vicio: si se convierten de una cosa a otra, ὁμωνύμως, por las cosas de las que son poseídos, recibirán el nombre de tinieblas o de luz.

Andad como hijos de luz. Si Dios es luz, y en Él no hay tinieblas, los hijos de Dios son hijos de luz. Y si Cristo es la luz verdadera, también sus hijos, a quienes dice: Hijitos míos, aún por un poco estoy con vosotros (Juan XIII, 33), son hijos de la luz verdadera. De lo cual se deduce que son los mismos hijos del Padre Dios, que son hijos de Cristo Jesús.

(Vers. 9.) Porque el fruto de la luz es en toda bondad, justicia y verdad. Contra Marción (que separa al Dios justo del bueno, y piensa que el Creador es justo; y otro, no sé quién, de quien este Cristo que vino es hijo, es solo el Dios bueno) presentemos este testimonio. Porque el fruto de la luz no solo es en bondad; sino en justicia y en verdad. Donde hay bondad, allí también hay justicia: donde hay justicia, allí consecuentemente hay verdad. Por lo tanto, en el buen Padre de Cristo, como ellos también admiten, hay verdad y bondad. Pero donde hay bondad y verdad, allí mismo, y no en otro, como ahora enseña el Apóstol, hay justicia. Que Marción también entienda que el mismo Cristo es llamado bondad, verdad y justicia. Bondad en que no da la gracia según las obras, sino según la misericordia a los que creen en Él.

Justicia en que retribuye a cada uno lo que merece. Y verdad, en que Él solo conoce las causas de todas las criaturas y cosas.

(Vers. 10.) Comprobando qué es lo que agrada a Dios. Todo debe hacerse con consejo, para que cautos y solícitos, hagamos solo lo que sabemos que agrada a Dios: a la manera del más prudente cambista, que prueba la moneda acuñada no solo con el ojo, sino también con el peso y el sonido. Porque en este lugar el contexto del discurso parece estar turbado, y toda la sentencia está llena de escollos, así debe restituirse el orden del discurso: No os hagáis, pues, copartícipes de ellos, comprobando qué es lo que agrada a Dios: porque aunque en otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor: andad como hijos de luz, mostrando el fruto de la luz en toda bondad, justicia y verdad.

(Vers. 11.) Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas. Y a los Gálatas puso el nombre de fruto en el espíritu, y de obra en la carne, diciendo: Manifiestas son las obras de la carne, que son fornicación (Gál. V, 19), y las demás. Pero el fruto del espíritu es amor, gozo, paz (Ibid., 22), y las demás. Ahora, en el presente, llamó infructuosas a las obras de las tinieblas: con las cuales quienes las hacen, se asocian en comunión.

Más bien, reprendedlas. Entre otros mandatos, también poder reprender a los pecadores es de gran libertad. Pero esto puede hacerlo quien no merece oír: Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás sacar la paja del ojo de tu hermano (Luc. VI, 42). Por eso también los profetas, no contaminados por ninguna mancha de pecado, ni con la conciencia cauterizada, podían reprender a los demás que delinquen. De lo cual se debe advertir que puede reprender quien no es reprendido en sí mismo.

(Vers. 12.) Porque lo que ellos hacen en secreto, es vergonzoso aun decirlo. No me parece que el contexto del discurso se mantenga, para que lo que ahora se dice: Porque lo que ellos hacen en secreto, dependa de lo anterior, y se pueda saber a quiénes principalmente se refiere, a menos que se restituya el hipébaton más arriba, y se una a los hijos de desobediencia, para que pueda sonar: porque lo que hacen en secreto los hijos de desobediencia, es vergonzoso aun decirlo, que son fornicación e inmundicia y toda avaricia.

(Vers. 13.) Pero todas las cosas que son reprendidas por la luz se manifiestan: porque todo lo que se manifiesta es luz. Todo, sin duda, lo que se hace en secreto por los hijos de desobediencia: porque estas cosas son reprendidas por la luz y se manifiestan. La luz reprende lo que antes eran tinieblas, y después se han hecho luz en el Señor: para que, al ser corregidos, se cambien a mejor, y cambiados se manifiesten en público, y publicadas sean luz, porque todo lo que se manifiesta es luz.

(Vers. 14.) Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo (o, te nacerá Cristo). Porque las obras de las tinieblas reprendidas por la luz se manifiestan en luz, a los que habían sido reprendidos y transformados, se les dice a los que duermen y a los muertos, porque hicieron obras de tinieblas: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos. Alguien podría preguntar, ¿quién es este que dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos; o de quién es el testimonio que el Apóstol ha usado? Y ciertamente quien está contento con una respuesta simple, dirá que en los profetas ocultos, y en lo que se llama apócrifo, ha leído estas cosas y las ha traído a la luz (como también en otros lugares se ha manifestado que lo ha hecho), no porque apruebe los apócrifos; sino porque ha usado los versos de Arato, Epiménides y Menandro para comprobar en su momento lo que quería. Sin embargo, no todo lo que escribieron Arato, Epiménides y Menandro es santo, porque él testificó que dijeron algo verdadero. Otro dirá que el Apóstol,

como una personificación del Espíritu Santo, recordará estas palabras dichas para exhortar al arrepentimiento. Yo, ciertamente, según mi humilde capacidad, revisando todas las ediciones de las Escrituras antiguas, y los mismos volúmenes de los hebreos, nunca encontré esto escrito. A menos que también digamos esto: como antiguamente los profetas hablaban en la asamblea del pueblo. Así dice el Señor. Y: Porque el Señor ha hablado: así también el Apóstol, lleno del Espíritu Santo, de repente estalló en palabras que Cristo hablaba en él, y dijo: Así dice el Señor. También debe discutirse cómo se dice a uno y al mismo como si estuviera vivo, Despiértate, tú que duermes: y como si estuviera muerto, Levántate de los muertos. Por lo tanto, porque el espíritu del hombre, que siempre recordamos escrito en buen sentido, y el alma de la cual leemos las enfermedades y muertes de los pecados, lo que ahora se dice, Despiértate, tú que duermes, se refiere al espíritu: y lo que sigue, Levántate de los muertos, se adapta al alma. Porque el alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 4). Pero nunca leemos que el espíritu muera. Cristo, por lo tanto, la luz verdadera, nacerá para quien se haya levantado del sueño, y haya sido resucitado de los muertos. Sé que escuché a alguien en la Iglesia discutiendo sobre este lugar, quien en un milagro teatral, mostró al pueblo una forma nunca antes vista, para agradar, diciendo: Este testimonio, dice, se dice a Adán enterrado en el lugar del Calvario, donde fue crucificado el Señor. Que se llamó Calvario porque allí estaba enterrada la cabeza del hombre antiguo: en ese tiempo cuando el Señor fue crucificado, colgaba sobre su sepulcro, esta profecía se cumplió diciendo: Despierta, Adán, tú que duermes, y levántate de los muertos: y no como leemos ἐπιφάσει σοι Χριστός, es decir, te nacerá Cristo; sino ἐπιψάσει, es decir, te tocará Cristo. Porque evidentemente, al contacto de su sangre, y del cuerpo colgante, se vivificará y se levantará: y entonces también se cumplirá aquel tipo en verdad, cuando Eliseo muerto resucitó a un muerto (IV Reyes XIII). Si estas cosas son verdaderas o no, lo dejo al juicio del lector. Ciertamente, entonces dichas al pueblo, agradaron, y fueron recibidas con cierto aplauso y júbilo. Una cosa que sé, hablo, con la interpretación y contexto de este lugar, este sentido no concuerda.

(Vers. 15.) Mirad, pues, cómo andáis con cautela: no como insensatos, sino como sabios. Correctamente se dice a los efesios que anden con cautela, quienes tenían los sentidos ejercitados para discernir el bien y el mal, y probando todo, retenían lo que habían determinado que era bueno. Quien ve cómo anda, y cuán cautelosamente fija su paso, para que no tropiece su pie contra una piedra, y dice: Lámpara es a mis pies tu palabra, Señor (Sal. CXVIII, 105), ciertamente es sabio. No creo que ningún ἰδιώτην, aunque quiera andar con cautela, pueda cumplir este precepto: porque se ha ordenado a los sabios y no a los insensatos. De lo cual entendemos que también los preceptos morales (que muchos consideran manifiestos, porque en el salmo dieciocho se dice: El mandamiento del Señor es claro, iluminando los ojos) necesitan una exposición prudente y circunspecta: porque ese precepto claro, ilumina los ojos de aquellos que, dejando la insensatez, se han dedicado a los estudios de la sabiduría.

(Vers. 16.) Redimiendo el tiempo, porque los días son malos. Quien es sabio, y por eso anda con cautela, redime el tiempo. Redime el tiempo porque los días son malos. Cuando consumimos el tiempo en una buena obra, lo compramos y hacemos propio lo que la malicia de los hombres había vendido. Pero nadie que busque las necesidades de esta vida, y piense en las riquezas y preocupaciones, que el Evangelio llama espinas (Marcos IV, y Lucas VIII), puede redimirse el tiempo. Redimiendo el tiempo, que está en los días malos, de alguna manera lo cambiamos: y convertimos los días malos en buenos, y los hacemos no de este siglo presente, sino del futuro. También puede explicarse de otra manera este lugar: Oh vosotros efesios, a quienes, al levantaros del sueño de este siglo, el sol de justicia, Cristo, ha nacido, andad con cautela y prudencia: y dejando la insensatez, mantened la sabiduría, por la

cual podáis no ser cambiados con la variedad de los tiempos; sino haceros un solo tiempo de la diversidad de los tiempos. Y porque hay muchas persecuciones (pues al principio de la fe, las Iglesias eran casi diariamente acosadas), mantened un solo curso, y sabed que esto debe guardarse, para que no os cambiéis como un necio, como la luna; sino que lo que habéis comenzado una vez, lo mantengáis con firmeza de mente: no sea que si veis a un juez perseguidor, os cambiéis con la voluntad del juez. De nuevo, si viene otro que alabe vuestra doctrina, os confeséis cristianos; pero lo que sois, reservadlo en todo tiempo. Pongamos algún ejemplo de las Escrituras, para que lo que decimos sea más claro. José tenía un solo propósito, agradar a Dios. Esto no se cambió con ninguna variedad de tiempo: ni con la envidia de los hermanos, ni con la condición de servidumbre, ni con las seducciones de la edad, ni con las promesas de la señora, ni con la miseria de la cárcel, ni después con la arrogancia del poder egipcio: sino que siempre fue uno, y redimiendo, como dijimos, la variedad de los tiempos para sí, convirtió los días malos en buenos. Lo mismo debe pensarse de Job, que a través de varias pruebas fue acosado, y ni con las riquezas, ni con las pérdidas, ni con la orfandad, ni con la herida, ni con la reproche de los amigos, ni con la soledad, ni después con la restitución de todos los bienes, fue cambiado. Porque había redimido para sí el tiempo, y había hecho los días malos buenos.

(Vers. 17.) Por tanto, no seáis imprudentes: sino entended cuál es la voluntad de Dios. Porque el tiempo es malo, y, como dijimos antes, debe redimirse, primero debe buscarse la sabiduría, para que por ella podamos entender cuál es la voluntad de Dios. No podemos andar con cautela, a menos que primero entendamos la voluntad de Dios. En toda obra, pues, primero debe considerarse qué quiere Dios: y, habiendo juzgado, después debe hacerse lo que se ha comprobado que le agrada.

(Vers. 18.) Y no os embriaguéis con vino, en el cual hay disolución: sino sed llenos del espíritu. Así como no podemos servir a dos señores, a Dios y a las riquezas (Mat. VI): así no podemos llenarnos del espíritu y del vino al mismo tiempo. Porque quien se llena del espíritu, tiene prudencia, mansedumbre, modestia, castidad. Quien se llena de vino, tiene insensatez, furia, procacidad, lujuria. Esto creo que significa con una sola palabra la disolución. Si algunos lo entendieran, nunca me habrían acusado de temeridad y herejía, por haber dicho que en la conservación de la virginidad el vino debe evitarse por los jóvenes, y no echar aceite sobre la llama, ni aumentar el ardor natural de la carne con estímulos de placer. Pero el vino, en el cual hay disolución, también puede entenderse como aquel del que se dice en el cántico de Moisés: La furia de los dragones es su vino, y la furia de las víboras es incurable (Deut. XXXII, 33): que todos los que están ebrios con el pensamiento de este siglo beben y enloquecen, y vomitan, y caen precipitadamente. Y según la fábula de los Lapitas y Centauros, se llevan a la mutua destrucción. A este vino se opone aquel vino que el Señor promete beber con nosotros en su reino (Marcos XIV). Hemos anotado frecuentemente que el nombre de espíritu, sin adición, se pone en buen sentido: lo cual también ahora parece que debe observarse.

(Vers. 19.) Hablando entre vosotros con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando en vuestros corazones al Señor. Quien se abstiene de la embriaguez del vino, en la cual hay lujuria, y por esto ha sido lleno del espíritu, puede recibir todo espiritualmente: salmos, himnos y cánticos. Lo que diferencia un salmo de un himno y un cántico lo aprendemos plenamente en el Salterio. Ahora, brevemente, se debe decir que los himnos proclaman la fortaleza y majestad de Dios, y siempre admiran sus beneficios o hechos. Todos los salmos que contienen ALLELUIA, ya sea al principio o al final, pertenecen propiamente al ámbito ético, para que a través del órgano del cuerpo sepamos qué hacer y qué evitar.

Quien discute sobre las cosas superiores y explica el orden y la armonía del mundo y de todas las criaturas como un sutil disputador, canta un cántico espiritual. O ciertamente (para que lo que queremos decir sea más claro para los más simples) el salmo se refiere al cuerpo: el cántico se refiere a la mente. Y debemos cantar, alabar y glorificar al Señor más con el alma que con la voz. Esto es lo que se dice: Cantando y alabando en vuestros corazones al Señor. Que los jóvenes escuchen esto: que escuchen aquellos cuyo oficio es cantar en la iglesia, que a Dios se le canta no con la voz, sino con el corazón: no como los trágicos que untan su garganta y fauces con dulces medicinas para que en la iglesia se escuchen modulaciones teatrales y cánticos, sino con temor, con obra, con conocimiento de las Escrituras. Aunque alguien sea, como suelen llamarlo, *κακόφωνος*, si tiene buenas obras, es un dulce cantor ante Dios. Así debe cantar el siervo de Cristo, para que no agrada la voz del que canta, sino las palabras que se leen: para que el espíritu maligno que estaba en Saúl (I Reg. XVI) sea expulsado de aquellos que son poseídos por él de manera similar, y no sea introducido en aquellos que han hecho de la casa de Dios un escenario para el pueblo.

(Vers. 20.) Dando gracias siempre por todo, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo a Dios y Padre. Algo similar está escrito en la primera Epístola a los Tesalonicenses: Estad siempre gozosos, orad sin cesar, dad gracias en todo (I Tes. V, 16, 17). Este precepto solo puede guardarlo quien, por la providencia de Dios, sabe que incluso cinco gorriones, que se venden por un as, son gobernados: de los cuales uno no cae en la trampa sin la voluntad del Padre (Luc. XII). Lo que dice: Dando gracias, y siempre, y por todo, debe ser considerado de dos maneras, para que en todo tiempo y por todo lo que nos sucede, demos gracias a Dios: para que no solo por lo que consideramos bueno, sino también por lo que nos constriñe y va contra nuestra voluntad, nuestra mente estalle en alabanza a Dios, y digamos: Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré: como agradó al Señor, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor (Job I, 21). Esta acción de gracias es observada por hombres prudentes, tanto en general como en particular. En general, para dar gracias a Dios porque el sol sale para nosotros, el día corre, la noche se convierte en descanso, las tinieblas se templan con el resplandor de la luna, y los tiempos cambian y regresan con el orto y ocaso de las estrellas: porque las lluvias nos sirven, la tierra da a luz, los elementos nos sirven: porque tantas variedades de animales han sido dadas, ya sea para llevar, trabajar, comer, vestir, como ejemplo o como milagro: y finalmente, porque hemos nacido, existimos, y en el mundo, como en una casa de un padre de familia poderosísimo, llevamos a cabo la administración, y entendemos que todo lo que hay en el mundo ha sido creado por nuestra causa. En particular, cuando nos alegramos en los beneficios de Dios que nos llegan. Pero esto también lo hace el gentil, el judío, el publicano y el pagano. La virtud propia de los cristianos es dar gracias al Creador incluso en lo que se considera adverso. Si la casa se derrumba, si la esposa y los hijos más amados son capturados o muertos por veneno o naufragio, si perdemos riquezas por proscripción, si innumerables enfermedades y la debilidad siempre esperada de la gota rompen nuestra salud. Aquellos que se consideran más santos suelen dar gracias a Dios por haber sido liberados de peligros o miserias. Pero según el Apóstol, esta es la mayor virtud, que en los mismos peligros y miserias se den gracias a Dios, y siempre digamos: Bendito sea Dios, sé que sufro menos de lo que merezco: esto es poco para mis pecados: nada se me devuelve digno. Este es el ánimo del cristiano, este es el que toma su cruz y sigue al Salvador, a quien ni la orfandad ni las pérdidas debilitan. A quien, como dice Flaco en un poema lírico: Si el mundo se derrumbara sobre él, las ruinas lo golpearían impávido. Pero quien, como hemos dicho, da gracias a Dios y Padre, las refiera a Cristo Jesús, mediador entre Dios y los hombres: porque sin él no podemos acercarnos al Padre.

(Vers. 21.) Sujetos unos a otros en el temor de Cristo. Que escuchen esto los obispos, que escuchen los presbíteros, que escuche todo el orden de los doctores: que se sujeten a sus subordinados, e imiten al Apóstol que dice: Porque siendo libre de todos, me hice siervo de todos, para ganar a todos (I Cor. IX, 19). Y en otro lugar: Servíos por amor los unos a los otros (Gál. V, 13). Por eso él mismo sirvió con el mismo amor a todas las Iglesias de los gentiles. El Salvador también tomó la forma de siervo para servir a sus discípulos, y les lavó los pies (Juan XIII). Esto es lo que diferencia a los príncipes de los gentiles de los cristianos, que aquellos dominan a los súbditos, nosotros servimos, y somos mayores en la medida en que somos los más pequeños de todos. Pero también lo que dice: En el temor de Cristo, debe entenderse de tal manera que la misma sujeción no se haga por la gloria de los hombres, sino por el temor de Cristo, mientras tememos ofenderlo. Otro lo interpretará así: sujetos unos a otros en el temor de Cristo: para que esta sentencia general se divida y se reparta en lo que sigue: Las mujeres estén sujetas a sus maridos; y: Hijos, obedeced a vuestros padres; y: Siervos, obedeced a vuestros amos carnales con temor y temblor: para que no solo la esposa al marido, y los hijos a los padres, y los siervos a los amos; sino también los maridos a las esposas, según el oficio que se les ha mandado: y los padres a los hijos, para no provocarlos a ira: y los amos a los siervos, para que les perdonen las amenazas, y les proporcionen lo necesario, estén sujetos unos a otros: y esto lo hagan por temor a Cristo: para que así como él fue sujeto a sus siervos, así también aquellos que parecen mayores se sujeten a sus menores, devolviendo los oficios que se les mandan. Aquí podemos entender el temor también como εὐλαβεία, es decir, reverencia, que está más cerca de la caridad. No conviene en absoluto a los efesios que hagan algo por temor y no por amor a Cristo.

(Vers. 22, 23.) Las mujeres estén sujetas a sus maridos como al Señor: porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia. Lo que se ha añadido en los ejemplares latinos, estén sujetas, no se encuentra en los códices griegos: ya que se refiere a lo anterior, y se sobreentiende: Sujetos unos a otros en el temor de Cristo, para que resuene ἀπὸ κοινοῦ sujetas, y las mujeres a sus maridos como al Señor. Pero esto se entiende mejor en griego que en latín. Así como la Iglesia está sujeta a Cristo, así la esposa debe estar sujeta a su marido. Porque el mismo principio y sujeción que tienen Cristo y la Iglesia, a este mismo orden están sujetos el marido y la esposa. Pero debe verse que así como en Cristo y en la Iglesia hay una santa unión, así también en el marido y la mujer debe haber una santa unión. Así como no toda congregación de herejes puede llamarse Iglesia de Cristo, ni Cristo es su cabeza, así tampoco todo matrimonio que no se une a su marido según los preceptos de Cristo puede llamarse legítimamente matrimonio, sino más bien adulterio. De otro modo, la esposa está sujeta al marido como a su señor: porque su conversión es hacia él, y él la dominará (Gén. III). Pues Sara también llamaba señor a Abraham (Gén. XVIII). Esta servidumbre voluntaria, cuanto más se somete de buena voluntad, tanto más comienza a ser igual: más aún, con sus servicios somete al que domina. Algunos interpretan este pasaje según la anagogía, diciendo que la esposa se refiere al cuerpo, y el marido al alma. Y así como la Iglesia está sujeta a Cristo, así los cuerpos deben estar sujetos al sentido, y ser reducidos a un solo espíritu, si están unidos al Señor. Porque el que se une al Señor, es un espíritu con él (I Cor. VI, 17).

Él es el Salvador del cuerpo. Porque la naturaleza de la Iglesia es más cercana e inferior a la sustancia de Cristo, por eso creo que se llama cuerpo de Cristo: de cuyo cuerpo Cristo Jesús es el Salvador, es decir, el Verbo, la sabiduría y las demás virtudes en las que se entiende al Hijo de Dios. Busca con curiosidad, si en algún lugar de los volúmenes divinos puedes encontrar el término carne usado para la Iglesia. Pues ahora la Iglesia no se llama carne, sino

cuerpo de Cristo. Por lo demás, es evidente que todo lo que es carne, consecuentemente también es cuerpo: pero no todo lo que es cuerpo, consecuentemente es carne.

(Vers. 24.) Pero así como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo. La Iglesia de Cristo es gloriosa, no tiene mancha ni arruga, ni cosa semejante. Por lo tanto, quien es pecador y está manchado con alguna suciedad, no puede ser llamado de la Iglesia de Cristo, ni decirse que está sujeto a Cristo. Sin embargo, es posible que así como la Iglesia, que antes tenía arruga y mancha, fue restaurada a juventud y pureza, así también el pecador corra al médico (porque no tienen necesidad de médico los sanos, sino los que están mal (Luc. V), y se curen sus heridas, y se convierta en parte de la Iglesia que es el cuerpo de Cristo. También es bastante elegante y cauteloso al hablar a los efesios. Así como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las esposas a sus maridos. Si la esposa debe estar sujeta al marido como la Iglesia a Cristo, habrá una santa unión entre el marido y la esposa, y nunca servirán a las pasiones del cuerpo. Si alguien nos opone lo que está escrito a los corintios: que el marido pague a la esposa lo que le debe, y la esposa al marido (I Cor. VII), debe notar la gran diferencia entre los corintios y los efesios. A aquellos se les escribe como a niños pequeños y lactantes, entre los cuales había disensiones y divisiones, y se oía de fornicación tal como no se oye ni entre los gentiles: y por eso se les concede que después de la oración vuelvan a lo mismo, para que no sean tentados por Satanás: aunque también allí en lo que sigue, dice que no lo hace según su voluntad, sino según συγκατάβασιν, les perdona. Los efesios, en cambio, entre quienes pasó tres años, y les reveló todos los misterios de Cristo, son instruidos de otra manera: y cada uno tiene la libre potestad de seguir a los corintios o a los efesios: y ser salvado o por la servidumbre de los corintios, o por la libertad de los efesios. Ay, dice el Salvador, de las que estén encintas y de las que críen en aquellos días (Luc. XXXI, 25), es decir, del juicio, que son propiamente obras del matrimonio. Por eso debemos esforzarnos con todo trabajo para emular más a los efesios que a los corintios: y no ser sorprendidos como en el diluvio comprando y vendiendo, casándose y dándose en matrimonio; sino con los lomos ceñidos, tengamos lámparas en las manos (Mat. XXIV).

(Vers. 25 y siguientes.) Maridos, amad a vuestras esposas, así como Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla: limpiándola con el lavamiento del agua en la palabra, para presentársela a sí mismo como una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino que sea santa e inmaculada. Aunque el marido y la esposa se aman mutuamente (como se recuerda de aquella esposa de Asdrúbal, que, capturado su marido, se arrojó al incendio de su patria, y otras que no quisieron sobrevivir a sus maridos muertos) sin embargo, un hombre sabio nunca comparará ese amor con el amor de Cristo y la Iglesia. Por lo tanto, este amor debe entenderse como santo, con el que Isaac amó a su esposa Rebeca (Gén. XXIV), que se interpreta como paciencia: y la llevó de la tierra de Mesopotamia, que está rodeada por todas partes por las olas de este mundo, a la tierra de la promesa, para consolarse por la muerte de su madre. Mitigó la pérdida de la Sinagoga con la unión de la Iglesia. Al decir esto, damos ocasión a los herejes que piensan que todas las bodas deben ser repudiadas: y usan principalmente este testimonio. A los cuales se debe responder brevemente, que aquí el Apóstol prohíbe las pasiones y la impureza, y la lujuria entre el marido y la esposa, no la santa unión: de lo contrario, si prohibía completamente el matrimonio, ¿qué necesidad había de decir, vuestras esposas: cuando podría haber dicho: Maridos, amad a las mujeres, o esposas. Vuestras, en efecto, suena propiamente a matrimonio. Y nuevamente en lo que sigue: y los maridos deben amar a sus esposas, como a sus propios cuerpos: y aún más claramente: Quien ama a su esposa, se ama a sí mismo: Nadie jamás odió su propia carne; sino que la nutre y la cuida: porque según el edicto de la antigua Ley, y la renovación del Evangelio, el marido y la esposa se convierten en una sola carne. Por

lo tanto, como hemos dicho, las obras de los hijos están permitidas en el matrimonio. Pero las voluptuosidades que se toman de los abrazos de las prostitutas, están condenadas en la esposa. Al leer esto, todo marido y esposa deben entender que después de la concepción, deben servir más a la oración que al matrimonio. Y lo que en los animales y bestias está prescrito por la misma ley de la naturaleza, que las preñadas no cohabiten hasta el parto, esto en los hombres se deja al libre albedrío, para que haya recompensa por la abstinencia de las voluptuosidades. Pero como según la tropología, dijimos que los maridos son las almas, y las esposas los cuerpos, así debe amar el alma al cuerpo, como Cristo a la Iglesia, para entregarse a sí misma por su salvación, y santificarla con la palabra de la doctrina, para presentársela a sí misma sin mancha ni arruga alguna de vejez: especialmente cuando sabe que será salvada en la resurrección, y verá la salvación de Dios. Tal marido tiene a Cristo como cabeza: y cuando por la salvación del cuerpo se humilla, se hace una sola carne con su esposa, la lleva de nuevo al espíritu, y unido al Señor, deja de ser carne. También es hermoso que haya tomado el ejemplo de las mujeres para la belleza de la Iglesia, hablando de mancha o arruga, porque hablaba del matrimonio. Así como en los cuerpos de las mujeres suelen ensuciarse los lunares, o arrugarse la piel, o variarse con pecas: y este es todo el esfuerzo de las mujeres, para que lo que parece afean se limpie, y presenten a sus maridos la belleza de sus cuerpos: así también las almas deben ser purgadas de toda suciedad de pecados, para que la arruga del hombre viejo se estire en juventud, y se renueve en el hombre nuevo de día en día.

(Vers. 28.) Así también los maridos deben amar a sus esposas como a sus propios cuerpos. Y en Génesis está escrito de la persona de Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne (Gén. II, 23). Y lo mismo se confirma después en el Evangelio, cuando el Señor dice: El que los creó desde el principio, los hizo varón y hembra, y dijo: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa, y serán dos en una sola carne (Mar. XIX, 4, 5). Por lo tanto, como el marido y la esposa son una sola carne, así debemos cuidar a las esposas como a nuestros propios cuerpos. Nadie ama su cuerpo de manera vil, ni se ama a sí mismo por el coito; sino que como un vaso del alma, cuida y nutre el cuerpo, para que al romperse el vaso, lo que contenía no se derrame y se escape. Y también según la letra, mientras la mujer sirve al parto y a los hijos, tiene esta diferencia con el marido, como el cuerpo con el alma. Pero si quiere servir más a Cristo que al mundo, dejará de ser mujer, y será llamada varón, porque todos deseamos llegar a ser un varón perfecto. Pero si también referimos esto a la tropología, amaremos nuestro cuerpo, y los sentidos del cuerpo, de condición inferior al alma, pero por los cuales pasan las disciplinas de las buenas artes y virtudes a la mente.

(Vers. 29.) Quien ama a su esposa, se ama a sí mismo: nadie jamás odió su propia carne, sino que la nutre y la cuida, como también Cristo a la Iglesia. En cuanto a la simple inteligencia, se nos manda ahora que nutramos y cuidemos a las esposas con santa caridad entre el marido y la esposa, para que les proporcionemos alimento y vestido, y lo que sea necesario. Pero se nos puede oponer que no es verdadera la sentencia del Apóstol que dice: Nadie jamás odió su propia carne, cuando los que sufren de enfermedad real, y de tisis, y de cáncer, y de destilaciones, prefieren la muerte a la vida, y odian sus propios cuerpos. Por lo tanto, el discurso debe referirse más bien a la inteligencia tropológica, y digamos que el alma ama esa carne que verá la salvación de Dios, y la nutre y cuida, instruyéndola con disciplinas, y alimentándola con el pan celestial, y regándola con la sangre de Cristo, para que, restaurada y brillante, pueda seguir al varón con libre curso, y no se vea obstaculizada por ninguna debilidad y peso. También es hermoso en la similitud de Cristo que nutre y cuida a la Iglesia, y dice a Jerusalén: Cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste? las almas también cuidan sus cuerpos, para que este

corruptible se vista de incorrupción, y suspendido por la ligereza de las alas, se eleve más fácilmente al aire. Cuidemos, por lo tanto, tanto los maridos a las esposas, como las almas a nuestros cuerpos, para que tanto las esposas se conviertan en maridos, como los cuerpos se conviertan en almas. Y no haya ninguna diversidad de sexos: sino que así como entre los ángeles no hay varón ni mujer, así también nosotros, que seremos semejantes a los ángeles, comencemos ya ahora a ser lo que se nos ha prometido en los cielos.

(Vers. 30.) Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Porque somos miembros del cuerpo de Cristo, y Cristo nutre y cuida a la Iglesia: por eso también nosotros nutrimos y cuidamos nuestra carne, a la que nadie jamás ha odiado. Sin embargo, somos miembros del cuerpo de Cristo: no según la naturaleza de la divinidad eterna, sino conforme a lo que se dignó asumir como hombre. Aunque el mismo hombre que fue asumido tiene la naturaleza de nuestros cuerpos, pero no tiene el mismo origen. Porque nosotros somos formados del semen humano: él nació del Espíritu Santo. También se puede decir de otra manera: Porque el cuerpo de Cristo es la Iglesia, y la Iglesia se congrega de todos los creyentes, Pablo y los efesios son miembros del cuerpo, es decir, de la Iglesia de Cristo.

(Vers. 31.) Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y serán dos en una sola carne. Lo que hemos anotado frecuentemente, que los apóstoles y evangelistas no usaron las mismas palabras de los ejemplos del Antiguo Testamento, que se contienen en sus propios volúmenes, lo probamos aquí también: ya que este testimonio está escrito así en el Génesis: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne (Gén. II, 24). Ahora bien, el Apóstol, en lugar de lo que allí se tiene, ἕνεκεν τούτου, es decir, por esto, puso ἀντὶ τούτου, que en latín no se puede decir con otras palabras: luego, en lugar de su padre y su madre, quitó los pronombres y puso solo padre y madre: y lo que se dice en medio, y se unirá a su mujer, aquí lo omitió por completo, y solo lo que seguía lo unió a lo anterior, y puso, y serán dos en una sola carne. Todo esto lo hemos observado ahora para que también en otros lugares, dondequiera que los testimonios sean como de los profetas y del Antiguo Testamento tomados por los apóstoles, y no se encuentren en nuestros códices, no corramos inmediatamente a las necedades y delirios de los apócrifos, sino que sepamos que están escritos en el Antiguo Testamento, pero no así editados por los apóstoles, y que el sentido es más bien tomado: y que no es fácil, salvo para los estudiosos, encontrar dónde están escritos. Por lo tanto, para exhortar al afecto mutuo entre esposa y esposo, tomó el ejemplo de Adán y Eva. Así como la costilla se toma de Adán y se edifica en esposa: y la misma esposa se reduce de nuevo a una sola carne del esposo: porque quien ama a su esposa, se ama a sí mismo: así también amemos a nuestras esposas. Lo mismo se interpreta alegóricamente en Cristo y en la Iglesia: para que Adán prefigurara a Cristo, y Eva a la Iglesia. Porque el último Adán se hizo espíritu vivificante (I Cor. XV). Y así como de Adán y su esposa nace todo el género humano: así de Cristo y la Iglesia se genera toda la multitud de creyentes. Que hecha un solo cuerpo de la Iglesia, se coloca de nuevo en el costado de Cristo, y llena el lugar de la costilla, y se hace un solo cuerpo del esposo, el mismo Señor pidiéndolo en el Evangelio: Padre, da, que así como tú y yo somos uno: así también ellos en nosotros sean uno (Juan XVII, 21). Preguntemos a Marción con qué consecuencia puede interpretar este lugar tomado del Antiguo Instrumento en Cristo y en la Iglesia, cuando según él la Escritura antigua no pertenece en absoluto a Cristo.

(Vers. 32.) Este es un gran sacramento, pero yo digo, en Cristo y en la Iglesia. No, como muchos piensan, toda la historia que se escribió sobre Adán y Eva en el Génesis puede fácilmente referirse a Cristo y a la Iglesia, sino solo lo que se pone en el lugar presente, es decir: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en

una sola carne. Porque el primer hombre, y el primer profeta Adán, profetizó esto sobre Cristo y la Iglesia: que nuestro Señor y Salvador dejó a su Padre Dios, y a su madre celestial Jerusalén, y vino a la tierra por su cuerpo la Iglesia, y de su costado la fabricó, y por ella el Verbo se hizo carne. Y porque no todos los sacramentos son iguales, sino que hay un sacramento mayor, y otro menor: por eso ahora dice: Este es un gran sacramento: y al mismo tiempo es indicio de su humildad al decir: Yo digo en Cristo y en la Iglesia. Gregorio Nacianceno, hombre muy elocuente y sumamente erudito en las Escrituras, cuando trataba conmigo sobre este lugar, solía decir: Mira cuán grande es el sacramento de este capítulo, que el Apóstol interpretándolo en Cristo y en la Iglesia, no afirma haberlo expresado como lo requería la dignidad del testimonio: sino que de algún modo dijo: Sé que este lugar está lleno de sacramentos inefables, y el corazón divino busca al intérprete. Pero yo, por la pequeñez de mi entendimiento, creo que debe entenderse en Cristo y en la Iglesia: no porque haya algo mayor que Cristo y la Iglesia; sino porque todo lo que se dice de Adán y Eva, es difícil de interpretar en Cristo y en la Iglesia.

(Vers. 33). Sin embargo, cada uno de vosotros ame a su esposa como a sí mismo. Alguien podría pensar que se ordena la misma caridad entre marido y mujer que se ha mandado hacia el prójimo: pues está escrito: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Lev. XIX, 18), y ahora se dice: Cada uno ame a su esposa como a sí mismo. Por lo tanto, será la misma caridad hacia el prójimo y hacia la esposa. Pero si el prójimo, según la interpretación del Salvador, es todo hombre para el hombre: no habrá entonces diferencia alguna en la caridad entre la esposa y cualquier otro ser humano, lo cual es muy absurdo decir. En el prójimo se pone la similitud, para que lo ames como a ti mismo, y desees que sea salvado. En la esposa, sin embargo, el adverbio de comparación, como, no suena a similitud, sino a aprobación y confirmación, con cierto peso. Así como decimos de un hombre: como si fuera un hombre, y está escrito del Salvador: Vimos su gloria, como gloria del unigénito (Juan I, 14). No porque el Salvador tuviera gloria en comparación con otro unigénito: él es el unigénito. Y si hay otro unigénito, no puede llamarse unigénito. Por lo tanto, no necesitaba el ejemplo de otro unigénito: sino que como unigénito, es decir, como le convenía a sí mismo, poseía la gloria. Lo mismo suena el comienzo del salmo setenta y dos, según los griegos: ὡς ἀγαθὸς ὁ Θεὸς τῷ Ἰσραὴλ τοῖς εὐθέσι τῇ καρδίᾳ, que ha sido traducido por nosotros: Cuán bueno es Dios para Israel, para los rectos de corazón (Sal. LXXII, 1)! De lo contrario, según los griegos ὡς, es decir, como, parece significar más similitud que firmeza de las palabras, si no lo escuchas como confirmación, sino como ejemplo. Al mismo tiempo, también debe observarse que el hombre es mandado a amar a su esposa, mientras que la mujer a temer al hombre. Porque al hombre le conviene el amor, a la mujer el temor: al siervo no solo el miedo, sino también el temblor. Por eso también en lo que sigue dice: Siervos, obedeced a vuestros amos carnales con temor y temblor.

La mujer, sin embargo, que tema al hombre. Si el miedo a Dios por temor al castigo no permite que quien teme sea perfecto; cuánto más imperfecta será la mujer, no solo temiendo a Dios, sino también al hombre. Por lo cual se debe investigar si la esposa debe entenderse carnalmente, y el temor de la esposa: ya que frecuentemente se encuentran esposas mucho mejores que sus maridos, y les mandan, y gobiernan la casa, y educan a los hijos, y mantienen la disciplina de la familia: mientras ellos se entregan al lujo y corren tras las prostitutas. Si estas deben gobernar a sus maridos o temerles, lo dejo al juicio del lector. Pero si según la alegoría, como dijimos antes, la esposa se toma en el cuerpo, el hombre en el alma, no es incongruente que ella tema como sierva al hombre, estando en un segundo grado y en una sustancia más vil. Porque, como dice Crispus, usamos más del imperio del alma, del servicio del cuerpo. Quien sigue la simple inteligencia de la mujer y del marido, mostrará que

hay dos significados en la palabra temor. Y dirá uno de los cuales Juan dice: Quien teme, tiene castigo, y quien teme, no es perfecto (I Juan IV, 18). Según el cual también los siervos tienen el espíritu de servidumbre en temor, que se les exige por el Señor diciéndoles: Y si soy yo padre, ¿dónde está mi gloria? y si soy yo señor, ¿dónde está mi temor? (Malaquías I, 6). El otro que entre los filósofos se llama εὐλάβεια, y entre nosotros, aunque no suena plenamente, puede llamarse reverencia. También el profeta conoce el temor de los perfectos, que quien teme, es perfecto, diciendo en el salmo treinta y tres: No hay escasez para los que le temen (Sal. XXXIII, 9). Por lo tanto, se puede mandar aquí a la esposa entendida simplemente que tema, es decir, que reverencie a su marido.

(Cap. VI.---Vers. 1.) Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor: porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre (que es el primer mandamiento con promesa) para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. Dicho ambiguamente, si los hijos deben obedecer a sus padres en el Señor, o ciertamente los hijos obedecen a sus padres en el Señor. Lo cual debe hacerse en ambos casos, para que obedezcamos a esos padres que nos engendraron en el Señor, como fue Pablo y los apóstoles, y hagamos lo que nos manden, y obedezcamos a nuestros padres, de quienes nacimos según la carne, cumpliendo lo que no es contrario a la voluntad del Señor. Al mismo tiempo, también restringiremos a los herejes, que no quieren que el Antiguo Testamento sea del buen Dios, cuyo hijo es Cristo. ¿Con qué razón el Apóstol de Cristo, hijo del buen Dios, usa la Escritura del Creador, y presume la obediencia de los hijos de la Ley antigua? Este testimonio tomado del Éxodo, está allí así: Honra a tu padre y a tu madre, para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra que el Señor tu Dios te dará (Éxodo XX, 12): del cual ahora ha omitido las últimas palabras, que es el quinto mandamiento en el Decálogo. Por lo cual se debe preguntar por qué ahora dice, que es el primer mandamiento: cuando el primer mandamiento es: No tendrás dioses ajenos delante de mí. Por lo cual algunos leen así, que es el primer mandamiento con promesa: como si los otros cuatro mandamientos, que se dijeron antes, no tuvieran promesas, y solo en este se añadiera la promesa, para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra que el Señor tu Dios te dará. Pero me parece que no han observado más sutilmente, y que en el segundo mandamiento también se asocia una promesa. Porque dice: No te harás imagen, ni semejanza alguna de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra: no las adorarás, ni les rendirás culto: porque yo soy el Señor tu Dios, Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, y hago misericordia a millares de los que me aman y guardan mis mandamientos (Éxodo IV, 5). Observa que son palabras de promesa: Haciendo misericordia a millares de los que me aman y guardan mis mandamientos. Quizás entonces, porque el Decálogo fue la primera Ley dada al pueblo que salía de Egipto, cada mandamiento del Decálogo debe llamarse primer mandamiento, en comparación con aquellos preceptos que después fueron escritos en la Ley. Quien intente sostener la exposición anterior, en lo que distinguió, que es el primer mandamiento con promesa, dirá que el mandamiento está separado: Honra a tu padre y a tu madre: y después la promesa puesta en su lugar, para que seas de larga vida sobre la tierra que el Señor tu Dios te dará. En este mandamiento, es decir: No te harás imagen, ni semejanza alguna, no se da la promesa por separado, sino bajo un solo texto y discurso, no tanto como promesa dada, sino como sentencia en alabanzas de Dios, haciendo misericordia a millares de los que le aman y guardan sus mandamientos. De nuevo, quien sostenga que todos los mandamientos del Decálogo son el primer mandamiento, mostrará que la promesa en la que está escrito: para que seas de larga vida sobre la tierra que el Señor tu Dios te dará, no solo pertenece a los que obedecen a sus padres: sino también a otros innumerables preceptos; y tendrá que repetir todos los mandamientos en los que se promete esta recompensa y premio, para que sean de larga vida sobre la tierra que el Señor su

Dios les dará. A quien el intérprete diverso deberá exigir que demuestre que antes de este mandamiento, aquellos que él ha mencionado, están escritos como mandamientos. Si no puede probarlo, en vano recordará que en otros preceptos se ha añadido esta promesa. Después de esto, se debe reconsiderar que por el honor del padre y la madre, no es una promesa judía y carnal, para que los hijos sean de larga vida sobre la tierra que el Señor su Dios les dará. Porque se debe creer que muchos han sido obedientes a sus padres y han muerto pronto, y que los impíos hacia sus padres han llegado hasta la extrema vejez. Que respondan los judíos y los semejantes a los judíos, si la longitud de esta vida está en las promesas, y permanecer mucho tiempo en el cuerpo es felicidad, ¿qué significa aquello en los Salmos: Ay de mí, porque mi peregrinación se ha prolongado! he habitado con los habitantes de Cedar (Sal. CXIX, 7). Y esto de Salomón en el Eclesiastés: He alabado a todos los muertos que ya murieron, sobre los vivos que viven hasta el presente: y mejor es sobre estos dos, el que aún no ha nacido, y no ha visto toda la obra mala que se hace bajo el sol (Ecles. IV, 2, 3); y poco después: Si un hombre engendra cien hijos, y vive muchos años, y son muchos los días de sus años, y su alma se llena de bienes, y no tiene sepultura: he dicho que mejor es sobre él un aborto, porque en vanidad viene, y en tinieblas se cubre su nombre: y ciertamente no ha visto el sol (Ibid., 6), y otras cosas. Porque si se alaban sobre los vivos a los muertos (y según algunos que, antes de descender a estos cuerpos, creen que las almas habitan en los cielos, se dice que es mejor que los dos, el que aún no ha nacido, y toda esta vida es una tentación; y según Job: La muerte del hombre es descanso (Job III, 13): y según el mismo y Jeremías, Maldito el día en que nacemos (Jer. XX, 14), ¿cómo se promete ahora a los que honran a su padre y a su madre que serán de larga vida sobre la tierra que el Señor su Dios les dará? Por lo tanto, se debe buscar la tierra que el Señor promete y da a los que han dejado Egipto espiritual, y con toda paciencia han pasado por los grandes y terribles desiertos de esta vida, y han vencido a los grandes reyes, a quienes el Señor hiere: y han pasado a Judea que fluye leche y miel, y bajo el liderazgo de Jesús, con Jericó cayendo, y Hai devastada, que se interpreta como, abrupto, han llegado a Jerusalén, y se les ha edificado un templo bajo el rey pacífico Salomón (Jos. VI, 8), y poseen la tierra, que está preparada para los mansos: Bienaventurados los mansos: porque ellos poseerán la tierra (Mat. V, 4), que verdaderamente es la tierra de los vivientes, diciendo también el salmista: Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Sal. XXVI, 13). La longitud de esta vida la tiene la sabiduría en su mano derecha, teniendo en la izquierda riquezas y gloria.

(Vers. 4.) Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos: sino criadlos en la disciplina y amonestación del Señor. El pecado de los hijos es no obedecer a los padres, y porque los padres podrían mandar algo perverso, añadió, en el Señor. El pecado de los padres, provocar a ira a los hijos pequeños y lactantes, o ciertamente ya adolescentes y de edad más madura, mandarles cosas que son gravosas. Así como en los hijos se ha demostrado la obediencia y la recompensa de la sujeción: así a los padres se les manda un gobierno moderado, para que no se consideren a sí mismos como superiores a los siervos, sino como a los hijos. Y no contento con este fin del precepto; sino que también añadió: Criadlos en la disciplina y corrección del Señor. Esta corrección que leemos, se dice mejor en griego *νουθεσία*, que suena más a amonestación y educación que a austeridad. Que lean los obispos y presbíteros, que educan a sus hijos en letras seculares, y los hacen leer comedias, y cantar escritos obscenos de mimos, educados quizás con fondos eclesiásticos: y lo que en el tesoro por el pecado una virgen o viuda, o cualquier pobre derramando toda su sustancia había ofrecido, eso...

El gramático y el orador convierten el regalo de Año Nuevo, la ofrenda de Saturnales y el don de Minerva, ya sea en gastos domésticos, en donaciones al templo o en viles prostitutas. El

sacerdote Elí fue santo, pero porque no educó a sus hijos en toda disciplina y corrección, cayó de espaldas y murió (1 Sam. 2). No podía avanzar hacia lo que estaba delante, sino que cayó hacia atrás, y al caer de espaldas con un opistótono incurable, miró hacia Sodoma con la esposa de Lot. Y ciertamente había reprendido a sus hijos, diciendo: "¿Por qué hacéis estas cosas que oigo de vosotros, malas de todo el pueblo? No lo hagáis, hijos míos, porque no es buena la fama que oigo de vosotros" (1 Sam. 2, 23-24). De padres como estos se lamenta Isaías con voz lacrimosa, diciendo: "Y los hijos de extranjeros nacieron para ellos" (Isa. 2). Si esto se lo ordenó a los laicos de Éfeso, y a muchos, como suele ser en el pueblo, ocupados en los negocios de esta vida, para que eduquen a sus hijos en toda disciplina y amonestación del Señor, ¿qué se debe pensar de los sacerdotes, de cuyo orden escribe a Timoteo, diciendo: "Que tenga a sus hijos en sujeción, con toda honestidad" (1 Tim. 3, 4)? Y lo mismo inculca y repite a Tito: "Que tenga hijos fieles, no acusados de lujuria, ni desobedientes" (Tito 1, 6-7); y como si los vicios de los hijos se imputaran a los padres, interponiendo una conexión causal, dice: "Porque es necesario que el obispo sea irreprensible, como administrador de Dios" (1 Tim. 3). No es, por tanto, sin culpa el obispo cuyo hijo no es obediente y está acusado de lujuria.

(Vers. 5, seqq.) Siervos, obedeced a vuestros amos carnales con temor y temblor, y con sencillez de corazón, como a Cristo: no sirviendo al ojo, como quienes quieren agradar a todos, sino como siervos de Cristo, haciendo de corazón la voluntad de Dios: sirviendo con fidelidad como al Señor, y no a los hombres: sabiendo que cada uno recibirá del Señor el bien que haya hecho, sea siervo o libre. El profeta hablando a Jerusalén: "¿A quién temiste del hombre mortal, y del hijo del hombre?" (Isa. 51); y Pedro en su Epístola: "No temáis su temor, sino santificad al Señor Jesús en vuestros corazones" (1 Ped. 3, 14-15); y el Salvador diciendo lo mismo: "No temáis a los que pueden matar el cuerpo, y no tienen más que haceros; sino temed a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno" (Mat. 10, 28); y Salomón también testificando lo mismo. Hijo, honra al Señor, y serás fortalecido; pero no temas a otro fuera de Él (Prov. 7): parece que el Apóstol ordena cosas diferentes para que los siervos obedezcan con temor y temblor a sus amos carnales, y la esposa [o el esposo] para que tema al marido. Y quien responda más sencillamente dirá esto: que estos preceptos no fueron establecidos para siervos perfectos y aquellos que conocieran los secretos de la sabiduría, sino para aquellos que tenían los principios de la fe y necesitaban enseñanzas más humildes. Otro afirmará que quien no tiene el espíritu de servidumbre nuevamente en temor, de ninguna manera está sujeto a esta sentencia, para que obedezca con temor y temblor a los amos carnales, diciendo lo mismo de la esposa, que se le ordena que tema al marido. Por otro lado, un tercero en este lugar, como en el caso de la mujer, pensará que el temor se dice por reverencia: pero se verá restringido por el hecho de que al temor se le añade el temblor. Pues la reverencia puede convenir a la esposa, para que reverente tema al marido. Pero donde hay temblor, el miedo no sonará como reverencia, sino como temor. Por lo tanto, es necesario que en los siervos se añada que después del temor del Señor tengan también temblor, y para distinguir al Señor espiritual, ahora se llama amo carnal: de modo que para el siervo que haya creído en Dios, y aún no haya alcanzado la cima del conocimiento, no sea indecoroso servir al amo carnal con temor y temblor, en la sencillez de su corazón, y así servirle fielmente como a Cristo. No sirviendo al ojo, como hacen aquellos que desean agradar a los hombres, sino para convertir la necesidad en voluntad, y hacer de la servidumbre una recompensa: especialmente cuando el amo de la carne no ordena cosas diferentes a las del Señor del espíritu. Esto es lo que dice: "No sirviendo al ojo, como quienes quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo la voluntad de Dios". Pero también el mismo siervo debe tener fidelidad no forzada, sino espontánea y de corazón: sirviendo así a su amo como a Cristo, de quien recibirá la recompensa fiel de la servidumbre, no menos que si

hubiera servido libremente por voluntad. Al mismo tiempo, también se debe notar que ha añadido diferentes cosas a la obediencia de los hijos y de los siervos. A los hijos dice: "Obedeced a vuestros padres en el Señor"; a los siervos, "Obedeced a vuestros amos carnales con temor y temblor". Así como entre el siervo y la esposa hay una diferencia de miedo, así también entre hijos y siervos la obediencia difiere. Y ordenando bellamente a los siervos que obedezcan a los amos, añadió, "como a Cristo"; y de nuevo, "como siervos de Cristo, haciendo la voluntad de Dios"; para que el siervo no escuche al amo carnal, si quiere ordenar cosas contrarias a los preceptos de Dios. Así como había escrito a los Corintios en su debido tiempo (1 Cor. 7), para que no se produjeran divorcios entre esposos y esposas por ocasión de la fe en Cristo, si uno de los dos quería creer: así a los Efesios y a los Colosenses, porque muchos al principio de la fe pensaban que los amos gentiles debían ser despreciados, ahora establece preceptos moderados de condiciones: para que no parezca incitar a los siervos contra los amos, y nuevamente no enseñe a escuchar a los amos, si ordenan cosas viciosas y nefandas.

(Vers. 9.) Y vosotros, amos, haced lo mismo con ellos, dejando las amenazas: sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que no hay acepción de personas con Él. ¿Cuáles son estas cosas que ordenó a los siervos anteriormente, para que dijera que los amos deben hacer lo mismo que los siervos? Creo que aquellas que dijo, "en sencillez de corazón", y "haciendo la voluntad de Dios", y "de corazón", y "con fidelidad" o benevolencia hacia los siervos, porque εὐνοια puede significar ambas cosas. Porque cada uno recibirá del Señor el bien que haya hecho, ya sea que el siervo haya servido, como se ha dicho, o que el libre haya dominado, como debe ser: para que no sea terrible, no propenso a los golpes: sabiendo que él mismo tiene un Señor en los cielos, con quien no hay acepción de personas, y que solo juzga las voluntades, y según ellas prefiere al mejor sobre el peor, eligiendo las obras, no a los hombres.

(Vers. 10.) Finalmente, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Sé que en griego se ha puesto fortaleza en lugar de virtud, es decir, ἰσχυρὸν: porque virtud entre ellos se llama ἀρετὴ. Pero esta es nuestra costumbre en las Escrituras, que indistintamente llaman virtud a ἰσχυρὸν y ἀρετὴν: especialmente porque la fortaleza del cuerpo se considera virtud del alma. Aunque también entre los filósofos, entre las cuatro virtudes se ha puesto la fortaleza; que evidentemente es del alma, y no del cuerpo. Por lo tanto, lo que dice: "Fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza", se entiende todo en Cristo, para que en todas las virtudes que se entienden sobre Él, quienes crean se fortalezcan. Y prudentemente después de los mandatos especiales, sobre lo que deben observar los hombres y las mujeres, los padres y los hijos, los amos y los siervos, ahora ordena en general a todos en común, que fortalecidos en el Señor y en su poder, se preparen contra el diablo, de quien escribe en lo que sigue.

(Vers. 11.) Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las artimañas del diablo. De lo que leemos más adelante, y de lo que se dice en todas las Escrituras sobre el Señor Salvador, se comprueba clarísimamente que toda la armadura de Dios con la que ahora se nos ordena vestirnos, se entiende como el Salvador; de modo que es lo mismo decir, Vestíos de toda la armadura de Dios; como si dijera, Vestíos del Señor Jesucristo. Porque si el cinturón es la verdad, y la coraza es la justicia: pero el Salvador se llama tanto verdad como justicia, no hay duda de que Él mismo es tanto el cinturón como la coraza. Así que según esto, Él será también la preparación del Evangelio de la paz, y el escudo de la fe, y el casco de la salvación, y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, y la palabra viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos. ¿Qué otras armas de Dios podemos considerar, con las que debe vestirse quien tiene que luchar contra las artimañas del diablo, excepto la virtud, que es Cristo? Porque quien esté vestido de Él según

todo lo que se entiende sobre Él, será capaz de resistir todas las insidias del diablo, y según lo que está ceñido con la verdad, no será fácilmente llevado a los dogmas de falsedad. Según lo que está vestido con la coraza de justicia, no podrá ser perforado por los dardos de la iniquidad. Y cuando esté calzado con los hermosos zapatos en la preparación del Evangelio de la paz, como aquel que ha preparado sus obras al final, y por eso se ha hecho hombre de paz, no hará nada bélico ni tumultuoso, ni será condenado con aquellos que están desprevenidos. La infidelidad también, que es enemiga de la fe, donde está el escudo de la fe, no tendrá poder. La cabeza y lo principal del corazón y del alma, en lo que están situados todos los sentidos, rodeado con el casco de la salvación, no será sacudido. Finalmente, como un hombre guerrero y fuerte, cortará, matará, degollará todas las sectas contrarias a la verdad, sosteniendo en su mano la espada del espíritu, es decir, la palabra de Dios. Por lo tanto, el apóstol queriendo mostrar las múltiples artimañas del diablo, con las que intenta capturarnos, por aquellos lugares en los que no guardamos nuestro corazón con toda vigilancia, las llamó μετοδείας, es decir, invenciones o artimañas. Porque si nos abstenemos de la voluptuosidad de los cuerpos, nos captura poco cautos en la avaricia. Si despreciamos tanto la avaricia como la voluptuosidad, se infiltra a través de la lujuria, y hace que nuestro vientre sea dios, y por esta también conquista aquellas cosas que parecían fuertes. Y así como los sabios príncipes de los ejércitos suelen atacar especialmente aquellos lugares de las ciudades que están poco fortificados, para que cuando irrumpen por ellos, fácilmente conquisten los fortificados; así también el diablo busca irrumpir por aquellos que ve abiertos, o ciertamente no firmemente cerrados, y llegar a la misma fortaleza del corazón y del alma. ¿Y por qué necesito hablar de sus muchas insidias, cuando de estas se pueden conocer también las otras formas de sus artimañas? Diabolus, sin embargo, es un nombre griego, que se interpreta como calumniador. Según la propiedad del lenguaje hebreo, porque la tribu de Zabulón tiene cierta similitud con este vocablo, puede decirse καταρῶν, es decir, fluyendo hacia abajo, porque evidentemente fluyó poco a poco de la virtud al vicio, y cayó de las cosas celestiales a las terrenales.

Porque no tenemos lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra las maldades espirituales en los lugares celestiales. No creo que Pablo, escribiendo a los Corintios, pudiera decir: No tenéis lucha contra la carne y la sangre, a quienes dice: No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana. Pero fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis soportar (I Cor. X, 13). Considero que hay luchas contra la carne y la sangre, que allí se llaman tentaciones humanas, cuando la carne desea contra el espíritu y nos provoca a hacer sus obras: fornicación, impureza, lujuria, idolatría, enemistades, contiendas, celos, iras, riñas, disensiones, herejías, embriagueces, comilonas (Gál. V) y otras cosas semejantes. Sin embargo, no es una tentación humana, ni una lucha contra la carne y la sangre, cuando Satanás mismo, transformado en ángel de luz, intenta persuadirnos para que lo consideremos un ángel de luz, o hace algo similar, con todo poder, señales y prodigios mentirosos, con toda decepción de iniquidad. Pues cuando el enemigo atrapa a alguien para que lo reciba y hable en él, diciendo: "Así dice el Señor", no es como si la carne y la sangre lo engañaran, ni como si fuera una tentación humana, sino como si fueran principados y potestades, gobernadores de las tinieblas y maldad espiritual (Efes. IV). Por lo tanto, no demos lugar al diablo, y si el espíritu del que tiene poder se eleva sobre nosotros, como está escrito, no le demos lugar. Alguien podría decir que lo que dice: No tenemos lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades (Ecl. X, 4), y lo que sigue, se dice para enseñarnos que ni siquiera los vicios que creemos que nos son servidos por la carne, son de la carne o de la sangre, sino que son sugeridos por ciertas maldades espirituales. Hay ciertos demonios que sirven a los amores y a los cantos amorosos, como también menciona el

Profeta diciendo: "Fueron seducidos por el espíritu de fornicación" (Ose. IV, 22). Se dice que incluso tienen ciertos nombres bárbaros, como a menudo han confesado aquellos a quienes el vulgo llama hechiceros, y encantamientos, y oraciones, y colores variados, y diversos tipos de metales o alimentos, a los que se dice que los demonios invocados asisten y capturan almas infelices. Otros provocan iras, furias y guerras; otros presiden enemistades y fomentan odios entre los hombres. Por lo tanto, dicen, el Apóstol quiere enseñarnos: no es de la naturaleza del cuerpo, ni de la materia de la carne y la sangre, que se generan estos tipos de vicios, sino por instigación de los demonios; por eso dice: No tenemos lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, y lo demás. Por eso ahora hemos presentado ejemplos de aquellos que sirven a las infelices artes mágicas y se dice que hacen estas cosas, para refutar la opinión de aquellos que piensan que todos los vicios son de la carne y la sangre, y que los demonios no tienen poder para incitarnos al pecado. Creemos que tal lucha fue la de Jacob, que no luchó contra la carne y la sangre (Gén. XXXI), cuando se quedó solo y luchó con un hombre que lo ayudaba y fortalecía contra otro, luchando con gran sudor. Y al mismo tiempo, ve si no son ridículos aquellos que piensan que Jacob luchó toda la noche en el rito de los luchadores. ¿Qué gran cosa es, si, como dicen, luchando o venció o fue vencido? Pero según la lucha razonable y conveniente del patriarca, se debe creer que tuvo una lucha como la de aquellos que pueden decir: No tenemos lucha contra la carne y la sangre. No es necesario ahora desentrañar todo el misterio de ese lugar, ya que en su lugar, si vivo, se discutirá más plenamente. Sin embargo, buscamos (Consulta las Cuestiones Hebraicas en el Génesis) dónde en el Antiguo Testamento leyó Pablo estas cosas, o con qué autoridad publicó lo que no está escrito. Y conjeturamos por lo que está escrito sobre las batallas y el combate singular, por ejemplo, de David contra Goliat, y de los hijos de Israel contra los extranjeros y otras naciones, en la Ley, y en Josué, y en el libro de los Jueces, y de los Reyes, y de las Crónicas, que el Apóstol entendió más profundamente (I Reg. XVII); y percibió la guerra espiritual de la carnal, en la que luchando fueron vencidos o vencieron, y que los sátrapas de cada lugar eran indicios de las potestades superiores: y que los reyes de las naciones individuales eran imágenes de aquellos que ahora se llaman gobernadores del mundo y de las tinieblas: y que los hombres malos mostraban las maldades espirituales en los lugares celestiales. Y nos parece que el Apóstol dice con otras palabras: Oh efesios, lo que leéis sobre las batallas de Israel contra las naciones parece referirse a la carne o la sangre, por ejemplo, de los egipcios, edomitas, amonitas, moabitas y otras naciones: pero si realmente queréis saber, reconoced que todo eso les sucedía figuradamente (I Cor. X). Pero se escribió para nosotros, sobre quienes han llegado los fines de los siglos, para que entendamos de ellos que no tenemos lucha contra la carne y la sangre, sino contra ciertas potestades espirituales e invisibles, contra los gobernadores de esas tinieblas que se ciernen sobre este mundo, y que ofenden a los hombres con incredulidad, y contra las maldades espirituales que habitan en los lugares celestiales: no porque los demonios habiten en los cielos, sino porque el aire sobre nosotros ha recibido este nombre. Por eso también las aves que vuelan por el aire se llaman aves del cielo. Pues en otro lugar, el Apóstol dice de los demonios que vagan en este aire: "En los cuales anduvisteis en otro tiempo según el siglo de este mundo, según el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia" (Efes. II, 2). Esta es la opinión de todos los doctores, que este aire que divide el cielo y la tierra, llamado vacío, está lleno de fuerzas contrarias. Después de esto, se debe reconsiderar de dónde los principados, potestades, gobernadores de las tinieblas del mundo y las maldades espirituales en los lugares celestiales han recibido el poder para ser lo que son. Y aunque otro diga que el diablo apóstata ha asignado diferentes oficios a sus secuaces, y que Dios no es el autor de estas distribuciones. A lo cual un lector diligente puede oponer: ¿y cómo está escrito: "No hay potestad sino de Dios" (Rom. XIII, 1)? Si se dice de los hombres, ¿cuánto más de aquellos que son de naturaleza más sutil y mejor? Y no inmediatamente quien sienta esto

incurre en el crimen de blasfemia: porque cada uno ha recibido diferentes ministerios según su voluntad. Así como en las ciudades vemos a aquellos que han cometido algún delito, ya sea alimentando bestias, cortando mármoles, limpiando las inmundicias de las cloacas, o presidiendo a los gladiadores, y destinados a derramar la sangre de los condenados: así también los demonios, por la libertad de su propio albedrío, han recibido la provincia de las insidias, fraudes, crímenes y perjurios, y el resto de los vicios, para ser gobernadores de las tinieblas, porque no quisieron ser príncipes de la luz. Estos gobernadores del mundo y de las tinieblas, cuando han luchado contra alguien y lo han hecho caer, inmediatamente lo anexan a su mundo y a sus tinieblas sobre las que gobiernan. Por esta razón, debemos esforzarnos más para que, habiendo escuchado una vez: "Yo os elegí del mundo: ya no sois del mundo: si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo" (Juan XV, 19), no volvamos al mundo, ni nos sometamos a él: sino que el mundo sea crucificado para nosotros, y nosotros para él, para que el gobernador de la luz, Jesús, nos una a su mundo, y nos haga estar bajo el dominio del Padre, rescatados del poder de la maldad espiritual, y del cielo de ellos que pasará, y que no puede llamarse la sede de Dios. Pues es impío creer que las maldades espirituales en los lugares celestiales poseen el cielo del que Dios habla: "El cielo es mi trono" (Isaías LXVI, 1). Así que quien entiende cuántas cosas suceden en este mundo, tanto presentes como ausentes, mientras no podemos verlas, ya sea por el cuerpo de nuestra humildad, frágil y terrenal, en el que el alma está envuelta, o porque la naturaleza más sutil no se revela a los ojos carnales: verá aquí qué son las tinieblas que ahora se mencionan por el Apóstol: que toda esta vida terrenal se llama tinieblas (pues la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan I, 5)), o que la luz y el sentido del alma, el cuerpo terrenal, y el cuerpo de muerte y de humildad, lo oscurecen, cubren y ciegan. Sepamos, sin embargo, que, excepto en este lugar presente, ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento, hemos leído jamás "gobernadores del mundo", que es el término que el apóstol Pablo inventó: porque necesitaba, al discutir con los efesios, adaptar nuevos nombres a cosas nuevas e invisibles. Aún más, debido a lo que dice "en los lugares celestiales", porque parece ambiguo, se puede decir que se entiende en todo, para que el sentido sea: No tenemos lucha contra las potestades en los lugares celestiales, y los gobernadores de estas tinieblas en los lugares celestiales, y las maldades espirituales en los lugares celestiales; y no solo contra las maldades espirituales en los lugares celestiales. Especialmente si entendemos (como ya se ha expuesto anteriormente) cómo se llaman los lugares celestiales debido a las aves del cielo, y lo que se dice en uso común, que la lluvia viene del cielo: no porque la lluvia venga del cielo. Pues los filósofos dicen que las nubes, de las cuales se derraman las lluvias, y la lluvia cae, no están a más de dos mil pasos de la tierra. Según este sentido, también se dice que las cataratas del cielo se abrieron en el diluvio. Sin embargo, cuanto peor sea alguien, más cercano estará a los lugares terrenales y de sustancia más densa. Pues tanto la tierra como el aire que nos rodea tienen su densidad. Algunos dicen que las almas liberadas de los cuerpos, si han sido refinadas en esta vida presente, y, por así decirlo, pulidas por el ejercicio y las virtudes, no habitarán en lugares más densos: sino que estarán cerca de Dios, que es incorpóreo. Si, por el contrario, son tales que se puede decir de ellas: "Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo de corazón pesado?" (Sal. IV, 3), serán arrastradas hacia abajo según el peso de su grosor, y serán abrumadas por su densidad. Después de esto, también se debe discutir si hay algún lugar más denso en esta tierra y aire, que algunos llaman Infierno, donde se dice que habitan los que se llaman infernales. Pero quiénes son estos, y qué parentesco o diversidad tienen con aquellos que se llaman maldades espirituales en los lugares celestiales, no es el momento presente para discutir. Resta que aprendamos más claramente cuál es la diferencia entre la lucha contra la carne y la sangre, y contra los gobernadores de estas tinieblas, y las maldades espirituales en los lugares celestiales, en dos pasajes del Apóstol. Pues cuando quiere indicar las tentaciones humanas, es decir, la lucha contra la carne y la sangre, hablando de ellas con desprecio y

desdén, dice: "¿Quién nos separará del amor de Dios? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito (Sal. XLIII, 22): Por tu causa somos muertos todo el día, somos considerados como ovejas para el matadero. Pero en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó" (Rom. VIII, 35, 56). Pero cuando quiere enseñarnos sobre las potestades adversarias, y los gobernadores de las tinieblas, y las maldades espirituales en los lugares celestiales, comienza como desde otro punto de partida, y dice: "Porque estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo por venir, ni la fortaleza, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor". Tal vez se haya discutido más extensamente de lo que el lector hubiera querido sobre este capítulo: pero, por favor, que perdone la dificultad del mismo lugar y de las personas de los efesios, que después de las artes mágicas debían saber de quiénes habían sido alguna vez engañados.

(Vers. 13.) Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo: y habiendo hecho todo, estar firmes. El día malo, o bien indica el tiempo presente, del cual se dijo antes: "Redimiendo el tiempo, porque los días son malos" (Efes. V, 16), debido a la angustia y los trabajos de esta vida, porque no llegamos a la palma sin sudor y lucha: o ciertamente el de la consumación y el juicio, cuando el diablo, enemigo y vengador, querrá retenernos en su parte, de la cual será liberado quien entiende sobre el pobre y el necesitado: "Porque en el día malo lo librá el Señor" (Sal. XL, 1). Este es el día del que también está escrito en otro lugar: "He aquí, viene el día de la ira del Señor" (Isaías XIII, 9); y en otro lugar: "Porque el día del Señor vendrá incurable, de furor e ira" (Isaías XXII, 6); y de nuevo: "¡Ay de los que desean el día del Señor! ¿Para qué os servirá el día del Señor? Este es tinieblas, y no luz. Como si un hombre huyera de la cara de un león, y se encontrara con un oso: y entrara en su casa, y apoyara sus manos sobre la pared: y lo mordiera una serpiente. ¿No es tinieblas el día del Señor, no luz: y oscuridad sin resplandor?" (Amós V, 18). ¿Cómo no será malo este día, que está envuelto en tinieblas y oscuridad? De lo cual también el profeta Joel menciona diciendo: "Tocad trompeta en Sion: proclamad en mi monte santo: y confúndanse todos los habitantes de la tierra; porque el día del Señor está cerca: porque es un día de tinieblas y torbellino, día de nube y oscuridad" (Joel II, 1). Y Sofonías habla del mismo día diciendo: "Cercano está el gran día del Señor, cercano y muy veloz. La voz del día del Señor es amarga, y dura, y fuerte: día de ira, ese día, día de angustia y necesidad" (Sof. I, 14 y ss.), y lo demás. Después de lo cual añade: "Y afligiré a los hombres, y andarán como ciegos: porque pecaron contra el Señor" (Apoc. XII). Para que alguien pueda resistir al diablo en este día: porque él es el acusador de nuestros hermanos, tome toda la armadura de Dios (pues eso significa "panoplia", no simplemente "armas" como se traduce en latín), y estando ceñido con todas las armas y herramientas, de las cuales se explica en lo que sigue, sepa que podrá estar firme si ha hecho todo, para que lleno de todas las virtudes, fije su paso estable, y no se mueva de la línea de batalla, y sea de aquellos de los que el Señor dice: "Hay algunos de los que están aquí" (Mat. XVI, 28); y en otro lugar: "Porque por la fe estáis firmes" (II Cor. I, 22); y el salmista: "Puso, dice, sobre la roca mis pies" (Sal. XXXIX, 5). También se introduce una tercera interpretación por algunos, diciendo: no toda lucha contra el diablo termina con la muerte; sino que cuando hayamos salido de este mundo, entonces tendremos un combate más fuerte y abierto, presentes contra presentes: y así explican lo que pusimos un poco antes, ni lo presente, ni lo por venir: para que digan que lo por venir son estos combates que se deben emprender después de esta vida. También lo que se dice ahora: "Y habiendo hecho todo, estar firmes", lo refieren al mismo sentido: como si no se pudiera hacer todo en esta vida presente, sino que se hace algo en parte: como se ve en parte, y se profetiza en parte: y entonces se puede estar perfectamente firme, cuando se haya hecho todo. Otro lo

expone más simplemente diciendo que Pablo apóstol, viendo con espíritu profético las tentaciones y persecuciones futuras que les sobrevendrían a los efesios después de esta epístola, los exhorta y advierte a hacer todo lo que puedan para estar firmes en la fe del Evangelio, y no caer en la persecución. El día malo, creemos que se ha tomado propiamente del salmo cuadragésimo octavo.

(Vers. 14.) Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad. Que según los miembros de la carne y del cuerpo, todos los miembros del alma se llamen en las Escrituras, no hay duda, de los cuales creo que uno es ahora el miembro, los lomos, que se nos manda ceñir con la verdad. También está escrito en el Evangelio según Lucas: "Estén ceñidos vuestros lomos, y las lámparas encendidas en vuestras manos" (Luc. XII, 35). Porque los lomos siempre se toman en la generación y la semilla, según aquello: "Del fruto de tu lomo pondré sobre tu trono" (Sal. CXXXI, 11). Y en otro lugar: "Aún estaba en los lomos de su padre Leví, cuando Melquisedec le salió al encuentro" (Hebr. VIII, 10), nos parece que ha ceñido sus lomos quien de ninguna manera paga la deuda a su esposa, ni sirve a la lujuria: sino que imita al Dios no engendrado, no sirviendo a los negocios de la generación. Esto mismo, creo, también significa que Juan tenía un cinturón de cuero alrededor de sus lomos (Mat. III), y no era de los impuros, que por el flujo de semen son arrojados fuera del campamento, y no pueden habitar con el arca del Señor (Lev. XIII): ni de aquellos de los que se escribe en Números: "Sean sus vestiduras rasgadas" (Num. VIII). Pero quien está ceñido con Cristo en la verdad, recoge estas vestiduras en alto, y las eleva: y cubre la fealdad de los costados desnudos con un cinturón espiritual, los aprieta y los encierra, y está preparado para la batalla, y tiene obras resplandecientes, que se llaman lámparas encendidas.

Y vestidos con la coraza de justicia. Así como es difícil herir, especialmente en los lugares que sostienen la vida, a quien está vestido con una coraza de virtud, tejida con ganchos y anillos de hierro que se sostienen entre sí: así quien está rodeado de una vestidura múltiple de justicia, no recibirá una flecha en el hígado como un ciervo, ni caerá en deseos y furias, sino que tendrá un corazón puro, teniendo como artífice de esta coraza a Dios, quien fabrica todas las armas para cada uno de los santos, y no permite que sea herido por la flecha que vuela de día, ni por las saetas ardientes que lo hieran y lo quemen.

(Vers. 15.) Y calzados los pies, en la preparación del Evangelio de la paz. Observad con diligencia que ha llamado a una cierta virtud del alma pies, con los cuales caminamos en aquel que dice: Yo soy el camino (Juan XIV, 6), y que debemos calzar con la preparación del Evangelio de la paz. En figura de estos calzados, también aquellos calzados en el Éxodo precedieron, que se ordena tener a los que celebran la Pascua y a aquellos que están preparados para emprender el camino. Así dice: lo comeréis: vuestros lomos ceñidos, y vuestros calzados en vuestros pies, y vuestros bastones en vuestras manos: y lo comeréis con prisa: porque es la Pascua del Señor (Éxodo XII, 11). Es ciertamente un signo de preparación, comer con prisa y con los pies calzados: para que, fortalecidos con el alimento pascual, puedan atravesar el vasto y terrible desierto. Por tanto, quien aún camina, que se calce: pero quien ya ha cruzado el Jordán y ha entrado en la tierra prometida, que descalce su pie. Quitate, dice, el calzado de tus pies: porque el lugar en el que estás es tierra santa (Éxodo III, 5). Si alguno no es Josué (Cap. V), ni Apóstol, que calce sus pies en la preparación del Evangelio de la paz. Pero si alguno es Apóstol, y puede ser contado entre los doce, de ninguna manera quite su calzado en el camino, ni cubra su talón para evitar escorpiones y serpientes; sino que ya consumado y perfecto, esté en tierra santa, y viva en Cristo, y siga al Cordero dondequiera que vaya. Se pregunta si acaso para distinguir el Evangelio de otro, ahora ha dicho, el Evangelio de la paz. ¿O ciertamente es propio de este Evangelio ser

llamado el Evangelio de la paz? Por tanto, quien tiene paz, está calzado con el Evangelio de Cristo: y cuando está calzado, está preparado: y preparado no se crea perfecto: sino que se prepare para avanzar, y avanzando llegue al fin.

(Vers. 16.) Sobre todo, tomando el escudo de la fe, con el que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno. Como si dijera: En toda obra llevad el escudo de la fe, para que podáis, cubiertos y protegidos, recibir las flechas venideras, y aquí y allá desviarlas con arte bélica. Esta es la fe sobre la cual incluso Abraham, después de muchas obras y virtudes, apenas pudo merecer que la Escritura dijera de él: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gén. XV, 8). Son claras las flechas del maligno, que quiere lanzar en nuestros corazones a través de pensamientos perversos: de los cuales lanzó una en el corazón de Judas, para que entregara al Salvador. Por tanto, el enemigo del alma no podrá siquiera tener un principio para herir, si mantenemos el escudo de la fe: en el cual no solo se rompen las flechas venideras, sino que también se apaga el mismo fuego de las flechas, del cual el profeta también se lamenta diciendo: Todos son adúlteros, como un horno sus corazones (Oseas VII, 4). Quien sostenga este escudo de la fe con mano fuerte, y confiado en el Señor, sepa que está seguro de las flechas venideras, hablará intrépido: En el Señor confío: ¿cómo decís a mi alma: Huye al monte como un pájaro? Porque he aquí los pecadores han tensado el arco, han preparado sus flechas en las aljabas, para disparar en la oscuridad a los rectos de corazón (Salmo X, 1, 2). Por tanto, dice, confiando en el Señor, ¿qué razón me dais para aconsejarme que no me enfrente a los ataques de los enemigos, y a las flechas que han preparado contra mí en las aljabas, queriendo no solo herirme a mí, sino también a todos los rectos de corazón? He aquí que estoy sobre la roca, y no huyo a los montes tenebrosos: y todas las flechas de los enemigos, rechazadas, se vuelven contra ellos mismos que las dirigen.

(Vers. 17.) Y tomad el yelmo de la salvación. Por este yelmo de salvación, todos los sentidos en nuestra cabeza permanecen íntegros: y especialmente los ojos, de los cuales Salomón dice en el Eclesiastés: Los ojos del sabio están en su cabeza (Ecles. II, 14). Pues sabía cuál era la cabeza del hombre, y cuáles eran esos ojos colocados en la cabeza del hombre. Si la cabeza del hombre es Cristo, y los ojos del sabio están en su cabeza: se sigue que todo nuestro sentido, mente, pensamiento, palabra, consejo (si somos sabios) estén en Cristo. En Cristo, el Verbo, la luz, la justicia, la verdad, y todas las virtudes.

(Vers. 18, 19.) Y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios. Con toda oración y súplica, orando en todo tiempo en el espíritu: y en él vigilando con toda perseverancia y súplica, por todos los santos y por mí. La palabra de Dios fluye del Espíritu Santo: el contrario habla de la tierra, y de allí toma su comienzo. Porque el que es de la tierra, de la tierra habla. El que viene del cielo, está sobre todos: Y lo que ha visto y oído, esto testifica (Juan III, 31). Además, la palabra de Dios es la espada del espíritu, de la cual ahora Pablo dice: La espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Hebr. IV). Pues la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos, y penetra hasta las articulaciones del alma, y de los huesos, y de las médulas. Este espíritu corta y divide, avanzando mucho a través de la oración, y la súplica de aquellos que en todo tiempo suplican al Señor en espíritu, según aquello: Oraré con el espíritu, oraré también con la mente (I Cor. XIV, 15). Y avanzando en esto, para que a través de vigiliias, y oración constante, el Apóstol sea enriquecido en la palabra de Dios y en la doctrina. Y toda esta riqueza aproveche para la salvación de otros, para que también beneficie a aquellos mismos que suplican por él. Al mismo tiempo, es admirable la humildad del Apóstol, pidiendo a los Efesios que hagan súplicas por él. Pues dice: Con toda perseverancia y súplica por todos los santos y por mí. Para que haga mención separada de los santos, y separada de sí mismo.

(Vers. 20.) Para que se me dé palabra al abrir mi boca, para dar a conocer con confianza el misterio del Evangelio, por el cual soy embajador en cadenas: para que en él hable con audacia como debo hablar. Esto que ahora dice: Al abrir mi boca; y en otro lugar: Mi boca está abierta a vosotros, oh Corintios (II Cor. VI, 11); y: Abriendo su boca, enseñaba a sus discípulos diciendo (Mat. V, 2); y: Abrí mi boca y atraje el espíritu (Salmo CXVIII, 13); y: Abriré en parábolas mi boca (Salmo LXXVII, 2), y otras cosas similares, deben entenderse como si dijera: se abran los tesoros, y se revelen los misterios ocultos desde los siglos, para que el Espíritu Santo entre a sacar a la luz lo que está oculto. Pues que este sea el sentido de este testimonio, es decir, para que se me dé palabra al abrir mi boca, lo prueban las palabras siguientes. Con confianza, dice, dar a conocer el misterio del Evangelio. No en parábolas y proverbios: como también los profetas, y el mismo Señor aún en el cuerpo hablaba diciendo: Viene la hora cuando ya no os hablaré en proverbios, sino que os anunciaré claramente del Padre (Juan XVI, 25). Este discurso de confianza, solo podrá obtenerlo quien no tenga un corazón que lo reprenda: Pues si nuestro corazón no nos reprende, tenemos confianza ante Dios, y lo que pidamos, lo recibiremos de él (I Juan III). Por tanto, es raro quien con confianza dé a conocer el misterio del Evangelio: porque es raro quien tenga confianza ante Dios. ¿Quién se gloriará de tener un corazón puro: o quién se mantendrá diciendo que está limpio de pecados (Prov. XX, 9). Después de esto, qué significa esto que dice: Por el cual soy embajador en cadenas, para dar a conocer el misterio del Evangelio, debe ser brevemente explicado. Y ciertamente quien lo entienda de manera simple, dirá que por el testimonio de Cristo él, desde la cárcel y las cadenas, envió estas cartas desde Roma. Otro, sin embargo, sostendrá que lo dijo por el cuerpo de humillación, y esta cadena con la que estamos rodeados, y aún no sabemos como debemos saber, y vemos por espejo en enigma, y que entonces verdaderamente podrá abrir los misterios con confianza del Evangelio, cuando haya dejado la cadena, y haya salido libre de la cárcel: a menos que también en cadenas deba ser contado sin cadenas, quien tiene su conversación en los cielos, y de quien se puede decir: Vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu: si es que el espíritu de Dios habita en vosotros (Rom. VIII, 9).

(Vers. 21, 22.) Para que también vosotros sepáis lo que me sucede, qué hago, todo os lo hará saber Tíquico, amado hermano, y fiel ministro en el Señor: a quien he enviado a vosotros para este mismo propósito, para que conozcáis lo que nos sucede, y consuele vuestros corazones. Entendedlo de dos maneras: O bien Tíquico fue enviado a Éfeso para anunciarles que las cadenas del apóstol Pablo se han hecho conocidas en todo el pretorio, y que su cadena ha avanzado para la fe del Evangelio, en el tiempo en que también escribió a los Colosenses diciendo: Todo lo que me sucede, os lo hará saber Tíquico, amado hermano, y ministro, y consiervo en el Señor: a quien he enviado a vosotros para este mismo propósito, para que conozcáis lo que nos sucede: y consuele vuestros corazones con Onésimo, querido y fiel hermano, que es de vosotros, quien os hará saber todo lo que aquí sucede (Colos. IV, 7 ss.). Pues era un gran consuelo escuchar que Pablo en Roma, en la señora de las ciudades, y en la cima del imperio romano, triunfaba desde la cárcel y las cadenas. O bien ciertamente Tíquico fue enviado para anunciarles la vida y conducta de Pablo, que desconocían, y darles como un ejemplo de vida a los que aprendían las obras y virtudes del Apóstol, y a los que querían imitarlo. Y no podía ser un pequeño consuelo para los que deseaban emular lo que sabían que el Apóstol había hecho.

(Vers. 23.) Paz a los hermanos, y caridad con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo. Si hay otros dones que se otorgan de Dios Padre, y del Señor Jesucristo, entre ellos la paz no ocupa un lugar pequeño, que supera todo entendimiento, y guarda los corazones y las mentes de los santos, una cierta serenidad y tranquilidad del alma que descansa, y que ahuyenta toda

tempestad y torbellino de perturbaciones. A esta se asemeja la caridad con fe, que también Dios Padre y el Hijo otorgan juntos, para que amemos a Dios con todo el corazón, y a los prójimos como a nosotros mismos, y oremos por nuestros enemigos. Esta paz y caridad, que el Apóstol desea para los creyentes, solo la tienen aquellos que merecen ser llamados hermanos. Pues paz a los hermanos, y caridad con fe y paz. Por tanto, tanto la caridad como la fe las otorga el Padre como el Hijo: y la herejía enmudece, que no quiere que el Hijo pueda lo mismo que el Padre.

(Vers. 24.) Gracia con todos los que aman al Señor Jesucristo en incorruptibilidad. Amén. Algunos han interpretado esto de tal manera que pensaron que ama a nuestro Señor Jesucristo quien está alejado de las obras de corrupción, entendiendo las obras de corrupción en el coito. De ahí que la costumbre y el lenguaje vulgar llamen incorruptos a los vírgenes, y a aquellos que no conocen el coito con mujeres. Corruptos, sin embargo, a aquellos que han probado tal placer. También adaptando este testimonio: Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él (I Cor. III, 17). Pero no sé si pueden explicar esto que está escrito; Cada uno tiene su propio don de Dios: uno de una manera, y otro de otra (Ibid. VII, 7). Veamos, por tanto, si quizás sea mejor entender todo pecado como corrupción del alma, y llamar incorruptos a aquellos que están libres de pecado: de modo que los que aman al Señor Jesucristo, estén en incorruptibilidad, mientras no están atados por las cadenas del pecado, y con ellos está la gracia de Dios. Al mismo tiempo, creo que para distinguir a aquellos que aman al Señor Jesucristo, pero no en incorruptibilidad, ahora se ha dicho, que tienen la gracia de Cristo, quienes lo aman en incorruptibilidad. Pues muchos aman al Señor, dispuestos al exilio, dispuestos al martirio, dispuestos a la pobreza, y a soportar por él toda clase de afrentas, y sin embargo son vencidos por la pasión de la carne: pero a estos el Apóstol no les desea la gracia: porque la gracia del Señor está con todos los que lo aman en incorruptibilidad.